

SARA VENTAS

*¿Es tu última
palabra?*



¿Es tu última palabra?

SARA VENTAS

© Sara Ventas, 2017

Depósito legal: MA-146-17

© Portada: Sara Ventas, 2017

Todos los derechos reservados

ÍNDICE

[Capítulo 1. Presente](#)
[Capítulo 2. Clara: Primera confusión](#)
[Capítulo 3. Presente](#)
[Capítulo 4. Roberto: Primera simulación](#)
[Capítulo 5. Presente](#)
[Capítulo 6. Darío: Primer desengaño](#)
[Capítulo 7. Presente](#)
[Capítulo 8. Clara: Segunda confusión](#)
[Capítulo 9. Presente](#)
[Capítulo 10. Roberto: El cambio](#)
[Capítulo 11. Presente](#)
[Capítulo 12. Darío: Complicidad](#)
[Capítulo 13. Presente](#)
[Capítulo 14. Clara: Primera ruptura](#)
[Capítulo 15. Presente](#)
[Capítulo 16. Darío: No soy un número más](#)
[Capítulo 17. Presente](#)
[Capítulo 18. Roberto: Reconciliación](#)
[Capítulo 19. Presente](#)
[Capítulo 20. Clara: Segunda ruptura](#)
[Capítulo 21. Presente](#)
[Capítulo 22. Darío: Distancia](#)
[Capítulo 23. Presente](#)
[Capítulo 24. Roberto: La boda](#)
[Capítulo 25. Presente](#)
[Capítulo 26. Clara: La boda](#)
[Capítulo 27. Presente](#)
[Capítulo 28. Darío: Segunda boda](#)
[Capítulo 29. Presente](#)
[Capítulo 30. Clara: Tercera boda](#)
[Capítulo 31. Darío](#)
[Capítulo 32. Clara](#)
[Otras novelas de la autora](#)
[Biografía](#)

1

Aunque siempre es agradable reencontrarse con amigos a los que queremos y hace siglos que perdimos de vista, reconozco que la llamada de ayer me dejó más desconcertada que eufórica. No fui yo quien la recibí. En ese momento no me encontraba en el trabajo, pero Rebeca aseguró que se trataba del mismísimo Darío Ferrant y que preguntó por mí directamente. Él es un famoso escritor de novela negra y amigo. Prácticamente crecimos en el mismo barrio, aunque a nuestro bloque se mudaron más tarde. Yo tendría unos quince recién cumplidos cuando nos conocimos, y él iba camino de los dieciocho. Ahí todavía no imaginábamos por dónde irían los tiros de su futuro profesional, y menos aún teniendo en cuenta lo introvertido que era. Le daba pavor enfrentarse a hablar en público.

Por avatares de la vida, llevamos varios años fuera de contacto. Aunque, para ser sincera del todo, creo que, desde el mismo momento en que nos conocimos, nuestra relación ha sido siempre así; una sucesión constante de encuentros y desencuentros.

Sigo su carrera muy de cerca y me empapo de todo lo que publica, ya sean libros o artículos en prensa, incluso siendo un género que no me atrae especialmente. Sus novelas han sido traducidas a diferentes idiomas y todavía hoy, cuando le veo intervenir en alguna entrevista por televisión o le escucho en la radio, me quedo perpleja con su desparpajo. No queda nada de aquel chico inseguro al que le costaba tanto abrirse a los demás. Siempre tuve la impresión de ser la única que le conocía realmente, pese a que el paso de los años me ha llevado a entender que era tan solo una ilusión óptica y que simplemente me lo hizo creer, o lo creí por mi cuenta para sentirme especial.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunto a Rebeca, mi socia. Viene abrazada a una caja y, por el modo en que la carga, parece pesada.

—Pues nada, que le dije a mi madre que iba a venir Darío Ferrant a Let-style, y no se le ha ocurrido otra cosa que anunciarlo en su club de lectura. Querían presentarse todas con sus libros en mano, como si esto fuera una librería, y que se los firmara. Así que era esto o la fila de *grupies* en la puerta.

Tú me dirás...

—Paso de ponerle a firmar, ¿eh? Va a pensar que la confianza da asco.

—Ya lo imaginaba. No te preocupes, se los firmaré yo. Tú tendrás alguno dedicado, ¿no?

Deja la caja encima del mostrador y empieza a sacar ejemplares con los nombres de sus respectivas dueñas pegados en pósits sobre la portada. Se ha puesto a contarlos.

—Sí, claro, pero no aquí.

—Pues cuando llegues a casa haces una foto de su firma y en un periquete me la aprendo. No habré imitado veces la de mi marido...

—Tú sabes que eso es ilegal, ¿verdad?

—¿Y quién se va a enterar?

—¡Esas cosas ni me las cuentas!

Camino hacia el baño y, una vez allí, me fijo en el reflejo que me devuelve el espejo. Se me ha escapado un mechón de la coleta. La deshago para volverla a armar con la ayuda de un cepillo que tengo sobre el lavabo. No puedo evitar sentirme nerviosa por la visita. ¿Por qué habrá elegido precisamente mi tienda? Apenas me acuerdo de la última vez que hablamos de verdad, sin recurrir a los tópicos ni al recurso del trabajo, la familia, los amigos... cuando nos hemos cruzado por casualidad en nuestro antiguo barrio. El último recuerdo real que tengo de él es el del incidente tras el baile en mi boda, y ahí ni siquiera estaba del todo presente. He regresado mil veces a ese escenario, subiendo las escaleras descalza y remangándome el bajo del vestido para evitar pisarlo al subir por la escalera. Los dos solos en aquella sala que ni siquiera puedo precisar si era grande o pequeña, si tenía muebles o si no, si había cortinas en las ventanas, lámparas de techo... Me viene una imagen más bien en penumbra, acompañada de su gesto —igual que si le tuviera ahora mismo enfrente— desabrochándose el nudo de la corbata y taladrándome con la mirada; enseguida mis movimientos: unos pasos hacia atrás cuando él dio los suyos adelante; y luego lo que ocurrió después. Aunque mi nostalgia ha modificado la reproducción visual de aquella escena en infinidad de ocasiones, fantaseando y distorsionándola por completo de la realidad, en busca de otras salidas como posibles alternativas a la elegida, a pesar de no existir ninguna viable al paso que dio. Incluso he explorado en los registros de mi memoria para dar con un momento regresivo, al igual que hacemos con los ordenadores si nos fallan y rastreamos entre las copias de

seguridad para dar con esa localización que tomaríamos como nuevo punto de partida. Intentando imaginar qué habría sido de nosotros si, desde el principio, hubiéramos actuado de una forma distinta a como lo hicimos.

Sacudo todas esas imágenes e ideas de mi cabeza y vuelvo a centrarme en el espejo. Respiro hondo y me animo mentalmente a tranquilizarme antes de salir: «Es agua pasada, Clara. No mires atrás».

—¿A qué hora vienen? —me intereso, tras regresar del servicio.

—Ya deberían estar aquí —me informa Rebeca. Está terminando de apilar de nuevo los libros en la caja. La cierra y la mete bajo el expositor.

—Qué raro... La puntualidad sí es una de sus virtudes.

Tras comprobar por enésima vez la hora, me acerco a la ventana que da a la avenida. Suele estar bastante concurrida por tratarse de una zona peatonal, y desde la primera planta se puede observar a los transeúntes con todo lujo de detalles.

—Y su mujer, ¿cómo es? —me pregunta—. ¿Qué talla usa? Algo podemos adelantar si la conoces. ¿Qué gustos tiene?

—La habré visto como mucho un par de veces... La última en la boda de la hermana de él —respondo, sin quitar los ojos de la calle—, y ni recuerdo cómo iba. No tengo claro su estilo. ¿A qué tipo de evento te dijo que iban?

—Pues precisamente a una boda.

—¿Qué te parece ese que nos llegó el lunes de corte asimétrico en los hombros? El azul eléctrico —se me ocurre de pronto. Cierro con un golpe de cadera el ventanal, que se atasca de tantas capas de pintura que lleva.

—Es que así sin verla... Me parece un poco atrevido ese modelo.

Normalmente captamos enseguida lo que busca el cliente en cada ocasión, solo con fijarnos en cuatro detalles de lo que lleva puesto y por la forma en que nos transmite el evento al que asistirá. Notamos si le entusiasma, si solo asiste por compromiso, si necesita impresionar —aunque este suele ser el denominador común—, si no está dispuesto a salir de su línea, si busca un giro radical a su *look*... Es sencillo, después de tantos años alquilando vestidos de fiesta.

Una tos a mi espalda me saca de mis pensamientos y, antes de darme opción a reaccionar, él se adelanta y me da un abrazo.

—¡Hola, guapísima! Cuánto tiempo, ¿verdad? Te presento a Michelle. Michelle, esta es Clara, una gran amiga de la infancia. Nos criamos juntos, ¿verdad? —afirma sonriente y entusiasta.

—Sí... Mmm... ¡Encantada! —saludo, correspondiendo a los dos besos de ella y completamente aturdida. No me lo creo. Pero ¿de qué va? ¿Y quién es esa Michelle? Su mujer, no; eso desde luego. Le he reconocido al instante. Se creerá que a estas alturas aún puede engañarme.

—¡Buenos días! Soy Rebeca —se presenta ella misma, con entusiasmo y su típica sonrisa de oreja a oreja. Yo aún sigo en estado de *shock*.

—Bueno, ¿y habéis mirado algo en nuestra página que os haya gustado o preferís que nosotras os asesoremos? —se lanza mi compañera. Me da un pequeño codazo al ver que continúo interrogándole con la mirada y con el ceño fruncido.

—*Oui, queguemos asesogamientó* —agrega ella, que hasta ahora no había abierto el pico—. Me ha dicho *Daguío* que también puedo *alquilag* los complementos.

—Claro que sí. Además, nos encargamos de recogerlo todo y de la tintorería. No te tienes que preocupar por nada.

—¡Me habéis salvado la vida! Me han *pegdidó* mi maleta y debo *asistig* mañana a la boda de mi *mejog* amiga, y esta noche a un coctel. *Necesitagué* dos vestidos.

—Tranquila. Estás en las mejores manos —responde él, y nos muestra un guiño.

Mientras Rebeca le enseña a Michelle algunos modelos colgados de un perchero móvil, les ofrezco un café. Me retiro de la zona de probadores y entro en una pequeña cocina que tenemos para prepararlo. Abro el bote de las cápsulas y en ese momento aparece a mi espalda.

—¿A qué estás jugando? —En mi tono de voz se aprecia que me ha sentado a cuerno quemado su artificio.

—Sabía que a ti no podía engañarte —afirma riendo—, pero me gusta intentarlo. Me trae buenos recuerdos.

—Nunca cambiarás, ¿verdad?

—Ni tú. Eres exactamente como te recuerdo. ¿Cuántos años han pasado... dos, tres...?

—Cinco.

—¿Tantos? ¡Imposible!

—Nos vimos en la boda de Patricia. Solo que no era Michelle tu acompañante. Si no me equivoco, tú estabas casado con una tal Raquel, ¿no? Así rubia, muy guapa, que tiene dos niñas también muy rubias y que, por

cierto, me crucé con ellas la semana pasada en el portal de mis padres.

—No me asustas. —Se apoya con los codos sobre la encimera y juega con las cápsulas del envase distraídamente—. Sé que no vas a decir nada. Te conozco lo suficiente.

—Solo de pensar que en un mundo paralelo Raquel podría ser yo... hace que me alegre de las decisiones pasadas.

—¿De todas?

—Mira, no sigas por ahí. Tengamos la fiesta en paz. —Coloco las tazas en una bandeja y le indico con un gesto de la barbilla la puerta—. ¿Me abres, por favor?

—Lo haré si cambias esa cara.

Suelto un resoplido que quiere indicar fastidio, aunque una sonrisa cómplice termina delatándome. Salimos a reunirnos con ellas y, en ese instante, Michelle aparece descorriendo la cortina del probador con un vestido color mostaza poco, o nada, favorecedor, y eso que su figura es envidiable. Al reparar en nuestros gestos negativos, Rebeca le pasa otro en color champán en el fondo y encaje superpuesto en un tono tostado. Es un modelo que a mí personalmente me encanta.

2

Clara: Primera confusión

Tenía quince años en aquella época. Vivíamos en el bajo de un edificio de siete plantas. Mi habitación siempre estuvo amenizada con la banda sonora del ascensor del bloque, pared con pared junto a mi cama, detalle que no se le escapó a Matías, mi hermano, y eligió la del fondo. Después descubriría que la mía era ideal para escaquearse cuando llegaba a deshora y con algunas copas de más. Terminaba tropezando con las trampas que le ponía mi madre en el salón, o eso al menos decía él: que si allí no estaba esa silla o la mesa o la lámpara de pie... antes de salir; cualquier cosa con tal de no admitir la cogorza que traía.

Abrí la puerta de la calle concentrada en calcular si podría llegarme para una palmera de chocolate con las vueltas de las monedas que llevaba en la palma de mi mano, y me di de bruces con un chico que esperaba el ascensor cargado con una caja. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, me puse roja y, sin pensar muy bien lo que hacía, entré de nuevo en casa y cerré de sopetón. Juraría que con un portazo. ¿De dónde había salido aquel chico tan guapo?

—Pero ¿qué haces ahí pasmada en la mirilla? Creía que ya te habías ido. ¡Necesito la levadura para ayer! —me espetó mi madre, asomando la cabeza desde la cocina.

—Ya... espera un momento. Hay unos testigos de Jehová ahí enfrente, llamando al timbre del despacho de papá, y no quiero que me suelten el rollo.

—¿A ver? —Se acercó, secándose las manos con un paño e intentó apropiarse de la mirilla.

—Ya se han pirado —añadí, abriendo enseguida al oír el ascensor y tras comprobar que el chaval había desaparecido.

El rellano estaba plagado de cajas de mudanza. Me quedé un instante mirándolas, caminando medio de espaldas, y justo al darme la vuelta me choqué de nuevo con él. Pero ¿no había subido? Quizás solo metió la caja para enviarla arriba —pensé—, a quien fuera que la estuviera esperando. Me pidió

disculpas por el encontronazo y se presentó. Se llamaba Darío.

Días más tarde, volví a cruzarme con él por la calle. Lo encontré sentado sobre el respaldo de un banco, comiendo pipas con un amigo y charlando. Le saludé con un gesto de la mano y una sonrisa. Se quedó mirándome, muy serio, y no dijo nada. Se giró hacia su colega como si la cosa no fuera con él. «¡Qué tío más raro!», pensé esta vez.

Ese mismo día, antes de la cena, mi padre me mandó a sacar la basura y coincidimos de nuevo en el rellano. Salía del ascensor. No le dirigí la palabra para evitar otro desplante.

—Era Clara tu nombre, ¿verdad?

—Pues sí. Ya pensaba que tenías memoria de pez.

—¿Por?

—Por lo del banco.

—¿Qué?

—Déjalo.

—Trae, ya que voy te la puedo tirar también.

—¡No necesito que tires mi basura! —salté, malhumorada. Agarré la bolsa con más fuerza cuando hizo el amago de cogerla. Aún no habíamos salido del portal.

—¿Por qué eres tan arisca?

Caminaba ahora detrás de mí, con dirección al contenedor. Se adelantó a levantar la tapa y ambos echamos dentro las bolsas.

—¡Has empezado tú!

—¿Yo?

—Da igual, podemos comenzar de nuevo. —Me había gustado su gesto educado—. Mi nombre es Clara.

—Darío. —Se aproximó y nos dimos los dos besos que no hubo al principio.

—Acabas de mudarte, ¿no? ¿Dónde vivías antes?

—Detrás del centro comercial.

—Bueno, no está demasiado lejos. Puedes conservar a los amigos del barrio.

—Sí, fue una suerte encontrar este piso.

Le cambió por un momento la expresión. Quizás su mente acababa de viajar a un lugar que le producía nostalgia.

—¿¿Clara?? —Se oyó de pronto por el interfono del bloque y los dos pegamos un respingo. La voz pertenecía a mi padre.

—¡¡Voy!!

Volví a encontrármelo, en esta ocasión en el aparcamiento. Iba con mi madre y él bajaba del coche con la suya. Le venía echando la bronca por algo. Cuando llegaron a nuestro lado actuó como si no me conociera. Traía un tapón de algodón ensangrentado en la nariz.

—¿Qué le ha pasado? —se interesó mi madre. Muy típico de ella lo de no dirigirse directamente al hijo, como si aún tuviera tres años el chaval.

—¿Este? Este va a buscarme la ruina cualquier día de estos...

Se pusieron a hablar entre ellas, obviando que estábamos presentes. Él se adelantó hacia la puerta del ascensor a pulsar el botón y aproveché para acercarme a preguntarle.

—¿Te has peleado? —indagué por lo bajini.

—¿Alguien te dio vela en este entierro, niña? —respondió, al mismo volumen.

—Pero ¿tú de qué vas, imbécil?

—¡Piérdete!

Subimos los cuatro, él y yo en silencio, y hasta se me hizo largo el trayecto del sótano al bajo. Jamás había conocido a un gilipollas tan bipolar como aquel.

En otra ocasión que volvía del instituto ojeando una revista, apareció una mano de la nada y me la quitó sin venir a cuento.

—¿Te van estos rollos de cotilleo? —se burló, pasando las primeras páginas y esquivando mis intenciones de recuperarla.

—¡Déjame en paz, idiota! —Conseguí arrebatársela de las manos—. No es mía, me la ha encargado mi madre.

—¡Pero bueno! Qué mal humor tenemos hoy, ¿no?

Ni siquiera me digné a responderle.

—¿Vas a casa?

Solo obtuvo silencio por mi parte.

—¿Estudias en ese colegio de pijos?

Le miré con cara de pocos amigos y me limité a guardar la revista en la mochila sin parar de caminar.

—¡No te mosquees! Te sienta bien el uniforme.

Paré en seco.

—¿No tienes a otra a quien molestar?

—¿Te molesto?

—¡Sí, no te soporto! —me encaré con él—. ¿Has oído hablar del Dr. Jekyll y Mr. Hyde?

—Eso lo dirás por ti, ¿no?

—¡Anda, lárgate! —Mi cabreo aumentaba por momentos.

—No puedo, voy al mismo sitio que tú.

Crucé la calle, cambié de acera y empecé a andar deprisa. Él aceleraba el paso, en paralelo, mirándome y con una risilla tonta que estaba poniéndome frenética a la vez que me conquistaba. Frené, también lo hizo. Eché a andar, tomó mi ritmo. Al final sonreí y continué mi camino a paso normal, sin quitarle el ojo de encima. Ni él a mí. Al llegar al portal, mientras yo cruzaba de nuevo, esperó a sujetarme la puerta. Sin decir una sola palabra más, se metió en el ascensor y yo en mi casa.

A la hora de preparar la cena, mi madre reparó en que había olvidado comprar pan rallado y no le quedaba suficiente para empanar todo el pollo. No se le ocurrió otra cosa que enviarme a la casa de la vecina de arriba a pedirle un poco. Tenía una vergüenza que me moría y le dije que fuera ella.

—Estoy cortando los filetes.

—¿No podemos pedirselo a Asunción o a Vicenta o a cualquier otra vecina? ¿Por qué tiene que ser a la del tercero?

—Porque hay que subirle a Juani el plato de las rosquillas que nos bajó y de paso matamos dos pájaros de un tiro.

—¿Y si voy donde Mercedes y ya se lo subes tú otro día a Juani?

—Pero ¿se puede saber qué te ocurre con ella?

—No... nada. Es que... no sé... son nuevos. No tengo confianza para subir a pedir cosas así por las buenas a unos vecinos que no conozco tanto.

—¡No seas ridícula! Si la ayudé con las cortinas y me ha pedido un montón de favores. ¡Estará encantada! Además, quiere presentarte a Patricia. Están pensando llevarla a tu colegio cuando pase al instituto, y le vendrá bien tu apoyo. Los otros ya son mayores y van a dejarlos donde están, pero el de la chiquilla les pilla algo retirado.

—¿Qué otros?

—¡Ay, Clara! Déjate ya de tonterías. Toma el plato y sube, que va a llegar tu padre y el pobre hoy ni ha comido. Ah, y dile a Matías que cuelgue el teléfono de una puñetera vez.

—¿Por qué no sube él?

—¡Clara!

Subí, a regañadientes, llamé al timbre, y —¡Cómo no!— abrió él. Le entregué el plato y le pedí el pan rallado.

—¿A ti te parece que mi casa sea un supermercado?

Me quedé cortadísima. Suerte que en ese instante apareció en escena su madre, que lo había oído, y le atizó una colleja bien merecida.

—Pero ¿tú estás tonto?

—¡Era broma! —respondió, descojonado y frotándose el cogote. Desapareció por el pasillo.

—Pasa —me ofreció ella.

Ya en la cocina, le entregué la bolsita donde antes había pan rallado, y la rellenó con la mitad del suyo. Me hizo probar unos canelones que acaba de preparar y se empeñó en que bajara unos pocos a mi madre para, si le gustaban, darle después la receta. Buscaba entre los armarios un recipiente para guardarlos y al momento reapareció allí con nosotras. Traía el pelo mojado y llevaba puesto el pijama, cosa que me pareció digna de ser anotada en el gran libro de los récords por la ducha más rápida de la historia de la humanidad.

—¡Anda, tú por aquí! —soltó ahora.

Cogió una manzana y se puso a mordisquearla mientras me observaba con disimulo, juraría que incluso un poco cohibido. No entendía nada. Parecía que se hubiera reseteado con el baño. No respondí. Miraba mis pies, bastante incómoda. Después cogí el encargo que me entregó Juani y me largué con urgencia.

Volvimos a cruzarnos al sacar la basura a la noche siguiente. Dudaba si decir algo o no y decidí esperar a que él iniciara la conversación, para comprobar si venía en su versión Dr. Jekyll o en la de Mr. Hyde. No dijo una palabra. Abrió el contenedor, echó su bolsa y, en vez de tener el detalle de dejarlo abierto y que pudiera tirar la mía, lo cerró de sopetón.

—¡Qué gilipollas! —murmuré entre dientes al abrir de nuevo y lanzarla dentro, imitando después su ímpetu violento al cerrarla.

—¿Cómo dices? —Se giró de pronto.

—Nada, Mr. Hyde.

—A ver, que te quede bien clarito, niña: ¡No eres mi tipo!

—¿Tú de qué vas? —me ofendí.

—Yo voy de cazador. Si te quieres venir de perro...

Le clavé unos ojos cargados de furia y, sin nada a su altura que responderle, decidí salir disparada hacia el portal. Al buscar en mis bolsillos, descubrí que no había cogido las llaves. Me disponía a pulsar el botón cuando llegó a mi lado.

—Espera, no toques. Ya te abro.

Me sorprendió su arranque de amabilidad.

—¿Se puede saber qué narices te he hecho? —le pregunté, molesta.

—A ver... esto... Mmm... ¿Te llamabas?

—Me llamo ve-te-a-la-mi-er-da.

Empujé la puerta con ímpetu y rabia. Aún no había sacado la llave y del tirón se quedó con el llavero en la mano.

—Bueno, lo retiro. Empiezas a ser mi tipo —agregó, intentando unir la cadeneta en su enganche—. Pensaba que eras una niñata de esas cursis que...

Le corté a mitad de la frase. Me sentía indignada.

—Mira, niñato... Mmm... ¿Darío era tu nombre? —También podía hacerme la chulita si me lo proponía—. Eres un completo...

Me interrumpió sin cortarse.

—Ahhhh, vale, vale, ¡ya lo entiendo!

—¿Qué entiendes?

—Mira, perdona, es que... No sé qué me pasa. A veces suelo comportarme como un cretino con las chicas que me gustan.

Noté un calor repentino en las mejillas y, sin capacidad de reacción con una respuesta a aquella última frase, retomé mis pasos en dirección a casa. No sabía si llamar al timbre enseguida o esperar a que subiera. Notaba la cara ardiendo y me daba apuro entrar así. Tampoco me dejó mucho margen de acción. Justo cuando se abrió el ascensor y pensé que entraría, tiró de mi brazo hacia él y me besó en los labios. Después se metió en su interior y desapareció, dejándome embobada y con la mirada fija en la puerta que lo había hecho esfumarse, completamente ensimismada. Tenía que reconocerlo: me chiflaba aquel bipolar de tomo y lomo.

Al día siguiente, salía de casa con dirección a la academia de inglés cuando él llegaba al portal charlando con su hermana. Venía de recogerla del colegio. Le miré, sonrojada, y le saludé con timidez. Patricia hizo algún comentario sobre mi uniforme y aproveché para animarla en lo del cambio, asegurando que le presentaría a gente de su curso para integrarla. Algunas amigas tenían hermanas de su misma edad. Noté que a él le gustó ese gesto.

Por la noche, mi madre le pidió sacar la basura a Matías —le tocaba—, pero me ofrecí voluntaria a hacerlo. No obstante, me hice un poco la remolona porque Darío solía bajar a las ocho. Cada vez que escuchaba el ascensor, cogía la bolsa y corría con ella hacia la puerta, echaba un vistazo por la mirilla... y nada. Regresaba con cualquier excusa como beber un vaso de agua u otra gilipollez. A la tercera acerté. Conté hasta diez para no levantar sus sospechas y salí disparada. En esta ocasión me sujetó la tapa del contenedor. Estaba simpático y agradable, aunque yo seguía algo cortada tras los últimos acontecimientos. Esperaba que en algún momento hiciera alusión al beso. No lo hizo. Quedaba claro que era menos de palabras que de acción. Yo, en cambio, parecía más habladora que nunca y solté mil rollos sobre ni recuerdo qué, solo sé que me sentía muy a gusto en su compañía y que me habría quedado allí, sentados en el umbral del bloque, relatando durante toda la noche. Pero de pronto escuchamos la voz de mi madre, llamándome por el telefonillo, y se cargó la magia de la escena.

—Sí, ya entro. Me he encontrado a Darío en la calle y estamos hablando.

—¡Se te está enfriando la cena!

—Vaaale, voooy. Abre.

Me levanté con fastidio y empujé la puerta. Él siguió mis pasos. Ya dentro del vestíbulo, tras cerrarla a su espalda, tomé la iniciativa y le besé. Fue un beso largo, que le pilló completamente desprevenido. Al separarnos, corrí a mi casa sin decir palabra.

Pasé la tarde siguiente pegada a la mirilla y con la oreja puesta en la pared que daba al montacargas. Suerte que estaba sola y no tuve que aguantar las coñas de mi hermano diciendo que si ya andaba así con quince años, fichando al vecindario tras la puerta, qué sería de mí a los setenta. Vi aparecer a Darío y cuando pulsó el botón del ascensor, sin pensarlo dos veces ni contar hasta diez, abrí de sopetón.

—¿Me estabas espiando, niña? —soltó riendo.

—¿Yo? ¿Qué dices? —respondí indignada y maldiciéndole mentalmente. Cerré de un portazo y salí pitando a la calle. Vino detrás.

—¿Dónde vas?

—A un recado.

—¿A qué sitio?

—A la papelería.

—¿Qué quieres comprar?

—Un boli rojo —improvisé.

—Te acompaño.

Enseguida caí en la cuenta de que no llevaba dinero encima para llevar a cabo mi coartada.

—¡Pues ya no quiero ir!

Frené de sopetón y regresé sobre mis pasos. Él también.

—Era una excusa, ¿no? En realidad no ibas a comprar nada. Me estabas espionando, reconócelo.

—¡Mira, tío, déjame en paz!

—Me encanta cuando te pones gallita.

—Y a mí cuando no tomas la poción esa que te convierte en estúpido.

—Venga, niña, no vayamos a discutir de nuevo.

—¡No soy ninguna niña! —le espeté, parando en seco.

—Vale, vale, no te pongas a la defensiva.

Entramos de nuevo en el portal.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—¿Qué de qué?

—Que qué planes tenemos.

—Yo estudiar, tú no sé.

—¿Hay alguien en tu casa?

—¿A ti qué te importa?

—¿Me invitas a entrar?

—¿Vas a quitarte el disfraz de gilipollas?

—¿Y tú el de cascarrabias?

Finalmente le invité a pasar. Mi madre acababa de irse a la peluquería y eso era una hora o dos, fijo. Le enseñé mi cuarto y no perdió un minuto en cerrar la puerta para entrar en acción. Se acercó, rodeó mi cintura con los brazos y me besó de forma efusiva, igual que la primera vez, tumbándonos enseguida sobre la cama.

—¿Clara? —Oí de fondo, en lo que a mí me parecieron diez minutos desde que llegamos.

—¡Mierda! Es mi madre.

Me separé de él como un resorte. Le hice levantarse y estiré un poco el edredón. Le pasé un libro, le empujé para que se sentara en la silla frente a mi mesa de estudio, y yo en la alfombra con una carpeta sobre las rodillas. Me puse a repasar apuntes con el corazón desbocado hasta que de pronto se abrió la puerta. Nunca había invitado a un chico a casa.

—¿No me has oído? —preguntó tras abrir.

—¡Qué susto! —solté, haciéndome la sorprendida—. Estaba tan concentrada estudiando con Darío que ni me he enterado —expliqué, nerviosa. Notaba los labios raros, casi entumecidos, y me preguntaba si los tendría hinchados y notaría que nos habíamos estado besando como si no hubiera un mañana. Impulsivamente observé los de él: ningún indicio en su boca, aunque sí en su pelo despeinado.

—¡Hola! —la saludó él—. Me ha pedido que le explique un problema de trigonometría y...

—¡Juani, está aquí Darío! —anunció ella sin dejarle terminar. Dirigía su voz hacia el salón.

—¿Darío? Que raro... si iba a buscar a su hermana —se la oyó murmurar, y enseguida hizo acto de presencia.

—¿No te tocaba a ti recoger a...?

No terminó la frase.

—¡Hola, mamá! —saludó, algo esquivo—. Esto... tengo que marcharme —se dirigió esta vez a mí. Soltó el libro en la mesa y salió disparado por la puerta, como si hubiera saltado la alarma de incendio.

—Voy contigo. ¡Espera! —le pidió ella.

Antes de salir le dijo a mi madre:

—Otro día vemos el muestrario de fundas. ¡Este chico me tiene frita!

—¿Qué ha pasado? —se extrañó.

—Ya te contaré. —También se marchó despavorida.

Quedé completamente intrigada. Estaba claro que Juani sí nos lo había notado. Me preocupó su reacción y cómo se lo tomaría mi madre cuando se lo contara, porque ella ni se había coscado del asunto.

Por la noche, como venía siendo habitual, me ofrecí a sacar la basura.

Tras varios intentos, y sin saber qué más pretextos poner a mi indecisión de «ahora la cojo, luego la suelto, la vuelvo a coger...», salí a la calle. Decidí hacer tiempo fuera para esperarle. Cuando me di por vencida y me disponía a entrar, se abrió el portal y apareció. Le noté algo cohibido. Ni se acercó a besarme. Tuve que tomar de nuevo la iniciativa.

—¿Se ha molestado tu madre? —pregunté finalmente.

—¿Mi madre?

—Sí, por esto. Por nosotros.

—Ella no tiene ni idea de esto, y, aunque la tuviera, tampoco se mete en nuestras cosas. Bueno, menos con Rober que siempre la está liando parda y con él es más cañera.

—¿Quién es Rober?

—Mi hermano. ¿No le conoces?

—No. Pensaba que solo tenías a Patricia.

—¿Darío? —oímos por el interfono. Era su madre.

—¡Sí, dime!

—¡Te has dejado la bolsa del pescado! ¡Sube!

—¿No puede bajarla Roberto?

—Se está duchando.

—¡Vale, vooy! —tras asegurarse de que colgaba, se dirigió a mí—. Tengo que subir, ¿me esperas?

—No puedo. Si no entro ya se van a mosquear. Llevo un buen rato aquí esperándote.

Aprovechamos mientras llegaba el ascensor para darnos el último beso del día. No fue tan efusivo como los de la tarde. A veces su forma de besar parecía tierna y dulce, y no sabría decidir si me gustaba más o menos que cuando se ponía intenso. En ambos casos era perfecto.

Lo encontré sentado en el banco con el colega de la otra vez justo al día siguiente.

—¡Hola!

—¡Qué tal!

Parecía algo nervioso.

—¿No nos presentas? —le animó el amigo.

—Clara, Jota, Jota, Clara.

Nos dimos dos besos.

—¿Jota de qué?

—De Justino.

—Bueno, Jota —Se levantó del asiento y le hizo un gesto con la mano a modo de despedida. Su colega levantó la barbilla y desapareció en sentido contrario al que yo llevaba al encontrármelos. Tras perderle de vista, aprovechó para cogerme por la cintura. Le quité el brazo.

—¿Qué ocurre?

—Podrían vernos.

—¿Quién?

—Pues cualquiera. Vivimos aquí.

Entramos al vestíbulo del portal y, cuando estábamos dándonos el gran lote, apareció un tío clavado a Darío que nos miraba atónito.

—¡Eres un cabrón! —dijo, antes de dirigirse con ira hacia él y empujarle.

—Y tú qué, ¿eh? —se defendió mi acompañante, devolviéndole el embiste.

Ahora se estudiaban con recelo, uno frente al otro, guardando una distancia prudencial.

—Darío, ¿me puedes explicar qué pasa? —pregunté al original, me costaba quitarle los ojos de encima a su réplica.

—Darío soy yo, él es Roberto. Te ha engañado, ¿no? —me aclaró su doble.

—¿Engañado? —Tragué saliva, o lo intenté, notaba la garganta seca—. Pero ¿hoy?

—No lo sé. Que nos lo diga él. —Miraba a su hermano con furia.

—¿Y con quién narices me he estado besando todo este tiempo?

—¡Conmigo! —informó el que yo creía Darío.

—¡Menudo capullo de mierda! —respondió el otro, y salió por la puerta, cerrándola a su paso de un portazo.

No sabía qué hacer ni qué decir. Me sentía aturdida. El que quedaba se acercó a mí, y traté de alejarme, pero tenía detrás la pared y resultaba imposible.

—Era yo todo el tiempo, Clara. Solo me agenció su nombre porque fue a él a quien conociste primero. Te seguí el rollo.

Le planté un bofetón.

—¡Pareces imbécil!

Saqué las llaves de la mochila y me dirigí hacia mi casa.

—Sí, lo reconozco, pero así te conocí. No he intentado engañarte. Quizás al principio sí, aunque no después... Créeme, no seas niña.

Al oír esa palabra logré tranquilizarme. Me sonó a él. Era él. Fue quien me besó la primera vez, de eso sí estaba segura. En ese momento cedí, y lo notó. Redujo la distancia que nos separaba y continuó por donde lo habíamos dejado minutos antes. Se lo permití porque me supo a él.

—Entonces... eres Roberto.

—Sí, soy Roberto. Encantado de conocerte.

Volvió a besarme. Ya no dejé que me importase cómo se llamara, solo sabía que me gustaba y que para mí era él.

3

Finalmente, Michelle encuentra un vestido perfecto para asistir a la boda de su amiga. Tras probarse otros cinco, regresa al segundo que le ofreció Rebeca, en color champán y ajustado hasta la altura de las caderas y caída recta, que se adapta perfectamente a sus curvas. Incluso admite que se alegra de que le hayan perdido la maleta. Asegura que le gusta aún más que el que traía. El elegido para el coctel de la noche anterior es uno negro por encima de la rodilla, totalmente ajustado, que consigue encandilar a Roberto. Vamos, que por poco no se le han salido los ojos de las órbitas cuando la ha visto aparecer con él.

Su amiga tiene completamente entregada a Rebeca, que además se ha ofrecido a peinarla y maquillarla para el evento. No es parte de nuestro cometido, pero se le da bien y disfruta haciéndolo. Así que mientras ultiman los detalles de cómo y cuándo quedar, nosotros aprovechamos para charlar y ponernos al día.

—¿Se puede fumar en algún sitio?

—En la cocina. Pero abre la ventana.

—¿Me acompañas?

Le sigo a regañadientes. No soporto el olor que deja el tabaco en la sala donde desayunamos y, en ocasiones, comemos. Rebeca suele echarse alguno que otro cuando está estresada, y después lo niega siempre.

Abro la ventana que da al patio interior y me abofetea un tufo a hervido de repollo. Le paso un cenicero indicándole el taburete en el que debe sentarse de cara al exterior. Aunque no me hace caso y lo gira hacia donde estoy yo, justo en el otro extremo de la encimera para mantenerme alejada del humo. He sido fumadora y no es que me moleste el olor, pero odio que se me pegue al pelo y a la ropa. Le observo detenidamente mientras se lo enciende, aprovechando que no me ve. Los años le han tratado bastante bien. Es más atractivo, incluso, que cuando nos conocimos; y eso que entonces eran los típicos chicos de anuncio, con la melenita que se llevaba, cortita por abajo y algo más larga en las capas superiores, y que les favorecía más que al resto de

los chavales, como si aquel peinado estuviera especialmente diseñado para su tipo de cara y de pelo. Ahora lo lleva corto, con la raya a un lado y al estilo clásico que ha vuelto a estar de moda.

—¿Por qué sigues haciéndolo? ¿Te divierte?

—No, es un vicio. ¿Qué quieres que le haga? He intentado dejarlo mil veces, pero con el estrés del trabajo... ¿Tú cómo lo has conseguido?

—Me refería a lo de hacerte pasar por Darío.

—Ah, eso... Me hago la misma pregunta, no te creas.

—¿Él lo sabe?

—En realidad la cuestión sería si tú sabes que él también lo ha hecho.

—¿Hacerse pasar por ti? Perdona que lo ponga en duda...

—No le conoces, Clara. Te sorprenderías. Incluso fue él quien lo empezó todo. No creas que fuiste la primera.

—Vaya, ¿debería alegrarme por ello?

—En el fondo tú fuiste mi pequeña venganza. Aunque reconozco que luego me salió el tiro por la culata. No contaba con que terminarías gustándome.

—Si intentas dejarle por los suelos, llegas tarde; él mismo me lo confesó en su día.

—Sí, la verdad es que infravaloré vuestra amistad. ¿Y qué es de tu vida? ¿Sigues con... cómo se llamaba?

—¿Álvaro? No. Nos divorciamos hace casi un año.

—Bueno, al menos... no tuvisteis hijos. Eso facilita las cosas.

—Veo que estás muy al tanto sobre mi vida.

—Lo sé prácticamente todo. Si entras, si sales y con quién... Mi madre sigue poniéndome al día. Las viejas costumbres, y como encima te ve más que a nosotros aprovecha para recordármelo. Creo que en el fondo se lamenta de que lo nuestro no llegara a ninguna parte.

—¡No digas tonterías!

—De verdad, lo prometo. Hasta Raquel te tiene una pequeña inquina. Cuando la escucha hablar de ti, pone los ojos en blanco.

—Pues debería preocuparse más por cierta francesa que tú y yo sabemos. Se lo recordaré el próximo día que nos crucemos.

—¿Qué os pasó? —se interesa, soltando una bocanada de humo. La pregunta, seguramente, va dirigida a desviar el tema—. ¡Espera, no me lo digas! Tú querías ser madre y él no, como si lo viera. Por eso no has tenido

hijos.

—Uyyyyy, casi... En realidad ocurrió justo al contrario.

—¿Al contrario? ¡Qué raro!

—No, bromeaba. Lo de no tener hijos es solo una consecuencia de ser una adicta al trabajo. No encontré mi momento. Pero no, no fue ese el motivo. Digamos que... nos desencantamos. Y a vosotros, ¿qué os ha pasado?

—¿Lo dices por lo de Michelle? Ella es solo una amiga. Con Raquel va todo bien.

—Roberto, que nos conocemos...

—Michelle no es nada serio, te lo aseguro. Es... una distracción inocente.

—¿Inocente?

—Está bien, llámalo como quieras. Aunque solo quiero a Raquel.

—¿Pero...?

—Pero a veces caigo en la trampa de mi hermano.

—¿De qué trampa hablas? —No puedo evitar reírme.

—Ponte en mi lugar. Él se ha convertido en un tipo conocido. Imagina ser el gemelo de alguien a quien de vez en cuando confunden contigo. Lo habitual es sacarles de su error y confesar que no lo eres, pero si se acerca una tía despampanante como Michelle, agitando sus pestañas y esperando ansiosa que le explique tal detalle de un libro... Caigo de cabeza.

—¿No te preocupa meterle en un lío? Es prácticamente un tío famoso. Imagina que Belén ve una foto vuestra en un artículo y piensa que es su marido.

—¡Qué dices! A la prensa rosa no le interesan los escritores, a no ser que se metan en algún *reality* de esos; y ya conoces a Darío. Jamás entraría en ese juego.

—Bueno, tú verás lo que haces —le dejo por imposible—. Cambiando de tema, ¿por qué has elegido precisamente mi tienda? ¿No habría sido más sencillo buscar otra y ahorrarte todas estas explicaciones?

—Fue el primer sitio que vino a mi mente cuando me llamó desconsolada por lo de su maleta, y pensé que sería una buena ocasión para retomar el contacto entre nosotros.

—¿A qué contacto te refieres?

—¿Ves? Pues justo eso mismo.

—Los ex no son amigos. Rara vez funciona.

—¿Qué nos pasó, Clara?

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

—No, en serio, ¿por qué salió mal lo nuestro?

—Dime cuántas relaciones duraderas, que se iniciaran en la adolescencia y hayan acabado en matrimonio, conoces tú.

—¿Tus padres?

—Y si nos descuidamos ni ellos. Acuérdate de aquel año.

—Sí, lo recuerdo; y también que recurríste a él en vez de a mí. ¿Os seguís viendo? De ti jamás me habla.

—No. Hace años que ni coincidimos por el bloque. Las noticias que tengo de él, igual que de ti, son las que recibo del mismo servicio de mensajería que tienes tú. Al principio me invitaba a sus presentaciones de libros, pero como no acudí a ninguna dejó de hacerlo. Aunque siempre me los envía.

—Pues ya es algo a tu favor. A mí ni eso.

Apaga el cigarrillo y acerca el taburete a mi sitio.

—Y entre vosotros, ¿van bien las cosas? —me intereso yo ahora.

—Sí, todo de puta madre. Ya sabes que siempre andamos con altibajos, pero nada que el WhatsApp no solucione. Por cierto, no tengo el tuyo. ¿Cambiaste de móvil?

—Sí, cogí un número nuevo por un lío de portabilidad con mi antigua compañía. Te lo paso, si quieres.

—Qué extraño se me hace estar aquí charlando tan campante contigo, y a la vez parece que nunca hayamos dejado de hacerlo, ¿verdad?

—Sí, es raro. Suelo acordarme de vosotros cuando voy a casa de mis padres y me sorprende que apenas coincidamos.

—Es que a veces el fin de semana lo tenemos atado con la agenda de las niñas y vamos menos de lo que deberíamos. Tú ni idea de lo que es eso, claro.

—Puedo imaginarlo perfectamente. Tenemos a Matías con las mil y una excusas para encajar su tiempo con el nuestro.

Veo que saca otro cigarro de la cajetilla y, antes de darle la oportunidad de encenderlo, le pido que volvamos a la sala. No sé si me alegro o no de que al final haya sido él en vez de Darío el que ha aparecido. Aunque al principio sentí alivio, al final he notado una pizca de desilusión. Ya había conseguido hacerme a la idea de volver a verle.

4

Roberto: Primera simulación

La primera vez que reparé en ella me hizo sentir incómodo. Acabábamos de mudarnos al piso nuevo y recuerdo que no atravesaba uno de mis mejores momentos. No soportaba al marido de mi madre, y que la idea de la mudanza fuera orquestada por él me hacía odiarlo el doble. En nuestra casa, al menos, me sentía arropado por el refugio de lo conocido, del hogar que me vio crecer en el seno de una familia que creí invulnerable y sólida. Le culpaba de arrancarme de mis recuerdos, de mi infancia, de mis raíces, de todo lo que llevaba vivido hasta ese momento y valoraba como parte de mí mismo. En definitiva: le acusaba de alejarnos de mi padre. No era consciente aún de que él no fue responsable del divorcio, ni de lo infeliz que se sentía mi madre hasta que le conoció. Aunque tampoco ella escapó de los lazos de mi resentimiento: le recriminaba el no haber sido igual de alegre con mi padre que con Pablo. Como si aquella hubiera sido la causa de que él se marchara, como si él no lo hubiera tenido decidido desde mucho tiempo antes de que la ruptura saliera a la luz. Completamente ajeno a sus engaños, que no veía o no quise ver porque ella nos protegió ocultando sus lágrimas y su estado de ánimo. Echo la vista atrás y me arrepiento del capullo que fui durante mi adolescencia y del daño que hice con mi comportamiento. Darío, en cambio, se mantuvo más despierto y no se negó la realidad que yo no quería ver. Enseguida fue consciente de que él ya no la quería y se posicionó en el bando de ella, mostrándose receptivo con la nueva situación y afectivo después con los nuevos integrantes de la familia. Teníamos doce años cuando mi padre se marchó de casa; catorce cuando mi madre anunció que iba a casarse de nuevo y que, además, el lote incluía a una hermana. Pablo era viudo y tenía una hija llamada Patricia de ocho años, que mi progenitora recibió como a uno más de sus hijos. Así trató de hacerlo él también, a pesar de que no se lo puse nada fácil.

Esa primera vez que vi a Clara, estaba sentado con Jota en un banco de la

avenida donde nos habíamos mudado. Apareció con su uniforme azul de falda a cuadros. Llevaba un calcetín bajado y otro subido hasta casi la rodilla. Lo recuerdo bien porque suelen ponerme nervioso ese tipo de cosas y me entraron ganas de pedirle que se lo subiera para quedarme tranquilo. Ella, como si acabara de leerme el pensamiento, se agachó a igualarlo con el otro y aprovechó para saludarme con la mano. Miré a Jota, extrañado, por si eran visiones mías o si en realidad le saludaba a él. Pero mi amigo seguía a lo suyo, contándome no sé qué rollo del acelerador de la moto de su hermano. La vi pasar de largo por nuestro lado con un semblante más serio que al principio. Pensé que quizás nos había confundido con otros y del corte ahora se encontraba en un «tierra trágame» de órdago.

La segunda vez coincidimos en el garaje. Acababa de tener una bronca gorda con mi madre porque habían vuelto a expulsarme una semana del instituto, en esta ocasión por una trifulca con un gilipollas. Así que no estaba para muchas idioteces cuando se acercó a preguntarme qué me había ocurrido. Sin embargo, en la tercera ocasión que nos cruzamos consiguió caerme en gracia. Al principio pensé que era una *plastita* que trataba de entablar amistad conmigo porque le había gustado y buscaba algo. A mí, de primeras, no me entró por los ojos. Por aquel entonces andaba enrollado con una de mi clase que me buscaba cuando se aburría de su novio y por mi parte era suficiente para mantenerme entretenido. Además, me ponía ese rollo de tener que vernos a escondidas. Así que la idea de ligar con una chiquilla de quince o dieciséis años o los que tuviera —yo iba camino de los dieciocho—, no entraba en mis expectativas. Hasta que descubrí que el interés de Clara era, simplemente, que la muy pardilla me había confundido con Darío. En ese momento se me encendió la bombilla: la venganza de mi hermano estaba servida. La pena fue que, justo cuando podía haber llegado hasta el final, o al menos más allá que él, me pilló la que jamás nos confundía:

—¿Se puede saber por qué les has hecho creer a Clara y a su madre que eres Darío? —me espetó al llegar a casa.

—No ha sido así. Se ha equivocado solita —traté de defenderme—. No he querido corregirla para que no se sintiera una lerda. Nos confunde constantemente. ¿Sabes lo incómodo que resulta a veces dar tantas explicaciones? Además, solo quería que le explicase un tema de matemáticas. Lo importante es el mensaje, no el mensajero.

—Me tienes harta, Roberto. ¡Harta! No sé qué hacer contigo.

—Venga, corta el rollo. No entres en bucle, que nos conocemos.

No olvidaré la cara de Darío al pillarnos infraganti en el vestíbulo del portal. Imagino que la misma que puse yo cuando Jota me contó que le había visto enrollándose con Carlota un año atrás. Solo que lo mío fue a propósito y en aquel caso él se defendió asegurando que se trataba de un error. ¿Un error? Se fijó en ella tras decirle que me gustaba, eso seguro. A pesar de que nunca habíamos coincidido en el perfil de chica. En realidad somos mucho más diferentes de lo que la gente piensa, y completamente opuestos. Él es zurdo y yo diestro. Él es el tímido y yo el lanzado. A mí me encanta el chocolate y a él le sienta como un tiro. Por no hablar de sus alergias. Mi rol es el de rebelde y el suyo el de niño perfecto y mimado. Si me detengo a pensarlo, veo que solamente tenemos en común el cascarón. En cuanto a tías, jamás tuvimos el mismo gusto hasta que llegó Clara. Reconozco que aunque no era mi tipo, o al menos no coincidía con el patrón en cuanto a su físico —solía fijarme en chicas más llamativas por sus curvas, y mi vecina, en esa época, era demasiado delgadita y espigada—, me ganó por su descaro. Fingido, por supuesto, pero eso la hacía aún más apetecible.

—Es por lo de Carlota, ¿no? —trató de averiguar esa misma noche Darío, entrando en mi habitación de malos modos. Yo estaba tumbado sobre la cama escuchando música.

—Te equivocas. Clara me gusta de verdad.

—Aun así está claro que ella me prefiere a mí. Pensaba que tú eras yo.

—Solo estaba confundida con el nombre, porque te conoció a ti primero. Pero ¿la has besado alguna vez? —se lo solté con soniquete. En el fondo me apetecía que rabiara de envidia.

—¿Acaso lo dudas? —soltó, imitando mi tono. Me jodió escucharlo.

—De todos modos, ya ha elegido.

—Eso habrá que verlo —me retó.

Sabía que iba de farol. No tendría huevos a conquistarla por sí mismo a no ser que jugara sucio, como yo había hecho, y se hiciera pasar por mí.

—¡Lo veremos! —fue mi última palabra.

En realidad esto no marcaba un enfrentamiento serio entre nosotros, ni dejamos de hablarnos ni nada por el estilo. Nuestra relación era así. Nos queríamos a muerte, pero existía una rivalidad silenciosa. Supongo que como

en la mayoría de las relaciones entre hermanos, solo que en nuestro caso se multiplicaba por el peso de la comparativa. Tal vez nosotros mismos habíamos adoptado con el tiempo la etiqueta o el papel asignado, y quizás actuábamos de una manera u otra para mantenerlo. El chico dócil y faldero no iba a convertirse ahora, de la noche a la mañana, en el rebelde. Así como el gamberro no podía permitirse aflojar la cuerda y mostrar su lado frágil. En las disputas no siempre el verdugo era el mismo, aunque en la mayoría de los casos era la víctima quien tenía que pagar el pato por esa fama adquirida. Solía culparle de ser así únicamente para convertirme en su antagonista. No terminaba de crearme el papel que recitaba. ¿Cómo pudo aceptar de tan buen grado que aquellos extraños invadieran nuestra casa? Que le quitaran su habitación y meterlo en la mía para que la mocosa aquella tuviera su propio cuarto. Con el mío no lo habría permitido, quizás por eso a mí ni me lo propusieron. Con el tiempo comprendí que él solo trataba de adaptarse. Formaba parte de su naturaleza. Yo, sin embargo, no poseía esa capacidad suya de amoldarse a los cambios tan rápidamente. Él incluso conseguía anticiparse a ellos.

Después reconocería que el cambio de casa nos vino bien a todos. Al ser grande, pudimos recuperar cada uno nuestro propio espacio. Pablo se sentía más a gusto, ya que aquello lo convertía en un nuevo comienzo de verdad. Con él me costó bastante tiempo y esfuerzo aflojar la cuerda. Era consciente de las veces que le había faltado al respeto y eso le produce más vergüenza durante el proceso de superación al que ha cometido la falta que al que la recibe. Dar el paso de pedir perdón es admitirlo y reconocer que eres un capullo integral. Nunca lo hice, por falta de valor. En realidad ni siquiera recuerdo dónde se encontró el punto de inflexión. Solo sé que poco a poco fui siendo más receptivo y menos arisco y distante. Quizás fue Patricia quien me ayudó a ese cambio de actitud. En el tiempo que vivieron con nosotros en el antiguo domicilio, hizo lo imposible por acercarse a mí. Al principio lo hacía por confusión, y tras darse cuenta de que estaba preguntado al tirano en vez de al comprensivo, se ponía tensa. Me empezó a caer en gracia, por sus reacciones. También porque, al fin y al cabo, la chiquilla no tenía ninguna culpa. Pertenece a nuestro mismo bando de víctima de las circunstancias. Vale que era un rebelde y un canalla de pose, pero no carecía de corazón. No tardé demasiado en tratarla como a una hermana. Incluso entre nosotros llegamos a ser mejores hermanos con ella que sin ella. Poseía el punto en desempate de

las votaciones familiares, y en eso ellos no tenían nada que hacer cuando nos uníamos los tres.

5

Es domingo, y las ganas de levantarme y arreglarme para ir a comer a casa de mis padres se reducen a cero en cuanto visualizo mentalmente la montaña de plancha acumulada en el cesto del armario. No debí dejarme convencer por Rebeca con lo de asistir a la fiesta. «Será bueno para el negocio. Entregamos unas cuantas tarjetas, tomamos un par de copas y nos escaqueamos. ¡Te lo prometo! Además, ya lo he cuadrado con Óscar».

No recuerdo el número de copas, pero sí consigo visualizarla —como en una especie de nebulosa— entregando tarjetas por doquier. También me viene a la mente un tipo con una pajarita de calaveras y una barba prominente de estilo hípster. Hasta puedo vislumbrar cómo saco mi cepillo plegable del bolso y se la peino para hacerle una trenza. ¿En serio se me ocurrió hacerle tal cosa a un desconocido o eso lo he soñado? ¡Detesto esas barbas tan tupidas y repeinadas!

El ruido del grifo de la ducha consigue sacarme de golpe de mis pensamientos. En ese instante se activan al unísono todas mis señales de alerta. Logro incorporarme, observando a mi alrededor y allí está, entre un montón de ropa revuelta en el suelo: la pajarita. «No, no, no, no, por favor... Pero ¿por qué?», me digo. Miro dentro de las sábanas para comprobar si estoy desnuda. Llevo las bragas y una camiseta de tirantes que no recuerdo haberme puesto. Intento recordar lo ocurrido y recupero cierta información medio a trompicones: fiesta, copas, barba, copas, taxi, casa, copas... Salgo de la cama y me pongo los primeros pantalones que pillo. Por un momento se me pasa por la cabeza coger el bolso, las llaves y largarme. Enseguida recapacito. Estamos en mi casa y no puedo darme a la fuga dejando a un desconocido dentro. Camino hacia la cocina y una vez allí finjo preparar el desayuno. En realidad no me apetece comer nada, pero saco unas naranjas y el exprimidor de zumo porque siento una sed de elefante. Me bebo lo que he exprimido directamente del recipiente. A los pocos minutos tengo delante a un tío impresionante al que solo le sobra una prominente bola de pelo en la cara.

—¡Buenos días, Clara! —saluda, apoyado sobre el marco de la puerta

con los brazos cruzados y una toalla anudada a la cintura. Detecto cierto tonillo francés en su acento, aunque no tan acusado como el de Michelle.

—Buenos días... Mmm... —me pregunto cómo narices se llamará—
¡Buenos días!

Me prometo mentalmente que no probaré el alcohol en lo que me queda de vida.

—No puedo quedarme a desayunar contigo. Mi vuelo es a las dos. Te llamaré, ¿vale?

Se acerca a darme un beso y noto la humedad de su barba. No sé qué gesto hago, pero intuyo que me ha leído el pensamiento porque a continuación dice:

—Al final, barba uno, Clara cero —me guiña un ojo y desaparece.

El comentario consigue dejarme aún más confusa. ¿Se tratará de algún tipo de apuesta?

Al rato aparece vestido con unos pantalones ligeramente ajustados, su pajarita perfectamente alineada, y se despide. En el fondo me alegra que sea francés y que vaya a coger un avión: *Au revoir... À bientôt... Sayonara, baby...* Es la primera vez que me ocurre algo así y espero que sea la última.

A las dos menos diez aparco el coche en la calle de mis padres. Al final ni plancha ni narices. Bastante he tenido con intentar recordar la jornada nocturna y atar todos los cabos sueltos. Antes de introducir la llave en la cerradura del portal, entra una llamada de Rebeca. Ojalá pueda resolverme ciertas lagunas:

—¡Hija, ya era hora! Llevo intentando localizarte toda la maldita mañana. ¿Sabes algo de un francés que ha amanecido en mi casa?

—¡Buenos días a ti también! Solo sé que me dejaste tirada por su culpa. Cuando te propuse marcharnos de la fiesta, me enviaste al carajo y te empeñaste en tomar la última con el barbitas. Por lo visto estabas a un tris de convencerle para que se afeitara. Aunque de hecho el plan era hacerlo tú misma y creo que él mencionó algo sobre tus partes nobles a cambio... Me largué antes de arrepentirme por presenciar lo que allí se estaba cocinando.

—¡Dime que estás de coña!

—¿Quién perdió?

—Mis partes nobles no, desde luego. Pero su barba me temo que tampoco; él y ella han cogido un vuelo hace un rato.

—No puedo creerme que te hayas liado con él. Si en cuanto lo viste entrar por la puerta lo pusiste a parir en un momento: la barba, el pelo, la pajarita, el pantalón casi tobillero, la pose... Me doy la vuelta y te lleva al huerto.

—¡No me lo recuerdes, anda!

—Ahora vas a ponerle pegas en la cama, ¿no?

—Ninguna. No me acuerdo del todo. Me viene que nos enrollamos en un taxi. También llegar a casa y preparar unos *gin-tonics* con Sprite. No tenía tónica. Bueno, eso más bien lo tengo presente porque he visto los envases rodando por la mesa. ¿Existirá la posibilidad de que nos quedáramos dormidos?

—Pues vaya putada acostarte con un tío y ni siquiera recordarlo. Ya que lo haces, es una obligación disfrutarlo.

—Lo prefiero así. Menos remordimiento en mi conciencia.

—¿Remordimiento por qué? ¿Acaso tienes que rendirle cuentas a alguien?

—¡Joder, tía, que he llevado a mi casa a un completo desconocido! ¡Que me he acostado con él borracha! ¿Te parece poco?

—Anda, boba, no le des más vueltas. Tenemos visita. Chao.

Oigo una risa a mi espalda cuando guardo el teléfono y me dispongo a meter la llave de nuevo en la cerradura. Al girarme no puedo creerlo.

—¿Darío?

—¿Tanto he cambiado que no me reconoces?

No nos acercamos a saludarnos con los dos típicos besos. Jamás lo hacemos. No sé muy bien cómo empezó. También eso me ayuda a diferenciarlo de su hermano a simple vista. El otro siempre se acerca al contacto físico. Aunque no puedo evitar fijarme en el lunar junto al nacimiento de su pelo a la altura de la ceja derecha, el mismo que en su día me mostró para que nunca volviera a confundirlos. Indudablemente, es él.

—No, solo me ha sorprendido encontrarte. Hace tantísimo que no coincidimos, que no lo esperaba. ¿Qué tal te va?

—Bien. ¿Y a ti? Aparte de tus borracheras nocturnas... —agrega sonriendo.

—Oh, no, joder. Lo has oído. ¡Qué vergüenza! —Noto que me arden las orejas—¿No te enseñaron en casa que está muy feo escuchar conversaciones ajenas?

—Tranquila, mis labios están sellados.

—Hubiera preferido que también lo estuvieran tus oídos.

Observo que trae una barra de pan de la tienda de la esquina. Parece más delgado que la última vez que lo vi, o quizás lo está más que Roberto y en realidad es que los estoy comparando. Siguen llevando el mismo corte de pelo, como si se pusieran de acuerdo para elegirlo.

—¿Vienes a visitar a tus padres? —pregunta.

—Sí. Seguimos reuniéndonos los domingos. ¿Y tú?

—En mi caso no es algo así establecido. Unas veces viene Patricia, otras Roberto... Rara vez nos juntamos todos. Aunque suelo venir entre semana.

Todo eso que comenta lo sé por Juani. Suele quejarse de que nunca vienen juntos a visitarla. Lo llama «el goteo». Como si se turnaran para ir a dar una vuelta por su casa desde que falleció su marido. Ella y mi madre pasan mucho tiempo juntas. Lo suyo fue amistad a primera vista.

—Bueno, tengo que entrar. Mi padre ya estará consultando el reloj cada treinta segundos.

—¿Tienes planes después? —dice, una vez dentro. Pulsa el botón del ascensor—. Podríamos tomarnos un café, si te apetece.

—Sí, claro. Estaría bien. ¿Me tocas al telefonillo al salir?

—Cuántos recuerdos me trae esa frase —afirma, antes de desaparecer.

Introduzco mi llave en la cerradura cuando su ascensor ha iniciado la subida. Esa sensación me transporta al pasado en una milésima de segundo. Miro hacia el rellano, al mismo sitio donde, ni sé cuántos años atrás, estaban esparcidas un montón de cajas. Me cuesta ver al chico con el que tropecé. Creo que aquel día ni siquiera pude enfocarle por la turbación que me producía. Recuerdo una sonrisa de oreja a oreja, y unos labios carnosos que me interrogaban. Le dije mi nombre casi en tartamudeo, o así lo imaginé nada más dejar atrás el portal, maldiciendo el habérmelo cruzado tan desprevenida.

Entro en casa y, como imaginaba, ya están todos sentados a la mesa, esperándome. Los pequeños me reciben con la boca llena de churretes. Les han puesto patatas fritas con ketchup para ir abriendo boca. La mirada de mi padre lo dice todo. Al menos no se ha molestado en verbalizarlo. Se levanta de la silla y se acerca a la cocina a traer el segundo motivo del cabreo: su paella especial de bogavante. Olvidé que hoy encima cocinaba él. Mi madre consigue quitarle hierro al asunto y enseguida se pone a contar toda clase de

chismes sobre el vecindario. Siempre me quejo de que lo haga, aunque en el fondo no pierdo puntada y hasta le saco información extra sobre algunos asuntos. En esta ocasión, uno de los temas despierta especialmente mi atención.

—Juani anda algo mosca con su nuera porque vienen muy poco y apenas ve al niño.

—¿Cuál de ellas? —le pregunto al instante, sin darme cuenta de que el dato ya va implícito en su comentario.

—La que tiene el niño.

—¿Por qué le echa la culpa a ella y no a su hijo?

—También es verdad. Eso digo yo. Será cosa de los dos, ¿no? —cae en la cuenta ella.

—Pues hoy estará contenta de que hayan venido.

—¿Ah, sí? ¿Los has visto?

—Sí, acabo de cruzarme con Darío antes de entrar. Venía de comprar el pan.

—Si es que esta Juani... a veces es un poco Maripenas. Le gusta tenerlos alrededor a todas horas. Pero hay que comprenderla, pobre, después de lo de Pablo se ha quedado muy sola y le dará vueltas al coco. Es a lo que se expone con tanto tiempo libre, que ve misterios y rencillas donde no los hay.

—A quién me recordará eso —se mete por medio Matías.

—No sé qué estás insinuando —protesta ella.

—Anda, dejad el temita —se queja mi padre—. A ver si luego me va a tocar a mí pagar el pato cuando os vayáis.

—Y ahora el otro también... —vuelve a rechistar la aludida.

—¿Dónde está el pato, abuelo?

Decido entablar conversación con Luci, mi cuñada, para no verme salpicada. Me cuenta que su hermana quiere que ella y sus amigas hagan de damas de honor en su boda, y pregunta si cabría la posibilidad de que nosotras les consigamos los vestidos iguales a todas para ese día. Su hermana me cae como una patada en el hígado, pero he de reconocer que es una de nuestras mejores clientas. Sale con un famoso presentador de un concurso televisivo y, aunque ella no es muy conocida, tiene una agenda social bastante movida. Recurre a nosotras en infinidad de ocasiones, por no decir que en realidad somos prácticamente su fondo de armario festivo. Ahora encima le ha dado por abrir un *egoblog* de moda, como a muchas famosas, y posa en distintos

puntos de la ciudad con sus *looks* diarios para subir luego las fotos y explicar al detalle de dónde ha sacado cada prenda, incluidos los complementos, joyas y productos de maquillaje.

Suena el portero automático y mi madre hace amago de levantarse a abrir. Matías y su familia se marcharon en cuanto mi padre se quedó frito en el sofá. Los niños no paraban de incordiar al abuelo para despertarle. Querían salir con él al parque y sacarle una ristra de cromos en el quiosco. Les daba igual el detalle de la lluvia. Al final se han puesto pesaditos y a Matías le ha podido la falta de paciencia.

—Ya abro yo —me ofrezco enseguida—. Será Darío. Hemos quedado a tomar un café.

Le doy un beso en la mejilla y cojo mi bolso colgado del respaldo de la silla.

—¿No esperas ni a despedirte de tu padre?

—No voy a dejarle colgado ahí en la calle. Dile que he tenido que marcharme —le pido, abrochándome el abrigo—. ¿Me prestas un paraguas? No sabía que iba a llover hoy.

—¿Tú sabes dónde te estás metiendo, hija? —pregunta cuando ya estamos en el pasillo de entrada. No me mira a la cara. Está decidiendo cuál dejarme entre los cuatro o cinco que adornan el paragüero.

—No estoy metiéndome en ningún sitio. ¡Qué cosas tienes!

—Es un hombre casado, y después de lo que pasó con el hermano... Tú verás, pero no creo que a Juani vaya a hacerle ninguna gracia que os estéis viendo.

—¡Solo es un café! —replico, con cierto grado de indignación—. Además, estoy saliendo con alguien —agrego a la defensiva. Eso ayudará a que se quede tranquila. Me ha dado rabia su insinuación.

—¡Anda, no lo sabía! ¿Quién es?

—No le conoces. Es... francés. Ahora está en... Francia, vive allí. Pero lo llevamos bien. Es una relación a distancia.

Me entrega un paraguas enorme en color burdeos. Lo vuelvo a dejar en su lugar y elijo otro más pequeño y plegable.

—¡Ese no es nuestro!

—¿Y de quién es?

—No lo sé. De alguien que se lo habrá dejado.

—Pues hasta que aparezca el propietario, es mío.

Antes de darme tiempo a girar el pomo de la puerta, retoma el otro asunto.

—¿Le has conocido en una página de esas de contactos?

—No. Nos conocimos en la fiesta de aniversario de un conocido *showroom*. También trabaja en el mundillo este de la moda.

—Ah, ¿sí? Pensaba que los de esos trabajos eran todos mariquitas.

—Ay, mamá, tú y tus prejuicios. —Me río con su ocurrencia—. Pues no. No tiene por qué. Bueno, adiós. —Le doy otro beso—. Y no te preocupes por nada, ¿vale?

6

Darío: Primer desengaño

Si hay una persona que haya marcado mi pasado, esa es Clara.

Nunca olvidaré la primera vez que se cruzó en mi camino. Salía de su casa concentrada en contar unas monedas y por poco no tropezó con las cajas que tenía delante. Tampoco advirtió mi presencia hasta que casi se me echó encima, de espaldas. Recuerdo que me vino el olor de su pelo al girarse. Su coleta me rozó la cara. Me llamó la atención que, justo al reparar en mí, se ruborizara. No sé de dónde saqué el valor para presentarme. Por aquella época era demasiado tímido con las chicas. Aunque quizás en ese aspecto jamás haya dejado de serlo.

En la segunda ocasión, ambos íbamos a tirar la basura. Se iluminó mi cara al verla aparecer. Justo abría la puerta cuando salí del ascensor. A ella, en cambio, la noté algo borde conmigo, cosa que me sorprendió. Pensé que podía tratarse de un mal día o que simplemente le había molestado que la mandaran a sacar la basura. Por suerte, conseguimos entablar conversación de nuevo y recuperó su actitud amable, pese a que no tuvimos suficiente tiempo para conocernos. Enseguida la llamaron por el telefonillo para que entrara en casa y apenas cruzamos cuatro frases.

En el tercer encuentro volvió a descolocarme. Regresaba a casa del instituto y pude distinguir su figura a lo lejos. Ella iba a paso de tortuga, mirando algo que llevaba en las manos. Pensé que quizás contando monedas como el primer día. Eché a correr para alcanzarla y, al llegar a su altura, comprobé que se trataba de una revista. No sé por qué me dio por ahí, no era mi estilo, pero se la quité con el objetivo de provocarla y llamar su atención. Se lo tomó muy mal y hasta se cambió de acera. Qué graciosa iba caminando con su uniforme y tan enfurruñada. Logré arrancarle una sonrisa casi al final del trayecto.

Aunque el acercamiento que, sin duda, marcaría nuestro rumbo fue aquel día que volvimos a cruzarnos con las bolsas de la basura. Estaba más simpática que nunca. Noté que incluso reducía sus pasos, resistiéndose a entrar de nuevo en el portal. Hablaba sin parar y me hacía mil preguntas. Cuando yo no tenía respuestas, no había problema, se encargaba ella de dar su opinión sin necesidad de preguntarle. Como si las preguntas que formulaba ya se las hubiera contestado antes ella. Aun así no se le podía restar espontaneidad, ya que respondía en la misma línea las mías. Fui dejándome envolver por esa tela de araña que desprendía su voz. No se trataba solo de sus palabras, también contribuían a ello sus gestos y la forma en que se me acercaba, poco a poco, sentados sobre el bordillo en la puerta de casa, para después alejarse y volver a juntar su rodilla con la mía, que no terminaba de rozarme, aunque notaba que sí... Serían las ganas que también tenía de su contacto. Me fijaba en su manera de recogerse el pelo, como para hacer con él una coleta, que luego volvía a soltar porque ni siquiera tenía una goma. Ahí no sabía que ese ritual de cortejo suyo, en realidad, no iba dirigido a mi persona. Eso lo deduje después, tras descubrirse el pastel. Pero he de reconocer que de no haber sido por Rober, que dio el primer paso, estoy convencido de que yo no habría dado ninguno, y todo habría resultado distinto. Aquel encuentro habría sido uno más entre muchos y, quién sabe, tal vez se habría cansado del vecino pardillo e insulso que apenas se atrevía a cruzar tres frases. Sin embargo, cuando entramos en el rellano y se volvió hacia mí, sin esperarlo, y sus labios se colaron entre los míos, rematando de aquella manera su jugada, acabó de romperme los esquemas. Lo hizo con tal naturalidad y maestría que dudé en si conseguí estar a la altura de ese primer beso. Contando con mi forma de ser, he de confesar que escaseaba mi lista en el apartado de besos. Hasta puedo declarar que en una ocasión tuve que recurrir a Roberto porque me gustaba una chica y me superaba el bloqueo. No debimos entrar en aquel juego que yo mismo inicié. Quizás ahí empezó todo, por mi culpa.

Recuerdo el día que encontré a Clara y al capullo de mi hermano liados en el rellano del portal como uno de los peores de mi vida hasta ese momento; y eso que los problemas entre mis padres ya habían puesto el listón muy alto. Me sentí traicionado por dos personas que me importaban demasiado como para darles carpetazo. Él y yo siempre hemos tenido nuestras diferencias, por

su carácter, pero jamás había sentido el rencor que se me coló de lleno esa tarde. No sé por qué a ella se lo perdoné tan pronto y a él no. Se apoderó de mí la rivalidad y me propuse la misión de quitársela. Si no estaba conmigo, tampoco con él. Y utilicé la baza que mejor dominaba: la amistad.

Cuando me confirmó que ella había elegido y no era yo el candidato, no le creí. No podía ser cierto. En mi mente estaban grabadas nuestras conversaciones, su risa, aquel primer beso y los que le sucedieron, incluso la noche anterior... Veía imposible que pudiera sentir más por él. Debía de ser una artimaña de mi hermano para vengarse. Aproveché que me tocaba bajar la basura y la esperé en la calle. Fue tan puntual como acostumbraba.

—Hola, Clara.

Paró en seco y frenó mis pasos con un gesto de las manos para que no me acercase a ella ni uno más. Después rodeó mi posición y continuó caminando hasta el contenedor. La seguí. Incluso me adelanté a abrirle la tapa.

—¿Darío o Roberto?

—Darío.

Lanzó la bolsa y se dio la vuelta en dirección al bloque. Estábamos a unos cincuenta metros del portal. Ahora iba tranquila, al paso de siempre.

—¿Cómo puedo estar segura? Me habéis estado engañando todo este tiempo.

—Si quisiera engañarte, te habría dicho que soy Rober. Me ha dejado muy claro que estás de su parte. No entiendo por qué, la verdad.

—No tiene explicación. Quizás es porque le conocí primero.

—Te equivocas. Si le hubieras conocido a él primero, sería su nombre el que habrías confundido.

—Bueno, entonces te conocí a ti antes pero me gustó él.

Paré de caminar. Sentía indignación con su argumento.

—¿Cómo vas a saber eso si ni siquiera puedes distinguírnos? De hecho ahora podría ser Rober y ni te estarías coscando.

—En el fondo sí me doy cuenta, solo que veía dos personalidades en un mismo cuerpo. Ahora tengo enfrente al Darío amable, el que sujeta la tapa del contenedor y parece más... tranquilo. Roberto es el que me provoca y con el que discuto.

—Por lo que veo, entonces, una vez más ha triunfado el villano.

—Y por lo que veo yo, tú mismo asumes el papel de héroe, y eso solo te convierte en el fanfarrón.

Me jodió su opinión. No era exactamente lo que pretendía decir, aunque sí debo admitir que fue a lo que sonó. Pero no quise argumentarlo ni justificarme. En realidad lo que me apetecía era alejarme de allí, a pesar de que mis piernas no tenían la misma intención. En el fondo deseaba poder darle a algún botón que nos trasladara al escenario en la noche anterior y comenzar de nuevo. Recordarle lo que teníamos y por qué no lo podía dejar ir así sin más. No encontré la forma de llegar hasta ella.

Aceleró la marcha y pasó de largo con su coleta alta, que se movía a cada paso que daba. En el último segundo, cuando ya estaba casi a las puertas del bloque, no sé de dónde surgió aquella frase, que habría borrado si la hubiera sentido acercándose a mi garganta, y le pregunté:

—¿Estás segura de la decisión que has tomado?

Frenó y se giró a mirarme, su rostro no mostraba enfado ni chulería, parecía la misma Clara de días atrás.

—Sí lo estoy. Aunque espero no equivocarme.

—Pues yo sí espero que te hayas equivocado, y no porque vaya a esperarte. Cuando eso ocurra estaré en primera fila con una buena caja de palomitas. ¡Disfrutando!

Tampoco sé de donde saqué el valor para soltar aquello, pero me hizo sentir poderoso. No vi qué cara se le quedó tras escucharme. No me quedé a observarla. Esta vez era yo quién se dirigía al portal, adelantando su paso, y creo que hasta le cerré la puerta en las narices.

7

Salgo del portal y aún no he podido quitarme la sensación que me ha dejado mi madre tras decirle que iba a tomar un café con él. No había reparado hasta ese momento en lo curioso de que lo haya propuesto. ¿Qué excusa les habrá puesto arriba? Aunque, pensándolo mejor, ¿qué necesidad hay de ponerse una excusa? Somos viejos amigos. Pero en mi mente todavía flotan las palabras de ella: «Es un hombre casado», como si su hija fuera una especie de cazadora furtiva. ¿Acaso alguna vez le he dado motivos para pensar algo así?

Le encuentro metido en un coche que no conozco, frente al portal. Al verme aparecer, hace señales indicándome que suba. Decido salvar a la carrera la distancia, sin abrir el paraguas.

—Pensaba que habías cambiado de opinión por la lluvia.

—No, ¡qué va! Tampoco te habría dejado plantado sin decirte nada. ¿Por quién me tomas? Solo me han entretenido un poco.

Su coche huele a limpio y a ambientador de frutas. Siempre me llaman la atención los que no apestan igual que el mío a... no sé, restos de comida cuando me salto el desayuno y como una barrita mientras conduzco, o en los viajes una bolsa de patatas fritas, o tal vez porque dejo el paraguas mojado en la alfombrilla varios días... Aunque quizás sea por llevar un siglo sin lavarlo.

—¿Dónde te apetece ir? —pregunta.

—¿Al Miranda? Podemos ir andando, traigo refuerzos. —Le muestro el paraguas.

—Lo cerraron hace siglos.

—¿Ah, sí? No tenía ni idea. Pues entonces a la churrería. Me apetece un chocolate.

—Cerrado también. ¿No dices que vienes por aquí todos los domingos?

—Sí, pero nunca salgo del bloque —me defiendo—. Bueno, entonces elige tú. Veo que andas mucho más puesto que yo en el alterne del barrio.

—¿Y si nos vamos de aquí, ya que estamos en el coche?

—¿Y qué hago con el mío?

—Luego te traigo a buscarlo.

—Ya pero... ¿No van a preocuparse en casa si tardas más de lo acordado?

—No he acordado nada, ¿y tú?

—No. A mí no me espera nadie.

—¿Y qué hay de ese francés borracho que has secuestrado?

—Joder, ¿has escuchado toda la conversación?

—Llegué en esa parte en la que admitías no recordar nada. —Arranca y salimos del barrio—. ¿En serio es eso posible? Pensaba que era una excusa que se pone uno para no hacerse responsable de sus actos.

—¡Y yo! Sin embargo, te garantizo que tengo una laguna importante.

—¿No le has preguntado a él?

—Imagina que una mañana te despiertas y descubres que has pasado la noche con el prototipo de tía que jamás hubieras elegido de forma consciente, ¿cómo se te quedaría el cuerpo?

—Pero basándonos en la popular frase de que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad, posiblemente en tu fuero interno sí es tu prototipo de hombre.

—¡Qué dices! Te aseguro que no. Bueno, aunque, no lo sé... Algo encontraría en él para llevármelo a casa.

—Lo que sí es una putada es que, pasara lo que pasase, no lo recuerdes. Deberías repetirlo. Tal vez eso resucite tu memoria. Puede haber sido la mejor experiencia sexual de tu vida, y te la has perdido.

—O tal vez no pasó nada y solo ha dormido conmigo porque estaba muy borracho para conducir. ¿Podemos cambiar de temita?

No sé hacia dónde nos dirigimos. Aún no lo habíamos decidido cuando arrancó, o quizás él sí. Multiplica la velocidad del limpiaparabrisas, que no da abasto con la que está cayendo.

—¿Por qué quieres cambiarlo? Me gusta esta conversación. Me recuerda a la azotea. ¿A ti no?

—Sí. Aunque parece que haya pasado un siglo de aquello.

—Para mí ocurrió ayer... y anteayer, y el día anterior... Cada vez que visito a mi madre subo, y me sorprende abriendo despacio para no darte un susto de muerte.

—Es verdad. —Me entra la risa al recordar—. Si no morí allí de un infarto, ya es imposible.

—Alguna vez he tenido tentaciones de bajar y llamar al timbre por si acaso se han unido los astros y estás, como ha sucedido hoy.

—No he vuelto a subir. Me agobia un poco recordar el pasado.

No dice nada. Se queda pensativo y atento a la conducción. No entiendo cómo puede ver a través de esa catarata. En condiciones así suelo hacer tiempo con el coche aparcado. Odio conducir con lluvia, o más bien me asusta. Compruebo que se ha colado entre nosotros el temido silencio. Quizás habría sido mejor seguir con la coña del francés, aunque me incomodara el asunto. Pero ahora es demasiado tarde para retomarlo.

—He visto a Roberto. —Es lo único que se me ocurre. Por suerte ha puesto el intermitente para aparcar. Tan solo estamos a tres manzanas del punto de partida.

—Lo sé.

—¿Te ha contado cómo y dónde?

—Sí. Estoy al tanto de sus escarceos, si es a eso a lo que te refieres.

—En realidad, cuando me informó mi compañera de su llamada, me extrañó que fueras a venir tú.

—¿Por qué? —Para de maniobrar y me mira con atención.

—Lo sabes perfectamente. No te hagas el tonto ahora conmigo.

—Sí, ahora, por lo que veo, me conoces de sobra.

—Eso ha sonado un poco raro. ¿Tratas de hacerme sentir culpable por algo?

—Clara, no he venido a discutir ni a entrar en una dinámica de reproches. Prefiero no tocar el pasado.

—¡Pero si has empezado tú!

—Yo no he sacado el tema de Rober. Ni siquiera pensaba mencionarlo.

—Me refería al asunto de la azotea.

Saca las llaves del contacto. Estamos cerca de una cafetería que hace esquina. La lluvia no ha dado ni un segundo de tregua. Suerte que solo tengamos que andar veinte escasos metros. Bajamos del coche. Trato de abrir el paraguas, pero se queda atascado y no hay forma. Se habrá oxidado el mecanismo. Lo intenta él y tampoco. Termino lanzándolo con furia en la papelera que tengo al lado. Si hubiéramos salido corriendo sin él, nos habríamos mojado menos.

—Veo que le coges gran apego a las cosas —afirma riendo, antes de entrar en el local.

—Ni siquiera era mío.

—Aquí tienen chocolate y puede que hasta churros —informa con entusiasmo.

—Es igual, he cambiado de opinión. Prefiero un té.

—Mira que eres voluble.

Como no hay mesas libres, nos sentamos frente a la barra.

—¿Qué tal va tu negocio?

—Pues ahí vamos. No me puedo quejar. Hicimos unos cambios en la página web y ahora resulta más accesible al mercado con la aplicación móvil. Lo esencial es que tenemos varios clientes fijos que siempre cuentan con nosotras y nos envían gente. ¿Y tú? He leído que estabas sumergido en un nuevo trabajo. Espero que no sea la segunda parte de *Límite cero*, como he visto reclamar a tus fans.

—Sí, en ella estoy.

—No pienso leerla.

—Lo harás.

—Te equivocas, y menos sabiendo que lo has hecho por exigencia editorial. Para mí esa historia ya tiene un final. Lo demás es un pegote que no viene a cuento.

—Pero a lo mejor no estoy escribiendo un final, sino un principio.

—¡No me jodas que estás haciendo como en *La guerra de las galaxias*!

—¡Premio para la morena de la coleta! ¿Por qué te lo has teñido? Me gustaba tu tono natural en las dos opciones estacionales: castaño en invierno y medio rubiales en verano. Te hacía más... tú.

—En realidad ha sido un fallo técnico.

Me aburría un sábado y no se me ocurrió otra cosa que experimentar con un tinte del supermercado que colé en la cesta de la compra. «Castaño claro tabaco», rezaba la caja. Terminé descubriendo que mi color de pelo no es chocolate, como siempre lo había definido. Es más claro.

Volvemos a quedarnos sin tema de conversación. Antes, me resultaba más sencillo hablar con él que con su hermano. Ahora he comprobado que es al contrario, y no lo entiendo.

—¿No te molesta que Roberto utilice tu nombre en su beneficio?

—Me da completamente igual. Si él disfruta con ello...

—Has cambiado mucho, Darío.

—Todo cambia, ¿no? El paso de los años no perdona a nadie —responde,

con aire de resignación.

—Si tú lo dices...

Le doy un sorbo al té y, como ocurre siempre que lo pido, no me gusta. En realidad quería evitar el chocolate y el millón de calorías de los churros. Observo que abre a la vez los dos azucarillos que le han traído, con la intención de verterlos juntos en su taza. Antes de que le dé tiempo a hacerlo, le cambio su café por mi té.

—Si no querías un té, ¿por qué no has pedido lo mismo?

—Es que solo me gustan los que preparan en las teterías, con mil historias tipo hierbabuena, menta, canela... Así, a palo seco, no me va.

Sonríe y se conforma con el intercambio, agregándole la ingente cantidad de edulcorante que tenía prevista para el café y que a mí me daría para desayunar toda una semana.

—A ver, dime qué pasa por esa cabeza —se interesa mientras remueve—. ¿Te molestó que Rober tratara de engañarte de nuevo?

—No, no se trata de eso. Me sentí genial el viernes hablando con él. Fue como viajar en el tiempo.

—Joder, no irás a decirme que ha vuelto a engancharte.

—No, no, para nada. Son solo... Iban por otro lado los tiros. Olvídalo.

—Va a ser complicado que lo haga. Ahora no me quedo tranquilo. Voy a darte un consejo: ese matrimonio, a pesar de mi hermano, funciona bien.

—No te preocupes, en mi mente no está Roberto. Te lo aseguro.

—Me alegra saberlo.

—Además, soy mayorcita para saber dónde meterme y dónde no.

—Mi intención no era insinuar lo contrario.

Detesto que nos pase esto. Que no me entienda. Que ya no sepamos comunicarnos sin apenas decir nada. En realidad quería decirle que con su hermano me siento como si el tiempo no hubiera transcurrido, y con él me está ocurriendo lo opuesto. Percibo un muro invisible delante de nosotros. Imagino que serán las circunstancias que nos separan y que antes no lo hacían. Ni siquiera sé qué preguntarle sobre su vida. Realmente, tampoco sé si quiero saberlo. Lo normal habría sido hacerlo al principio, como haría cualquier amigo: «¿Qué tal tu familia?». «Pues bien, muy bien. Belén, como ya sabrás, ahora es editora —eso lo sé por mi madre— y Gabi ha ganado una medalla en atletismo —esto acabo de inventármelo. Igual que lo siguiente—. En verano hicimos un crucero maravilloso por las Islas Griegas, y en Navidad siempre

cantamos villancicos junto a la chimenea».

—Creo que debería irme ya a casa —es lo que termino diciendo—. Tengo que soltar al francés y someterle a un intenso interrogatorio.

Trato de restarle densidad al aire que se respira.

—Dicho así, suena hasta bien. —Sonríe al menos—. Si necesitas ayuda, podemos someterle juntos a una sesión de poli bueno y poli malo.

—Eso que propones ha sonado un poco pornográfico. Voy a hacer como si no lo hubiera escuchado. —Nos reímos. Bien.

Continúa diluviando al salir del bar. Contamos hasta tres en la puerta y salimos corriendo. Al llegar al lugar donde había aparcado el coche, descubrimos, atónitos, que no está en su sitio. Es un vado permanente que no hemos advertido y se lo ha llevado la grúa. Decidimos coger un taxi para llegar hasta el mío y acercarle después al depósito a buscarlo. Pero al ver que no pasa ninguno, caminamos en dirección al barrio con la intención de pillarlo de camino.

Al final llegamos a nuestro destino a pie y chorreando, sin haber encontrado uno libre. Le propongo, ya que estamos al lado del bloque, entrar a que nos presten toallas y secarnos algo por lo menos. Sin embargo, le noto reticente a ello.

—Si quieres, mejor pasamos primero por tu casa y te cambias. No quiero que te pilles un resfriado por mi culpa. También puedo coger un taxi directamente. Tú vete tranquila ya.

—No, no, ni hablar. Soy tan responsable como tú de no haber visto el vado. Nos secamos en mi casa y luego vamos.

Entramos en el coche y conecto la calefacción al máximo. El agua nos chorrea igual que si nos hubiéramos metido vestidos bajo la ducha. Dejamos los abrigos en los asientos traseros antes de ponerlo en marcha. Hasta las manos se me resbalan por el volante mientras conduzco. Intento secármelas con la falda, y el volante a su vez con las mangas de la camisa.

—Lo último que nos falta para rematar el día es tener un accidente. ¿Quieres que conduzca yo?

—No, tranquilo. Se me resbalaban las manos, pero ya está. Lo tengo controlado. Además ha dejado de llover. La puta Ley de Murphy.

En el primer semáforo, me da por mirarme las pintas en el espejo del parasol. Lo del rímel corrido no es lo peor. También parezco la participante de un concurso de camisetas mojadas. Rescato el abrigo del asiento trasero y

me lo pongo disimuladamente por encima. Está chorreando y helado.

—Es que tengo frío —le explico, cuando me mira extrañado.

Llegamos sin más incidentes que el bochorno, por mi parte, de haberme dejado el salón tal y como amaneció esta mañana, después de la noche de jolgorio con el barbitas. Recojo las latas y los vasos con apremio, y los dejo amontonados sobre el fregadero. Después me acerco al baño y vuelvo con un par de toallas y el secador de pelo.

—Así que aquí es donde vives —comenta, frotándose la cabeza y el cuello con la toalla mientras realiza un recorrido visual por la estancia. Me suelto la coleta y hago lo mismo con la mía.

—Voy a cambiarme de ropa. No tengo nada para ti, pero esto puede ser de gran ayuda. —Enchufó el secador a la corriente y me acerco hasta donde se encuentra. Le indico que se siente en un taburete junto a la encimera que separa la cocina del comedor y así poder llegar mejor con el cable a su altura —. Te seco la camisa por la espalda y ya continúas tú con el resto, ¿vale?

Comienzo a darle aire, a una temperatura intermedia para evitar quemarle. Subo por el cuello y le repaso también por el pelo, frotando con la mano que tengo libre por pura inercia. Rodeo el asiento orientando el viento a la parte frontal de los hombros. Le disparo en la cara de broma, porque está mirándome fijamente, y cierra los ojos al recibir la ráfaga. Continúo con la tarea y descubro una sonrisilla maliciosa asomando en su rostro. Vuelvo apuntarle a la cara para borrarla. Me quita el secador y se levanta con la intención de intercambiar los papeles, me sienta en su sitio y me enchufa con mala uva.

—¡Tienes que moverlo, que si no quema! —me quejo, tapándome como puedo de su ataque—. ¡Tú no sabes manejarlo!

—Claro que sé. Verás, quédate quieta.

—Pero aléjate un poco que no me fio —le indico.

Vuelve a conectarlo y noto la ráfaga de aire. Me entra la risa tonta porque me siento ridícula: justo ahora está apuntándome a la cara y noto la melena al viento, debo de parecer un video musical de Paulina Rubio, aunque sin la parte sexy. Después va bajando hacia la zona del escote. Ahí en vez de reírme me pongo tensa. Creo que se da cuenta, enseguida cambia de dirección y se posiciona a mi espalda. Va soltándolo en mi nuca, moviendo el pelo con la mano, igual que yo estaba secándoselo antes. La situación está volviéndose

intensa por momentos. Sobre todo al sentir su mano a la altura de la clavícula. Decido que ha llegado el momento de terminar la función y así se lo hago saber, levantándome de pronto.

—Bueno, se nos va a hacer tarde. No tardo nada en cambiarme. Termina de secarte, ¿vale?

Desaparezco sin mirarle ni darle tiempo a abrir la boca. Regreso a los cinco minutos ya vestida. Aunque con las ideas cambiadas.

—He pensado que mejor te acerques en un taxi a recoger el coche. Olvidaba que tengo una pila de ropa que planchar y mañana ya es lunes. ¿No te importa?

—No, no, por supuesto. Claro que no.

Ha vuelto a invadirnos la incomodidad. A mí los miedos. No puedo permitirme caer en esto. No es mi estilo. Nunca lo ha sido.

8

Clara: Segunda confusión

En realidad, mi confusión en esos momentos no se encontraba en la parte externa. Tras hablar con Darío, nada volvió a ser lo mismo. Sabía que era Roberto quien de verdad me interesaba y con el que quería salir, pero algo en mi cabeza no dejaba que estuviera segura del todo. Decidí pensar que me sentía así por aquellas últimas palabras que me dedicó y que solo era víctima de su manipulación. Eso me llevó a odiarle un poco y a reafirmarme en la decisión de estar con su hermano.

No le hablé a mi novio sobre aquella conversación. No obstante, se me ocurrió pactar una clave para no volver a confundirlos. En el momento en que dudara, yo debía preguntar: ¿Qué tengo en el bolsillo? A lo que él respondería: una lagartija. Fue la primera palabra inverosímil que vino a mi mente. Al principio echaba mano de la contraseña cada vez que nos encontrábamos sin haber quedado previamente. Después vi que no era necesario, ya que Darío y yo ni nos hablábamos, y su expresión me lo decía todo.

Sin embargo, las cosas cambiaron una tarde que pasaron en casa él y Patricia. Diluviaba fuera y los encontramos en el portal chorreando. Matías había ido a buscarme con el coche de mi padre por la lluvia. Ellos se habían dejado las llaves y no había nadie arriba. Les invitamos a pasar. Mi hermano le prestó un chándal a él, y yo unos vaqueros y una sudadera a ella, aunque le quedaban bastante grandes. Enseguida notaron que algo pasaba entre nosotros. Procurábamos por todos los medios no dirigirnos la palabra y evitábamos mirarnos. Matías, que no era famoso por su discreción precisamente, saltó a la primera de cambio.

—Vosotros estáis liados, ¿no?

—¡Qué dices! —solté, a la defensiva y en plan despectivo.

—Es que actuáis de forma sospechosa.

—Para nada —respondió Darío.

—Sí que estáis raros —remató Patricia—. ¿Te gusta mi hermano? —acompañó la pregunta con una risilla tonta.

—Está con Rober —soltó de sopetón él.

—¿Y tenías que contarlo? —agregué furiosa—. ¡Eres un maldito bocazas!

Corrí a meterme en mi cuarto, cargada de odio. No quería que se enterasen mis padres de mi relación, y menos aún Matías con sus coñas. Al rato llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Haz lo que te dé la gana.

Cerró y se quedó apoyado de espaldas sobre ella. Yo estaba tirada en la alfombra con los auriculares puestos. Bajé el volumen para escuchar lo que tuviera que decirme.

—Lo siento, no tenía que haberlo contado. Ha sido por salir del paso, para que no siguieran insistiendo. Te he visto tan incómoda que...

—Es igual —le corté—. Ya no tiene remedio y si no te importa prefiero estar sola.

Subí el volumen de mi música tras ver de reojo que agarraba el pomo para abrir. Aunque lo pensó mejor y decidió sentarse a mi lado en el suelo. Quitó los auriculares de mis orejas para que le escuchara.

—No me gusta que estemos así. En el fondo me jode más haber perdido la amistad que tu elección. No sentía lo que dije el otro día.

—¿Ah, no? ¿No estabas enfadado? ¡Pues cualquiera lo diría!

—Bueno, sí, eso sí. Aunque no voy a alegrarme si las cosas salen mal entre vosotros.

—No te creo.

—Vale, tal vez un poco... ¿Tú no lo harías?

—Sí. Quizás hasta intentaría meterme por medio entre mi gemela y él para joderlos un rato —agregué riendo—. Pero a ti ni se te ocurra hacerlo.

—¿Amigos de nuevo?

—Amigos de nuevo.

Desde ese momento, mi relación con Roberto dio un pequeño giro también. Imperceptible, eso sí; pero lo dio. Todo empezó cuando observó que usaba de nuevo la contraseña. Comenzó a sentirse algo receloso por no distinguirlo de su hermano. Como si aquel hecho, al que estaba de sobra acostumbrado, ahora fuera una amenaza o una ofensa. Decía que si necesitaba

a esas alturas de la película que me demostrara que era él, sería porque en el fondo yo no estaba al cien por cien. Así que si nos cruzábamos, intentaba esperar a que él se acercara. Si se trataba de Roberto, me besaba. Si era Darío, me hablaba. Y ya con las palabras resultaba fácil distinguirlos. Se expresaban de un modo diferente. No entendía cómo no pude darme cuenta al principio de que se trataba de dos personas distintas. Quizás porque di por hecho lo contrario y eso me extendió una cortina de humo. Sin embargo, en una ocasión pasó algo. Nunca estaré segura del todo, jamás se aclaró el asunto, pero sí que noté la diferencia. Había ido al cine con unas amigas. Era el cumpleaños de una compañera del instituto y lo celebró con sesión de peli y cena en el centro comercial. Su padre me dejó en la puerta y, cuando iba a introducir la llave en la cerradura del portal, apareció él. No sé si porque ninguno esperábamos la aparición del otro o por el factor sorpresa, pero no nos salió nada que decir y solo nos sonreímos. Aunque sí que me pareció que se acercaba y, sin más, acabamos besándonos. Fue ahí donde realmente sentí la diferencia. Comenzó de forma suave, con reservas, después dejó caer la bolsa que llevaba para abrazarme efusivamente, incluso metió una mano bajo mi camiseta por la cintura. Estaba convencida de que no era mi novio, pero sabía que si me retiraba y admitía el error, aquello explotaría y nos salpicaría a todos. Fue el padre de mi amiga con el claxon quien me salvó el pellejo. Ni me enteré de que estaban allí esperando a que entrara. Rematé mi despedida con un «¡Chao, Roberto!» que afianzaba el malentendido y corrí a casa. Al día siguiente se enteraron mis padres de mi relación. La madre de mi amiga no perdió un minuto en informarles del hecho. Suerte que no se lo tomaron mal. Sin embargo, no me libré de la típica charla de «primero están los estudios, y como empieces a flojear, ya veremos».

A partir de ese momento, también surgieron los primeros problemas entre nosotros dos. Por mi vuelta a la necesidad de la clave y porque él utilizó aquel método para ponerme a prueba. Tal vez tuvo sospechas sobre el incidente. Mi madre y la suya le daban mucho al palique y podría haber atado cabos. O, simplemente, recelaba sin más. Pero aquella otra noche, le salió el tiro por la culata:

—¿Qué tengo en el bolsillo? —le solté. Como entraba de tirar la basura y él salía, me vino a la mente el beso robado. Me miró con cara de póker y ahí lo supe. Siempre que le soltaba la frase a Darío su respuesta era: «seguro que alguna moneda, tía Gilita». Aun así, repetí la pregunta.

—¿Qué tengo en el bolsillo? —Le seguí hasta el contenedor.

—¿Una piruleta?

¡Eureka! Se estaba haciendo pasar por su hermano. Decidí darle de su propia medicina.

—¡Ah, eres tú! Pensaba que le tocaba a Roberto sacarla hoy.

—En realidad sí, pero está liado con un examen. ¿No te lo ha dicho?

Noté que intentaba imitar —sin éxito— el modo de hablar de su gemelo.

—Sí, es posible. Lo que pasa es que últimamente no le presto demasiada atención.

—¿Y eso?

—Me aburre. No sé... creo que lo nuestro no funciona.

Se puso tenso, y hasta le costaba disimularlo.

—¿Por?

—Siento que me falta un miembro en la ecuación.

—¿A qué te refieres?

—No irás a hacerte el tonto ahora, ¿no? —Acerqué mi cara a la suya, con la intención de besarle. No llegué a hacerlo. Se apartó casi de un salto.

—¡Lo sabía! ¡Cómo lo sabía! —soltó, indignado.

—¿Donde las dan las toman, Robertito!

—Sí, claro. Ahora no irás a decir que sabías que era yo.

—Pues sí, idiota, ¡perfectamente! A ver si te crees que no reconozco tus gestos ni tus formas, por mucho que trates de fingir. Pero como te gusta jugar con fuego...

—Mira, mejor vamos a dejarlo. ¡No me toques los cojones!

—¡Ven, no te vayas así de enfadado, anda! —No podía parar de reír. Nunca le había visto tan cabreado.

—Y encima te lo tomas a coña. ¡Ahí te quedas con tus gilipolleces!

Roberto me llenaba en todos los sentidos. Era divertido, ocurrente, ingenioso... y lograba contagiarme de sus locuras. Su lado cínico y descarado fue lo que al inicio me conquistó. Aunque reconozco que en muchas ocasiones conseguía sacarme de mis casillas y terminábamos discutiendo. Luego no era nada rencoroso y enseguida solucionaba nuestros conflictos. A mí me costaba mucho volver al punto cero. Parecía un libro abierto. Al principio pensé que me costaría entrar en él y conocerle realmente, pero no fue así. Solo tenía una coraza de cristal templado como escudo. En cambio Darío guardaba sus

reservas bajo llave. Se cuidaba bien de no transmitir ni una pizca más de lo que estaba dispuesto a mostrar. Durante el primer año de mi relación con su hermano, nada cambió. Seguíamos siendo amigos, aunque la comunicación entre nosotros fluía mejor si nos cruzábamos a solas. La situación de encontrarnos junto con Roberto o el resto de la familia me incomodaba y procuraba evitarle. Su presencia provocaba en mí una especie de vacío aplastante que no me permitía relajarme a mis anchas, como si temiera que fueran a delatarme mi voz o mis gestos. Cuando su madre me invitaba a comer en casa, procuraba sentarme en la punta opuesta a su ubicación en la mesa para evitar miradas sospechosas o palabras suspicaces y mal interpretadas. El culpable era él, o al menos así lo percibía yo. Notaba que me miraba de un modo distinto, como si me traspasara y pudiera adivinar lo que se cocía en mi cabeza. Cosa que no hacía cuando nos veíamos a solas. Ahí se mostraba más esquivo. Tal vez era una provocación por su parte, o quizás solo imaginaciones mías. Si coincidíamos al tirar la basura, podía mantener una conversación tranquila y sin ningún temor a nada. Incluso bromear y soltarle alguna pulla.

Fueron tiempos buenos. A pesar de que en muchos momentos sentí algunas dudas respecto a mi relación. No me parecía normal lo que pasaba por mi mente o lo que mi cuerpo sentía. Aun así, no me veía capaz de dar marcha atrás, ni de apartar a un lado a Roberto, porque si lo pensaba detenidamente descubriría que le quería. Si trataba de imaginarme sin el uno y sin el otro, sin el otro podía perfectamente. Darío era completamente prescindible para mí. Además, no me apetecía verle disfrutando de su caja de palomitas, aunque se hubiera desdicho de aquello en su momento. Tomé la única decisión viable: distanciarme todo lo posible de él. Físicamente estábamos abocados a encontrarnos, por nuestras coordenadas, pero no así mentalmente.

Todo fue más sencillo cuando ingresó en la universidad y cambió por completo sus rutinas, hábitos y compañías. Apenas le veíamos el pelo y si aparecía era de pasada. Durante esa otra etapa, nosotros volvimos a ser los que éramos. Incluso mejor, si cabe. No nos despegábamos ni a sol ni a sombra. Prácticamente parecía que vivíamos en la misma casa, o más bien que teníamos dos casas donde vivir. Solo para dormir por la noche conseguía distanciarnos la jornada. ¿Se podía pedir más?

9

Entro a la tienda y encuentro a Roberto y a Rebeca tomando café animadamente. Por lo visto, ha venido a traer el vestido y los complementos que alquiló Michelle el viernes. Se disculpa de que no haya podido venir ella personalmente a devolverlo porque su avión salía a primera hora de la mañana.

—No hacía falta que te molestaras en traerlo. Tenemos servicio de recogida. Está incluido en el precio. ¿No se lo dijimos?

—Sí. Ya se lo he recordado también —afirma mi compañera.

—No os preocupéis. Me pillaba bien pasarme. Además, eso que os habéis ahorrado del transportista.

Noto que ambos me miran de una forma extraña.

—¿Qué ocurre?

Se echan a reír al unísono. Me observo disimuladamente en el espejo, por si tengo algún churrete de maquillaje o algo.

—Escucha esto.

Rebeca me pasa el teléfono de la tienda y salta el buzón de voz: «Es un mensaje para Clara. Se me olvidó pedirte el número. Suerte que encontré la tarjeta que me dio tu amiga. —La miro negando con la cabeza en modo reprobatorio—. Solo quería decirte que me gustaría verte a mi vuelta. Apunta mi número y llámame. Mañana debo pilotar a Tailandia, pero volaré de nuevo el viernes y pasaré el fin de semana allí contigo».

—Joder, ¿es piloto? Pensaba que me lo había quitado de encima con aquel vuelo.

Se descojonan otra vez. Es evidente que Rebeca le ha puesto al tanto de los detalles de mi escaqueo.

—Dale una oportunidad, Clarita. Algo verías en él. Los borrachos y los niños son los que más claro lo tienen todo.

—Vaya, menudo *déjà vu* acaba de llegarme... Va a ser verdad lo de que los gemelos tenéis transmisiones telepáticas. ¿Y tú para qué le cuentas mis cosas a este?

—¿Se lo has contado a Darío y te molesta que yo lo sepa? —protesta él.

—Me lo encontré ayer de casualidad, pero no se lo conté exactamente.

—¿De qué estáis hablando? ¿Quién es el otro Darío?

—Es una larga historia. Ya te contaré. —No recordaba que ella no estaba al día de que el famoso escritor no es el que tiene delante—. Y deja de soltarle mis vergüenzas al primero que pasa.

—Es que justo cuando ha entrado estaba escuchando el mensaje y me ha pillado partida de risa imaginando la cara que se te iba a poner —se defiende—. Me lo ha sonsacado.

—Sí, muy típico de él. —Le miro de reajo. Está con las manos en los bolsillos y con una sonrisa cómplice. Cuelgo el bolso en el perchero, junto al mostrador, y ayudo a Rebeca a desembalar unas cajas—. Y tú, ¿no tienes un trabajo por ahí? A ver si llevo dos mil años sin verte y ahora te vamos a tener aquí metido a todas horas.

—Anda, gruñona, te invito a desayunar.

—Estoy a dieta, y ya he desayunado. Gracias.

—Pues un té. Venga, no me hagas rogarte.

—Vale, un café aquí enfrente.

—Mejor lo tomamos al lado de mi oficina. Te vas a derretir con los que allí sirven.

—Eso nos pilla a tomar por saco, si no recuerdo mal. ¿Sigues trabajando en el mismo edificio?

—Tranquila, llegamos en un periquete. En menos de una hora estás de vuelta.

Finalmente cedo. Veo que ha empezado a abrir cajas con nosotras y que no va a parar hasta que me rinda. Recupero mi bolso y le acompaño. Cuando ya estamos subidos en el coche y arranca, me pone al día de su verdadero propósito.

—La cuestión es que quiero hablar contigo porque necesito que me eches un cable.

—¿Un cable? —Comienza a olerme a chamusquina el asunto.

—Es que... Verás, el sábado la lie un poco parda. Le había dicho a Raquel que tenía un viaje de trabajo a Barcelona, y en realidad no salí de la ciudad.

—Michelle —me adelanto. La madre que le parió...

—¡Exacto!

—¿Y qué coño tengo que ver en eso?

—El caso es que me llamó por teléfono, me puse nervioso, y no sé cómo narices ocurrió pero conecté el manos libres cuando pretendía bajar el volumen. Así que escuchó de fondo la voz de Michelle, que justo entraba en el baño para responder una llamada de su amiga, la de la boda. Pensé en decirle que eran del servicio de habitaciones, pero imaginé que esa excusa estaría bastante trillada y que era más creíble algo a medio camino entre la verdad y la mentira. Así que le dije que tú estabas allí.

—¿Le dijiste a tu mujer que te acuestas conmigo?

—Nooo, ¡cálmate! ¿Cómo le voy a decir eso?

—¿Que me calme? —Siento ganas de estrangularle y de gritar: «¡Eres un maldito gilipollas!».

—¡Déjame explicártelo! Fue lo primero que me vino a la mente. Vi tu vestido colgado de la puerta del armario y eso me llevó a acordarme de tu tienda. Entonces se me ocurrió que quizás tú podrías haber viajado a Barcelona para un desfile de moda. El caso es que le dije que nos habíamos encontrado por casualidad y que habías subido a buscarme porque íbamos a tomar algo para recordar viejos tiempos.

—¿Y eso la tranquilizó?

—No. Me colgó. Pero al menos conseguí suavizar algo las cosas.

—¿Suavizarlas? La otra tarde afirmaste que Raquel me tiene un poco de tirria... El próximo día que nos crucemos me va a escupir a la cara, y encima tendré que darle un aplauso por el gesto.

—No tendrás que esperar tanto. En realidad...

Le corto.

—¿En realidad qué? ¡Roberto, no me jodas!

—Hemos quedado con ella en diez minutos en esa cafetería a la que nos dirigimos.

—¡La madre que te parió! ¡Para el coche aquí, que me bajo!

—Por favor, Clara, eres mi única esperanza. ¡Haré lo que me pidas! ¿Necesitas que te quite de encima al franchute ese? Estoy dispuesto a lo que sea.

—¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? ¡Que sea cómplice de tu aventura! ¿Te das cuenta de que es como si te encubriera contra mi propia yo de un mundo paralelo?

—¿Quieres dejar ese rollo absurdo? Nunca estuvimos prometidos.

—¡Pero podríamos haberlo estado si no hubieras sido un maldito gilipollas!

—Clara, venga, por favor. Será lo último que te pida.

—¿Y qué tengo que decir exactamente?

No me puedo creer que me esté planteando ayudarme. Esta gente es una mala influencia para mí. Por algo desaparecieron de mi vida y por lo mismo deben esfumarse de nuevo de ella. Eso lo juro como que me llamo Clara.

—Pues solo tienes que confirmar que estuviste en Barcelona y que coincidimos en el hotel.

—¿Y no va a sospechar que ya puestos... se nos pudo ir la pinza un poquito?

—Si fuera cierto, sí; y ni se me ocurriría llevarte. Nos pondríamos nerviosos y lo notaría, fijo. Pero no siendo el caso, es pan comido.

—¡Habla por ti, majo! Yo estoy hecha un flan. En el fondo me siento como si nos hubiéramos acostado.

—Bueno, si salimos de esta, te prometo un polvazo —afirma riendo, como si tal cosa.

—¡Serás imbécil!

Aunque gracias a su comentario y a las risas, consigo relajarme.

—Pues espero que no me pregunte nada sobre desfiles... ¿Tú qué piensas, que trabajo en alta costura y me codeo con diseñadores?

Días más tarde me llama para agradecerme la ayuda y me confirma que, gracias a mi gran actuación, la tirria que me tenía Raquel por culpa de su madre ha desaparecido de un plumazo, y que ahora que me ha conocido de cerca ha visto que soy una gran tía. El muy idiota no se da cuenta de que al decirme esto me hace sentir peor persona de lo que ya me considero. Le amenazo con que la próxima vez que le pille en una de esas, seré yo misma quien le delate. Le cuelgo el teléfono. A los veinte minutos lo tengo frente al mostrador.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí?

—En realidad te había llamado para invitarte a comer y agradecerte lo que hiciste por mí. Pero como me has colgado he venido de todos modos.

—Roberto, creo que no es buena idea que retomemos la amistad. No necesito complicaciones en mi vida y, desde que has aparecido, ya me has involucrado en un marrón.

—Lo siento, de verdad. Te prometo que no volverá a repetirse.

—Es que no entiendo este afán tuyo ahora por venir aquí. No es necesario que me compenses por nada. Además, no lo hice con gusto, si te soy sincera.

—Lo sé, y es por ello que quiero recompensártelo. ¿Hacemos borrón y cuenta nueva?

Parece un niño pequeño ahí, apoyado en el expositor, esperando para hacer las paces. En el fondo me alegra que haya entrado en mi vida de nuevo, pese a que haya sido de esta forma tan desafortunada. De Darío, en cambio, no he vuelto a saber nada. Me pregunto cómo le iría con lo del coche. Muy propio de él, por otra parte, lo de desaparecer así sin más. Aunque fui yo quien le dejó plantado en lo de ir al depósito, todo hay que decirlo.

—Entonces, qué, ¿aceptas la comida?

—Estoy bastante ocupada. Debo programar varias recogidas, y mi compañera está liada en el almacén organizando pedidos. ¿Lo dejamos mejor para otro día?

—Pero en algún momento tendrás que comer, ¿no?

—Hoy como con Óscar. Había olvidado decírtelo —informa Rebeca, que entra arrastrando un perchero cargado de ropa.

—¿Lo ves? —se anima él—. Si quieres pedimos algo y lo tomamos aquí. Comerás relajada de tiempo.

—Bueno, dame quince minutos para organizar esto con la empresa de transporte, que es lo más urgente. Puedes tomarte algo en la cocina. Creo que hay cerveza en el frigorífico. Ve pidiendo la comida. Pero algo ligero.

—Lo séééé, estás a dieta. Cosa que no entiendo, por otro lado.

—Lo entenderías perfectamente si no lo estuviera, te lo aseguro.

A la media hora suena el timbre y aparece un repartidor de *pizza* preguntando por Roberto. Le miro incrédula cuando sale a pagar al chico de la moto y desaparece con el pedido antes de darme tiempo a decir nada. Me reúno con él en cuestión de segundos.

—No pongas esa cara. A ti te han traído esta ensalada. —Me muestra el envase que ha colocado a un lado de la mesa—. Que tú estés a dieta no significa que lo vayamos a estar todos, ¿no te parece?

«Tocada».

—¿Piensas zamparte una *pizza* familiar?

—No, pero la he encargado así porque os conozco.

Le interrogo con el ceño fruncido.

—Sí, sé lo que vas a hacer. Empezarás con tu lechuguita y, en cuanto la termines, querrás probar mi *pizza*, y me estoy quedando corto con lo de probar.

«Y hundida».

Reconozco que razón no le falta. Me empiezan a venir imágenes de otras escenas similares y rencillas con Álvaro por lo mismo.

—¿Y qué tal le va a Darío? —me da por preguntarle, picoteando con desgana de mi bol. No por falta de hambre, sino porque no tiene chicha ni gracia. Lo único interesante eran las dos aceitunas que ya me he comido.

—¿Por qué no se lo preguntaste a él cuando os encontrasteis?

—Vale, *touché*.

—¿Qué quieres saber?

—No, nada en realidad.

—Pensaba que vosotros hablabais y os veíais de vez en cuando.

—Si fuera así, sabrías más de mí por él que por tu madre, ¿no?

—No te creas. Tú siempre has sido un tema tabú entre nosotros. Aunque más por su parte que por la mía, si te soy sincero. Le conté que había estado aquí y me cambió de tema.

Deja un borde de *pizza* sobre la caja, se limpia las manos y bebe un trago de cerveza. Me parece aún más guapo que de jovencito. Tiene una de esas caras con forma angulada que, al endurecerse, resultan tan masculinas y atractivas.

—Creo que la última vez que hablamos por teléfono fue al nacer su hijo, y anda que no ha llovido...

—No es mucho de hablar por teléfono tampoco, ya le conoces. Bueno, y cambiando la conversación a otra más divertida, ¿qué tal el piloto?

—¡Ay, no me hables!... He recibido un ramo de rosas acompañado de su respectiva nota con una invitación formal para salir a cenar esta noche.

—Vaya, cualquiera compite con eso ahora. Te habrá metido en el bote y cerrado la tapa con seis vueltas.

—A ver, es un detalle por su parte, pero apetecerme, apetecerme... Aprovecharé la cena para cortar por lo sano.

—Un poco cruel, Clarita. No te recordaba así de fría y calculadora.

—¿Y qué quieres que haga? —me quejo algo irritada, la verdad.

—Oye, no lo pagues conmigo, que solo te doy mi opinión.

—Ya, perdona. Es que... Joder, quién me mandaría —lo digo más para mí

que para él.

Al final termino robándole varias porciones de *pizza*. No dice nada, solo sonrío con cara de pillo cada vez que empiezo una.

—Si se pone pesado, no dudes en llamarme y acudiré al rescate. Te debo una.

—No creo que vaya a ser para tanto la cosa. Si le deben de llover las féminas. No se va a llevar un disgusto por mí, no te creas.

A eso de las ocho y media, aparezco en el lugar de la cita y localizo a Gérard —suerte que firmó la nota y pude recuperar su nombre—. Está sentado frente a una mesa, al fondo. He venido durante todo el trayecto ensayando mi discurso, que funcionaba a la perfección en mi cabeza. Pero al verle, se me arremolinan todas las palabras y me quedo completamente en blanco. Se levanta y me da un beso en la mejilla. «Bien —me digo—. Está utilizando una sutil distancia». Tal vez traiga el mismo propósito que yo y las flores hayan sido solo el preámbulo de la ruptura, como una pequeña compensación a su fuga inminente. Pensar eso me reconforta y siento cierta ligereza en la tensión de los hombros. Decido dejarle actuar a él. Mi ego podrá resistirlo.

La jornada transcurre más distendida de lo que imaginaba. Reconozco que es divertido y fluye el diálogo entre nosotros. Empiezo a comprender el porqué de nuestra conexión aquella noche. A lo mejor no fue tan descabellado que se me ocurriera invitarle a casa en mi estado de embriaguez. Su conversación es interesante y su tono de voz, mezclado con el ligero toque de su acento, consigue enredarme y distraerme de mi plan inicial. Tampoco veo que el tipo tenga intención de dar carpetazo. Vuelvo a analizar la situación por un instante y me veo pensando que vaya tontería lo de darle puerta así por las buenas. El chico es encantador y el asunto de la barba ya no me parece tan significativo. Para qué esa prisa por romper algo que aún no se ha definido. Tal vez no estaría mal dejarme llevar. Me pregunto qué edad tendrá. A simple vista me parece que le saco unos cuatro o cinco años, o quizás mi cerebro está reduciendo la diferencia por su cuenta para que no me raje. Me sorprende preguntándole la edad. Acaba de cumplir los treinta —¡Mierda!—, son ocho

en realidad. Se extraña al escuchar que apenas recuerdo los detalles de nuestro encuentro. Soy consciente de que hacerlo lo hicimos. Tengo *flashes* en mi memoria del momento, pero no podría realizar un informe exhaustivo de cómo se fraguó aquello. Lo que realmente me deja impresionada es que reparo en su dedo anular y descubro la alianza que lleva. Me planteo la pregunta a la vez que me escucho formularla.

—¿Estás casado?

Me mira con cara de búho petrificado.

—¿Y tú de broma? —responde—. ¡Claro! Ya lo hablamos.

—¿Que hablamos qué?

—Que no te importaba. Me dijiste que solo te interesaba mi cuerpo.

Se ríe tras pronunciar la última frase.

—¡Pero qué me estás contando! ¡¡Eso yo no lo diría en la vida!!

—Lo dijiste

—¡Imposible!

Saca el teléfono del bolsillo de su chaqueta y me planta un vídeo donde aparece una Clara, que a duras penas reconozco, en lo que parece ser un taxi. Ambos estamos en el asiento trasero. Él tiene un brazo apoyado tras mis hombros y soy yo quien sujeta la cámara en modo *selfie*: «Grabando, uno, dos, uno, dos... Mensaje *paga Gagag* —que alguien me dispare, estoy imitando su acento pero en plan Michelle, y encima me está saliendo un híbrido con el ruso—. Me *impogta* un pimiento todo lo demás, solo *quiego usag* tu *cuegpo* y si te he visto no me *acuegdo*. ¿*Capisci*? —que alguien me remate—. *Pog* si no cumplo mi *palabga*, dejo al *señog condugtog* y esta *ggabación* como testigos». El mensaje termina con una estampa de los dos con el pulgar arriba y un beso en los morros que sale de imagen enseguida para enfocar al techo —se me debió de caer el teléfono—. El vídeo continúa un poco más y rezo porque no exista una segunda parte en la que me lo monto con él allí mismo. Por suerte se acaba. Casi mejor quedarme con esa incógnita.

—Joder, ¡qué cogorza!

—¿Qué significa?

—La borrachera que llevaba encima.

—Yo igual, ¿eh?

—¡Pero a ti no se te nota nada!

—Es que paré cuando te empeñaste en tomar aquellos margaritas. ¡No tenías fin! Incluso me obligaste a tomar uno a cambio del primer beso.

—¡Dios, no sigas! Déjame algo de dignidad para poder dormir esta noche.

—En mi vida me he reído tanto. Además es la primera vez que amanezco al lado de una mujer con la que me he acostado. Siempre me doy a la fuga.

—Joder, ojalá lo hubieras hecho conmigo también —me descubro soltando.

—¿Tan malo fui?

—No, no, no es por ti. Es que... —Ha llegado el momento de soltarlo. Ya no es que me arrepienta de haber metido a un desconocido en mi cama, sino que me niego a ser la otra de un matrimonio. ¡Eso ni loca, vamos!—. Siento si te he hecho pensar que entre tú y yo...

—No pienso nada entre tú y yo. Sé lo que hay y lo que busco. Creí que tú también.

—Pues entre mis planes no está complicarme la vida de esa manera.

—Lo entiendo. Aunque tengo una relación abierta y esto no tiene por qué ser complicado.

—Ufff, para mí sí. ¿Qué pasaría si de pronto busco algo más allá? Tú no podrías dármelo y acabaría sufriendo.

—No se pueden evitar las cosas solo por miedo a no sufrir. Es el atractivo de la vida, los retos, el misterio...

—Ya, pero no soy así de kamikaze.

Roberto: El cambio

Llevábamos un año saliendo ya, y podría garantizar que todo era perfecto si no fuera porque el mamón de mi hermano siempre estaba en medio de nosotros. Sé que no lo hacía para incordiar y que la rivalidad que se generó al principio se esfumó en el instante en el que ella se decantó. Confiaba en su vanidad y en que jamás aceptaría ser el segundo plato de nadie. En eso éramos iguales. Sin embargo, entre ellos se fue engranando otro tipo de vínculo, uno fraternal que les hacía quizás estar demasiado unidos. No de la forma en que lo estábamos nosotros, que pasábamos muchas horas juntos y eso daba lugar tanto a la intimidad como a las pequeñas discusiones. Lo suyo era más distante, pero a la vez cercano. Coincidían en opiniones y puntos de vista, en reflexiones... En ocasiones me sentía el centro de la discordia. Congeniaban de tal modo que incluso tuve la sensación de que compartían confidencias que no revelaban conmigo, a pesar de que rara vez se encontraban a solas. Aunque no llegué a mencionarlo, mi orgullo no me lo permitió.

No estaba dispuesto a regalarle a Clara un solo gramo de inseguridad. Si algo había aprendido de las mujeres hasta ese momento de mi corta existencia, era que se veían endiosadas en cuanto olían los celos, y eso las hacía insoportablemente seguras de sí mismas. No como en mi caso, que en cuanto olía el percal me daba por salir corriendo. No es que a mi edad fuera ya un experto en relaciones, pero las dos o tres chicas con las que había salido —un par de meses a lo sumo— se habían puesto pesaditas con las llamadas a casa y los «qué hacías hablando con esa». Excepto con la primera, que ocurrió más bien al revés. Me pilló tan de lleno en los conflictos en casa, tan rabioso y bajo de autoestima, que conseguí pillarme hasta la médula. En cuando captó mi miedo a perderla se le subió el ego al tejado del décimo piso donde vivía y me las hizo pasar muy putas. Fue por la que me vengué de mi hermano con Clara. La besó antes que yo y eso me costó perdonárselo. Creo que le conmuté la pena en el momento exacto en que besé a mi vecina por primera vez. Tuve

en mi propia boca el sabor dulce de la venganza. Ella no era consciente de que acababa de caer en una trampa; y lo que en un principio tomé solo como una víctima de nuestro pique, un mero daño colateral, terminó por convertirse en mi primera relación duradera. Con ella, además, descubrí el auténtico sentido de la amistad. Era mi pareja, sí, pero también mi mejor amiga. Consiguió sacar de mí a un Roberto más auténtico.

El año siguiente fue el más intenso. Darío comenzó sus estudios universitarios —me había dejado atrás porque repetí un curso—, y apenas le veíamos el pelo. Clara y yo éramos inseparables. Salíamos juntos del portal, la acompañaba hasta su instituto, la recogía después, comíamos en su casa o en la mía, estudiábamos en el cuarto de uno o en el del otro, incluso perdimos la virginidad. Bueno, si he de ser sincero, solo la perdí ahí a ojos de ella. No vi importante mencionarlo y que se pusiera a preguntarme detalles que terminasen en una discusión, sin venir a cuento, porque se sintiera insegura o recelosa. En el fondo me alegro de que surgiera así. Lo de novato con novato está sobrevalorado. Quedará muy bonito colgado de un marco, pero es favorable, y además interesante, que uno de los dos domine la situación y le facilite las cosas al otro. Le pedí a mi hermano que me guardara el secreto si acaso Clara le intentaba sonsacar, y me mandó al cuerno con mis chorradas. Se había vuelto un engreído con aquello de que era universitario y salía con chicas mayores que él. Reconozco que le tuve un poco de envidia también.

El tercero resultó el más movidito. Por un lado, Darío dejó Derecho para estudiar Psicología, y eso trajo cola en casa —o mejor dicho, fuera de ella— porque a mi padre no le sentó nada bien. Sobre todo que viniera de él, que para algo era el cerebritito y el menos conflictivo del tándem. Si hubiera sido yo ni se habría molestado en enfadarse, simplemente lo habría esperado: «Qué le vamos a hacer... No se le pueden pedir peras al olmo... Bastante es que haya sacado la selectividad...». Para colmo de males, Pablo y mi madre apoyaban la decisión de Darío, y eso no hizo otra cosa que avivar las llamas y acusarlos de que le habían influenciado. En mi caso, y como de mí no se esperaba nada y tampoco tenía mucha idea del camino laboral que encauzaría mi futuro profesional, me decanté por el mundo de la informática; y Clara, que andaba tan perdida como yo o más, por Bellas Artes. Fue un curso de altibajos. Aunque de los más divertidos que recuerdo. También el principio de la

decadencia de nuestra relación. Ella siempre me culpó del cambio de actitud, pero estoy convencido de que ella puso su granito de arena y ayudó a la disolución. Pasamos de vernos a diario a quedar solo los sábados para salir de juerga en grupo. El único tiempo que pasábamos a solas se reducía al polvo en el coche a la vuelta. Ni más ni menos. En ningún momento la oí quejarse. Asumió la transición de la misma forma.

11

Un mes después del té con Darío, recibo una copia de la segunda parte de su primera novela, que en realidad, tal y como me anunció, es la precuela. Siempre que llega un sobre marrón a casa, sé que es un libro suyo, y nunca he dejado de sentir un hormigueo en el estómago al abrirlo. También suelo darme tiempo para descubrir qué me habrá escrito. Me gusta conservar la emoción y la intriga del momento. Aunque, quitando la primera dedicatoria donde sí se extendió lo suyo, suele poner lo mismo o parecido, una frase impersonal que —imagino— habrá estandarizado por el hábito de firmar. Aun así, nunca olvido quién es ni lo que hubo y, a no ser que me lo haya inventado todo, sigue estando ahí. Al menos para mí.

Abro la página que va tras la cubierta. Está en blanco. También la segunda y la tercera. Comienza el libro y no hay nada escrito. Tampoco al final. Veo una hendidura hacia la mitad de la novela y descubro un papel con una dirección: «Si quieres tu dedicatoria, acude a la presentación este sábado. Te espero». Decido, al dejar la tarjeta dentro de nuevo, que no iré al evento. Es lo único que me faltaba, ponerme en fila india como otra de sus fans. ¡Ni de coña!

Empiezo el libro esa misma noche y apenas pego ojo. Una página me lleva a la siguiente y así hasta que solo me quedan tres capítulos y el mismo número de horas por delante para que suene el despertador. Termino usando como marcador su nota con la dirección de la conocida librería donde va a presentarlo y, tras apagar la lámpara de la mesilla de noche, me planteo acudir.

—¿Me acompañas mañana por la tarde a la presentación de un libro? —
le propongo a Rebeca.

—¡Imposible! Carlitos tiene cumpleaños y Óscar está de viaje. Si no, iría

encantada. Ni te imaginas la pereza que me da plantarme en un parque de bolas con un montón de madres a las que ni siquiera conozco. Es él quien se maneja en el colegio con los profesores y los padres.

—No te preocupes. No pasa nada.

—¿Es de tu amigo?

—Sí.

—¿Por qué no te llevas a mi madre? Se lo voy a decir. Esa se presenta allí con sus amigas del club de lectura encantada. Están todas locas por conocer a Darío. Menudo interrogatorio me hizo cuando le entregué los libros firmados. Luego no me he atrevido a aclararle que hubo una confusión y que en realidad al que vi fue a su gemelo. Esto da para un libro. Deberías compartirlo con tu amigo también.

—No te creas... Los escritores odian que constantemente les intenten dar ideas para posibles novelas. O al menos a este le ocurre. Lo sé por experiencia.

—Tendrá muchas en su cabeza. Bueno, ¿entonces le digo a mi madre que vayan contigo?

—No, prefiero que no. O díselo por si quieren ir ellas por su cuenta. No sé seguro si asistiré.

No me hace ni pizca de gracia presentarme con un club de fans al completo.

—Deberías intentarlo —insiste—. Le encantará que se lo presentes tú en persona. Siempre viene despotricando de que si tanta cola para al final ni cruzar dos palabras con Fulanita de la que tanto ha leído, o Menganito que parecía tan campechano y luego es un sieso.

Comienzo a arrepentirme de haberle dicho nada a Rebeca. Ahora puedo imaginarme allí a la madre y a todas sus secuaces detrás, diciéndole que es la madre de la mejor amiga de Clara: «Sí, sí, las mismas de los libros firmados en su tienda». En ese instante se me enciende la bombilla. Justo cuando la veo descolgar el teléfono.

—Lo malo es que le comenten lo de los ejemplares que tú les firmaste. Menudo bochorno van a pasar las pobres sin comérselo.

—¡Ostras, no había caído en eso!

—Es lo que tienen las mentiras. Ahora se van a perder conocerlo por tus ideas de membrillo.

Encima yo hurgando en la herida. No tengo remedio.

—Pues ya se te podía haber ocurrido aquel día, maja, porque bien que me pasaste la foto con su firma.

—¡Joder, me la pediste tú! A ver si ahora me vas a echar la culpa de tus ocurrencias.

—Ya, si lo sé —comenta cabizbaja.

—Bueno, es igual, si total... No se lo digas y ya está. Asunto arreglado.

Finalmente, decido acudir. Llego con la hora pegada y encuentro la sala atestada de lectores, muchos de ellos con su libro en la mano. Yo he decidido dejármelo en casa. No pienso ponerme en la cola de firmas ni muerta. No cabe un alfiler, así que me acomodo en una esquina y me apoyo en la pared. No le he confirmado que asistiría y no creo tampoco que me haya visto llegar. Todos los presentes, incluidos los integrantes de la mesa donde se encuentra, están concentrados en una proyección visual de la novela a su espalda, lo que suele llamarse *booktrailer*. Dura un minuto escaso. Después Darío toma las riendas y nos cuenta las razones que le llevaron a escribir este origen de *Límite cero*, que quizás venga acompañado de otras tantas secuelas. No me creo nada de sus explicaciones. Me dan ganas de soltar en voz alta: «¡Eres un vendido!». Estoy absolutamente convencida de que se ha visto obligado a ello. Siempre ha criticado los casos en los que han destrozado una historia por estirar demasiado el chicle. Aunque también he de reconocer que lo que ha conseguido sacar es fantástico; ha tirado de un hilo que no esperaba. Pero eso no voy a reconocérselo, claro.

Termina la charla y un montón de gente se va arremolinando para formar una fila. He rastreado visualmente todo el local, buscando a la líder de las integrantes del club, por si se han enterado del evento por otros medios, y así avisar a Rebeca de que se vaya buscando una buena excusa por la usurpación. Pero no la he visto. Decido que es el momento de abandonar la sala. Total, ya no tengo nada que hacer aquí. Cuando salgo a la calle, se me ocurre que quizás ha quedado fatal lo de irme sin saludarle siquiera. Pero, pensándolo mejor, tampoco viene a cuento esperar una cola de gente solo para saludar, quedaría más raro aún que no hacerlo... Me incomoda el hecho de sentir todas esas dudas de comportamiento con él. Añoro los años aquellos donde la comunicación era sencilla y fluida entre nosotros. No cabía planificar nada. Nos veíamos sin ninguna razón aparente. Porque era así y punto. Porque no se podía imaginar de otro modo. O estaba yo y llegaba. O estaba él y aparecía yo.

Y las dudas en la bolsa de basura que lanzábamos al contenedor. Si pudiera enviar un mensaje a alguno de nuestros yoes del pasado, para advertirles de esto, ¿a los de qué fecha serían? ¿Dónde se encontraría el punto que nos desvió del camino en direcciones opuestas?

Dos días más tarde, recibo una llamada completamente inesperada a Let-style:

—¿Creías que no me iba a dar cuenta de que te diste a la fuga?

—No fue así exactamente. —Noto que me sonrojo. Suerte que no puede apreciarlo a través de la línea—. Es que tienes tantos admiradores, hijo, que cualquiera se acercaba a saludarte.

—Tú te lo perdiste. Pensaba invitarte a cenar.

—Bueno, otra vez será. Como además te has vendido, seguro que en dos telediaros tienes también la intercuela, la paracuela o cualquier pseudosecuela del éxito que te vio nacer.

—¡Ya estamos! ¿No te ha gustado?

—Aún no lo he leído.

—No te creo.

—Soy una mujer muy ocupada. Lo único que leo últimamente son listados de albaranes de complementos.

—Excusas baratas para no admitir que lo has devorado de una sentada y que encima te ha encantado.

Me conoce demasiado bien. No es justo.

—Veo que tu lado sobradito no te ha abandonado con los años.

—Se mantiene igual de joven que el tuyo mentiroso.

—Ah, una cosa —se me ocurre de repente—. Si alguna vez, en cualquier presentación, se acercan unas señoras afirmando que les dedicaste unos libros que no recuerdas, sígueles el rollo.

—Siempre lo hago. No esperarás que me acuerde de todas las caras y nombres de los lectores a quienes firmo. ¿Por qué lo dices?

—No, por nada. Es una tontería. Ya te lo contaré otro día.

—¿Qué tal hoy? ¿Tienes algún plan para cenar?

—¿Hoy? Pues...

Me lo planteo y descubro que me da miedo quedar con él. He comprobado que con dos copas de más soy una golfa que no respeta las relaciones ajenas y no quiero jugar a ese juego con Darío. Ya nos quemamos lo suficiente en su día.

—Estamos haciendo inventario —miento.

—Pues mañana salgo de presentaciones: Barcelona, después Bilbao... Estaré por ahí haciendo ruta de librerías y viajaré fuera de España también. Es una pena. Me gustaría verte antes de irme.

—Habrá ocasión cuando vuelvas. Si total... nos tiramos años sin vernos. Qué son unas cuantas semanas, ¿no?

No iba con intención de reproche, pero en el fondo sí. Debería dejar de hacerlo. No nos debemos nada. Además, me acabo de inventar una excusa para no vernos. No hay quién me entienda.

—Está bien. Será a la vuelta —me confirma—. Por cierto, no tengo tu teléfono.

—Ni yo el tuyo.

—Pues es el mismo de toda la vida. ¿Lo has borrado?

—Ah, no. Entonces sí lo tengo.

—Hazme una perdida para recuperar tu número.

Cojo el móvil del mostrador, busco en la agenda su nombre y se la hago.

—Te dejo. Me están llamando por otra línea.

—¡Soy yo!

—Lo sé, boba. Estaba de broma. Bueno, nos vemos a la vuelta, ¿prometido?

—Hecho.

Lo digo convencida, porque en el fondo sé que pasarán otros quinientos mil años. Pero aun así me siento feliz por esa llamada y decido disfrutarla como si no hubiera transcurrido el tiempo y aún tuviéramos toda la vida por delante para jugar a no encontrarnos.

—¡Cuídate!

—¡Buen viaje!

Darío: Complicidad

No me resultó nada fácil asumir la relación de Clara con mi hermano. Hubiese sido más sencillo verla con cualquier otro. Sobre todo porque no podía evitar sentirme atraído por ella y la culpabilidad me acechaba en todo momento. Por no hablar del recelo con el que Roberto observaba nuestra amistad. Era tan evidente que, incluso estando en la misma sala, procurábamos mantener una buena distancia. Y también eran numerosas las ocasiones en las que nos veíamos obligados a compartir el mismo espacio, ya que si no estaban juntos en la casa de ella, subían a la nuestra. Según les venía bien el menú, comían en un sitio u otro. Solo se separaban para dormir. El único momento que compartía a solas con ella era si coincidíamos al sacar la basura, y solíamos tirarnos un buen rato hablando. Ahí sí éramos nosotros.

En las primeras semanas de su noviazgo fue gracioso. A ella le costaba distinguirnos a simple vista. Solo era capaz de hacerlo por la conversación o en algún gesto característico. A Roberto y a mí siempre nos gustó jugar al despiste. Yo solía utilizarlo en mi propio beneficio, como herramienta para suplir mi timidez con las chicas. Él me allanaba el terreno y luego yo aparecía en el momento oportuno a recoger el fruto. Unas veces salía mal y otras bien. La peor de todas, o la que Rober jamás me perdonó, fue con una compañera de su clase que le gustaba. Se pilló por ella hasta las trancas. Tanto, que cuando estaba a su lado parecía que adoptaba mi personalidad. Ella iba detrás de él, se le notaba a la legua lo tontita que se ponía, aunque él no lo viera. Yo apenas la conocía porque mis padres decidieron, desde el año uno de escolarización y por recomendación de la directora, ponernos en clases separadas. Según dijo, era positivo para el desarrollo individual de nuestra personalidad. En los descansos cada uno estaba con su grupo. Rara vez hemos compartido amigos y, hasta que apareció Clara, tampoco habíamos coincidido en que nos gustara la misma persona. Por lo tanto, reconozco que aquella ocasión no fue un juego sucio por mi parte. Su chica a mí no me interesaba lo más mínimo. Solo nos

traicionaron las circunstancias. Se acercó a mí a la salida de clase. En un principio pensé que era porque pretendía utilizarme de nexos o compinche, pero me llamó por su nombre. Enseguida se me encendió la bombilla con esas ocasiones en que él hizo el trabajo de acercamiento para mí. Así que decidí seguirle el rollo y allanarle esta vez el terreno. Lo que no esperaba era que se lanzaría a mi cuello. Me arrinconó tras el saliente de un edificio y me pilló tan desprevenido, que me dio apuro sacarla de su error. Así que me dejé llevar. Mi idea era decirle a Rober que la tenía lista, que se me había declarado por error y que entrara en faena. Ahorrándome los detalles, claro. Pero su amigo Jota nos vio dándonos el lote. Estoy convencido de que incluso lo adornó, y a mí ni me dio la oportunidad de explicarle la versión real.

Sin embargo, he de reconocer que hubo otra situación en la que sí jugué sucio a conciencia. Fue con Clara, más o menos al inicio de su relación. Al principio dudé de si era consciente de su error, noté un leve titubeo cuando ya nos estábamos besando. Pero a quien no le concedí ni un milímetro de duda fue a mi decisión de dejarme llevar. Aquel beso robado me supo igual o mejor que la primera vez que se lanzó sin previo aviso, porque me pareció el más intenso. No solo por mi parte, por la suya también lo percibí. Noté que se estremecía cuando solté la bolsa y acaricié su cintura bajo la camiseta que llevaba. Sentí cómo agarraba mi pelo, casi con furia, mientras su lengua perseguía a la mía y mis dientes pellizcaban sus labios. Al día siguiente, su actitud me confirmó que sabía de su error. Me esquivaba la mirada. Ese dato no hacía otra cosa que torturarme. Pensaba y me preguntaba por qué siguió adelante con el beso, por qué me llamó Roberto si sabía que no era él, y —lo más importante— si aquello que sintió fue a sabiendas de que era yo. Pero lo dejé estar, por respeto a mi hermano. En esa época estaba muy obsesionado conmigo. Veía fantasmas donde no los había y pensaba que se la quería quitar. No era el caso. Que me hubiera gustado que ella me eligiera a mí en su lugar, sí. Pero no por ello iba a intentar levantársela. Aunque fuera mi primera reacción en caliente, tras la movida. Uno tiene su dignidad.

Sé que tuvieron problemas por las confusiones de ella, y eso que nunca se enteró de lo del beso. Tenían una chorrada de contraseña que seguro inventó ella porque a Rober no le pegaba. A mí me hacía gracia cuando me soltaba el santo y seña. En más de una ocasión soñé que la adivinaba y le comía la boca como aquella noche. Pero en realidad jamás lo intenté, lo de tratar de acertarla. De hecho, hasta le di la verdadera clave para distinguirnos.

Precisamente el día que me contó lo del intento de usurpación de identidad por parte de mi hermano:

—... y encima de que era él quien intentaba engañarme a mí, va y se rebota por seguirle el juego —me venía relatando, tras tirar la basura. Nos sentamos en el bordillo de la puerta, ninguno de los dos tenía prisa por entrar.

—¿En qué momento descubriste que no era yo?

—¡Bah! Eso fue facilísimo. Tú y yo tenemos nuestra propia clave.

Me gustó escuchar eso. Que hablara de nuestra propia clave me ofreció una complicidad que no esperaba.

—¿Ah, sí?

—Pues sí, la de la tía Gilita. Pero vamos, que le habría pillado de todas formas. Intentaba usar tus expresiones, algunas sin venir a cuento en la frase.

—¿Hasta dónde llegó la coña?

—Pues justo le iba a besar, haciendo ver que pensaba que eras tú, y se alejó de mí con un pedazo mosqueo...

—Joder, es que encima le diste donde le duele.

—Que no se lo hubiera buscado.

—¿Te imaginas que pasa al revés, que me hago pasar por él y me plantas un beso?

Le cambió la expresión de golpe y empezó a jugar con los cordones de sus zapatillas color rosa.

—También te habría pillado enseguida.

—¿En qué momento? ¿Al empezar el beso?

No levantaba la vista ni un milímetro. Sabía que me la estaba jugando, pero me apetecía buscar su límite. Ver cuándo se rajaría, o si sería valiente y se atrevería a afirmar lo que ocurrió.

—En realidad no lo sé. No recuerdo tu forma de besar. A lo mejor lo hacéis igual y por eso al principio no os distinguía.

Un golpe maestro, sí señor.

—Yo en cambio sí recuerdo cómo besas tú. Pero nunca he probado con él. No sé si lo hacemos igual. Ahí no te puedo ayudar.

—No estarás intentando llevarte un beso mío con esta absurda artimaña, ¿no?

Ahora sí levantó la cabeza. Apareció de pronto la Clara chulita.

—Para nada. Solo trataba de echarte un cable por si algún día se vuelve a repetir la historia y Rober intenta darte gato por liebre.

—En tal caso, tranquilo. Sus besos los conozco de sobra.

Me retaba con la mirada. En sus ojos podía distinguir la frase: «Si estás tan seguro de que sé que eras tú, tendrás que preguntármelo a la cara».

—Bueno, si estás tan convencida de eso, entonces no he dicho nada.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Juego sucio y muy típico de ella, tratar de darle la vuelta a la tortilla y dejar la pelota en mi tejado.

—No he dicho lo contrario. Solo afirmo que, si los conoces tan bien como dices, entonces no habrá problema.

—¿Acaso se te ha pasado por la cabeza hacerte pasar por él para intentarlo?

—¡Ni de coña, bonita! —Ahora sí me había tocado los cojones—. ¿Es que te gustaría que lo intentara?

—¡Ni en sueños, idiota!

Se levantó con mal talante, señal de que se sentía herida. Sacó las llaves del bolsillo y se metió en el portal. No me apetecía dejar así el asunto. Corrí tras ella y le impedí que llegara a su casa.

—Espera. Tengo que enseñarte algo.

Se dio la vuelta y me interrogó con la mirada.

—¿Ves este pequeño lunar de aquí? —Se acercó y lo observó atentamente—. Mi hermano no lo tiene, ni tampoco sabe de su existencia. No se dará cuenta si te ve fijándote en ese punto.

No dijo nada. Solo sonrió y su expresión pareció relajarse. Se giró para abrir su puerta, mientras yo esperaba la llegada del ascensor y, antes de cerrar y desaparecer dentro, volvió a dirigirse hacia mí:

—En cuanto a lo de antes... yo también lo recuerdo.

Todo resultó más sencillo para mí tras ingresar en la universidad. Apenas nos veíamos el pelo. Además, comencé una relación con una compañera de la facultad llamada Claudia, un par de cursos mayor. Aunque, para ser del todo sincero, todo fue más fácil porque noté que a ella le afectó que saliera con otra. No sé si me agarré a «Mal de muchos, consuelo de tontos» o a «Las penas compartidas son menos penas», pero el caso es que disfrutaba con que sintiera celos por mí. Aún no era consciente de que aquel juego no era sano. Pero qué bien sabía lo de cerrar la puerta de mi habitación, con Claudia de la

mano, y descubrir su mirada desde el sofá del salón clavada en la mía, sentada junto a él. El problema era que en muchas ocasiones no era el cuerpo de esa chica el que acariciaba ni besaba ni tenía, y eso a veces me hacía sentir mezquino.

Con el tiempo, logré poner distancia y evadirme de aquella obsesión que ya rozaba lo patológico.

El final de su noviazgo tuvo una parte agri dulce —para mí—. Las relaciones se componen en su trayectoria de un pico alto y una vacilante línea horizontal que se debe proteger de cualquier desnivel que la conduzca al descenso. Rober era de los que buscaban estar siempre en el pico y seguir ascendiendo. Lo necesitaba para mantenerse interesado, formaba parte de su ser. Había sido así desde pequeño, en cada faceta de su vida. Era un yonqui de las emociones nuevas. Si querías verle concentrado en algo que careciera para él de todo interés, solo debías retarlo a demostrarle que eras mejor que él. Mi madre era una experta en ese tipo de psicología inversa. Solo tenía que utilizarme como gancho y su afán competitivo ejecutaba el resto. Él no era consciente de la manipulación, y su ego le hacía caer siempre. Así que era de esperar que su interés por Clara decayera en la misma proporción en que fuera subiendo el de ella. Y no, no me alegré por ese hecho. No me gustó verla así. Aunque sí reconozco que, con el tiempo, agradecí cómo sucedió, ya que aquel desenlace nos ofreció la llave secreta de lo nuestro.

13

Mi cuñada no ha podido elegir peor día para venir a tomarse las medidas de los arreglos del vestido. Encima se trae a la hermana, que es una tiquismiquis de mucho cuidado. Ha sacado un álbum completo con las fotos del ramo de novia que va a llevar, en todas las posiciones posibles e inimaginables de luces y sombras, para que nos hagamos una idea del tono exacto y que combine perfectamente con el vestido de la primera dama de honor y compañía. Como si fuéramos idiotas y no pudiéramos hacernos a la idea con una sola toma. Para colmo, el resto del séquito imperial de damas se han enterado por los mensajes que se han ido intercambiando vía WhatsApp, y no paran de interrumpirnos pidiendo fotitos y chorradas. Han cambiado tres veces las opciones de complementos en el tocado y dos en las de los zapatos. Qué daño han hecho las películas de bodas americanas. ¿A cuento de qué tienen que incorporarse las amigas de la novia al repertorio del evento? Por no hablar de los consiguientes piques que eso acarrea entre ellas. En fin, a nosotras en el fondo nos viene de lujo, y a ellas nuestro servicio lo mismo. Bastante gasto es ya una boda como para tener que tirar de modelitos a juego para las damas de honor. Llego a saber que la mía terminaría en divorcio y me alquilo hasta el vestido de novia. Menudo pastón se gastaron mis padres para un solo día. Encima les hice retirar todas las fotos de la entrada de su casa porque me daba mal rollo verlas: «Hija, ¡qué pena! Con lo monísima que ibas. ¿Y no podemos dejar aunque sea esta que estás tú *solica*?».

Mientras voy colocando alfileres en el contorno del vestido de Luci, pienso en la llamada de anoche de Roberto. No me puedo creer que vaya a meterme en semejante berenjenal:

—¿No puedes quedarte en la de tu madre, tus hermanos, un amigo...? ¿Por qué tengo que comerme yo el marrón?

—Gracias, ¿eh? Gracias... —expresó con aire abatido—. Para mí no es que haya sido plato de buen gusto tomar la decisión de acudir a ti.

—Es que no lo entiendo, Roberto. Si no tuvieras familia ni amigos... Pero si hasta hace dos días ni sabía de ti.

—De momento, prefiero que no se enteren en casa. Cualquiera aguanta a mi madre con sus arranques de tristeza. Y mis amigos... Joder, Clara, mis amigos están metidos en su burbuja, con sus familias, como todo el mundo. Eres la única solitaria de confianza que me queda.

—¿Y por cuánto tiempo será?

—Una semana, tal vez dos... Hasta que encuentre algo digno donde llevar a mis hijas cuando a Raquel se le quite el cabreo y me deje verlas.

—Bueno, eso tendrá que decirlo un abogado, ¿no?

—Qué va. Seguro que en dos días se le pasa. No va a llegar a tanto la cosa.

—¿Y se puede saber qué ha ocurrido esta vez?

—Michelle me envió una foto de la boda de su amiga por WhatsApp y, cuando la abrí para verla, no caí en que se descargaría en la galería de fotos, que además se sincroniza en la nube donde se engancha el ordenador familiar. ¡Las putas tecnologías me van a buscar la ruina! Por más que he intentado convencerla de que ese es Darío, no ha colado.

—Pero ¿cómo iba a colar, Roberto? ¡¡Es tu mujer!! Esa trola para Michelle, vale. Si hasta yo, que me he tirado años sin veros, os distingo perfectamente. Y más ahora con la edad, que no sois tan clavados.

—Ya... El muy cabrón se curra bien el gimnasio, ¿no? En fin, ya se le pasará el cabreo a Raquel.

—Menuda racha llevas: se te activa el altavoz, se te descarga una foto... Yo que tú le empezaría a prestar más atención a las señales, amigo. Creo que te están dejando un mensaje clarísimo.

—Muy graciosa... ¿A qué hora llegas a casa? ¿Del curro me voy directo o me paso a buscarte?

—Pásate por la tienda cuando salgas y te doy las llaves. Trabajo por la tarde.

Así me terminé comiendo el embolado, con patatas.

La hermana de Luci se ha puesto a hojear un *Vogue novias* y no para de poner pegas a todos los peinados. Bendita la peluquera a la que le haya tocado aguantarla ese día. Encima se ha echado dos litros de perfume y me tiene mareada con la tufarada. Abro la ventana y la puerta para que la corriente haga su trabajo, y en ese momento aparece Roberto arrastrando dos maletones y un bolsón cruzado del hombro. Espero que no pretenda colocar todo eso en mi

apartamento de sesenta metros cuadrados. Y menos que imagine que le voy a ceder parte de mi armario. Miro hacia donde se encuentran estas y compruebo que no se han percatado de su presencia. El biombo que separa la zona de probadores está bien centrado en su sitio. Le indico que se dirija directamente a la cocina, sin mediar palabra, y cruzo los dedos para que mi cuñada no le vea desde el probador cuando entre. No me apetece que se lo cuente a mi hermano. Solo me faltaba una reunión familiar pidiéndome explicaciones sobre a quién meto en mi casa. El asunto mejor dejarlo a buen recaudo que, total, por una semanilla nadie tiene por qué enterarse.

—¿Por qué has subido aquí las maletas? —le pregunto, en cuanto puedo escaquearme de la sala.

—Es que el coche me ha dejado tirado esta mañana y he tenido que venir en metro. ¿Has comido?

—No. Ni pienso. Me encuentro revuelta con el popurrí andante de la mezcla de perfumes de todas estas. —Saco de un cajón una copia de las llaves que guardo aquí de emergencia—. Toma. Intenta pasar desapercibido al salir. Está mi cuñada y no quiero dar explicaciones.

—Seré una sombra.

—¿Quieres dejar todo eso en el maletero de mi coche y te lo llevo luego?

—No, tranquila. Ahora me pillo un taxi hasta tu casa. Ha sido una tortura lo de subir las escaleras del metro tan cargado.

Cuando se dispone a marcharse, la puerta se abre y se cuele Luci en escena.

—Rebeca se viene a comer con nosotras, ¿te apuntas? Ah, hola. Eh, esto... No sé cuál eres de los dos, perdona —se excusa, algo azorada.

—No te preocupes. Roberto —aclara él, con una sonrisa, y se acerca para saludarla.

—¿Os venís a comer?

—Regreso de un viaje y estoy un poco cansado —se excusa. Me alegra que haya sido tan avisado—. Tengo ganas de darme una ducha y deshacer el equipaje.

—Ah... —Se queda mirando las maletas y quizás se esté preguntando qué pinta allí entonces. Intento adelantarme buscando una buena artimaña, pero no me da tiempo a aclarar nada porque salgo disparada al servicio y expulso hasta la primera papilla.

Termino finiquitando mi jornada laboral por prescripción de todos y cada uno de los presentes, y Roberto se ofrece a llevarme a casa. Ya con el estómago vacío, y libre de la concentración de aromas, me entra un hambre voraz. Le propongo parar en el McDonald's de la esquina, muy próximo a mi bloque. Se sorprende de mi elección, teniendo en cuenta el episodio de la tienda y la brasa que le di con mi dieta. Le explico que si el desayuno no ha contado, porque ha desaparecido de mi cuerpo, una dosis extra de ingesta de calorías no me va a afectar tanto. Además, me encuentro perfectamente del estómago. Lo que sea que me haya sentado mal ya está fuera.

El efecto de su equipaje en mi pequeño salón-cocina me produce nerviosismo. Pensaba dejarlo junto al sofá, pero reconozco que cuando estoy fuera de mi casa tiendo a imaginarla más grande. Creo que tendremos un grave problema de espacio. Al final llego a la conclusión de que no me va a quedar otra que cederle parte de mi armario. Es lo mejor que tiene mi piso. Era la habitación intermedia entre mi dormitorio y el baño, así que decidí abrir una puerta que comunicara ambas habitaciones, una a modo de vestidor, y este se une a su vez con el servicio a través de otra puerta corredera que parece un cuadro de una vista neoyorquina por ambos lados.

—Si esa puerta es el baño y la otra tu habitación, ¿dónde voy a dormir?
—me pregunta tras soltarlo todo en el suelo.

Recorro un sofá tipo chéster de dos plazas y la mesa pequeña que va delante, tiro de una argolla que sale de un mueble con la apariencia de pared, en papel pintado, y le muestro su cama de metro con diez. Está casi lista. Solo falta la almohada.

—¡Qué maravilla de invento!

Vuelvo a dejarlo como estaba y nos metemos en el vestidor desde mi dormitorio. Intento hacerle sitio, pero por más que apilo prendas, amontoño los bolsos y apretujo los zapatos... solo consigo darle media balda para los suyos, un cajón bandeja donde guardaba Álvaro las corbatas y los relojes, dos baldas para jerséis doblados y cuatro perchas libres. Las maletas tendrán que ir debajo de mi cama y alguna irá llena, eso seguro.

—¿Te pones toda la ropa que hay aquí?

—Sí.

—¡Imposible!

—¿Te juegas algo?

—¿Este vestido también?

Saca uno rojo ajustado que me compré el verano pasado en Ibiza. Se lo quito y vuelvo a colgarlo en su sitio.

—Por supuesto.

—¡Póntelo mañana!

—¿Para trabajar en la tienda? No pega.

—Lo sabía... Seguro que ni lo has estrenado. Tienes pinta de compradora compulsiva. Mira esto. —Me muestra una blusa y una chaqueta de corte clásico con sus etiquetas colgando.

—Son compras de rebajas para el próximo otoño. ¿Quieres dejar de cotillearme el armario?

—Me estás dando la razón. No lo usas todo. Hay cosas que no te vas a poner. Podrías sacarlas y dejarme más sitio.

—A ver, Roberto, yo vivo aquí. Tú solo vas a estar una semana.

—O dos...

—No voy a sacar mi ropa para que se arrugue en una maleta en cuatro días. O lo tomas o te buscas a otra pringada que te permita instalarte.

Salgo del vestidor y le dejo que termine de ordenar sus cosas. Me pongo cómoda y al ratito escucho sus nudillos llamando a la puerta que comunica el vestidor con mi habitación.

—No hace falta que salgas por aquí. Usa mejor la que da al baño por el otro lado.

—Pero si he llamado. ¡No seas tan gruñona!

—Es que quiero que te quede claro cuál es mi espacio. Si necesitas ir al armario, hazlo también desde allí.

No me está haciendo ni puñetero caso. Le presta toda su atención a lo que ve por mi cuarto y, por supuesto, va toqueteándolo todo.

—Oye, no es justo, aquí tienes una cómoda. ¿Estos cajones también están petados?

Abre el primero y se encuentra con mi ropa interior. Saca unas bragas y se las arranco de las manos. Devuelvo la prenda a su sitio y lo cierro de un plumazo.

—¡Estos cajones ni tocarlos!

—Eso es como decirle a un niño que le das un caramelo, pero que no se le ocurra tomárselo. En cuanto te des la vuelta hurgaré y lo sabes. ¿También guardas juguetitos?

—¡Tú mismo! Quizás mañana te encuentres con las maletas en la puerta.

—¿Eres consciente de lo aburrida que te has vuelto? —Se desabrocha la camisa y se pone una camiseta que lleva en la mano.

—Ehh, ¿qué haces? Este no es tu espacio. ¡Desnúdate en el baño!

—¡No seas tan moñas! —Se ríe en mi cara y comienza a desabrocharse los vaqueros—. Como si nunca me hubieras visto desnudo...

—Sí, hace veinte años, y la edad no perdona, ¿eh? —me burlo, saliendo ya del cuarto. Noto una camisa caer en mi espalda y cierro para no recibir otra prenda—. ¡Oye, no hagas que me arrepienta de haberte invitado!

Al minuto reaparece en el salón.

—¿Necesitas que te preste un pijama? —Va en camiseta de manga corta y bóxer.

—Yo no, ¿y tú? —Mira mi indumentaria, que consiste en una camiseta también, aunque en realidad es tamaño XXL y prácticamente podría pasar por un vestido. Es más, juraría que es mucho más larga que el rojo que ha sacado antes del armario.

—¡No compares! Yo no voy enseñando mi ropa interior.

—Ni nadie te impide hacerlo. Que tú seas una dictadora no implica que yo tenga que serlo.

Termino dejándolo por imposible.

—¿Qué hay de cena? —me pregunta.

—Lo que tú prepares.

Abre el frigorífico.

—Menuda anfitriona de pacotilla me he echado.

—¿Tengo que recordarte los motivos que te han traído hasta aquí? Además, son las siete. Hemos comido hace un rato.

—Acabo de ver rodar un matojo en tu nevera como en el lejano oeste. ¿Estás a dieta o en huelga de hambre?

—Ya, es que tenía que haber hecho la compra el sábado, pero se me olvidó por completo. ¡Ni se te ocurra pedir *pizza*, que luego me tientas!

Entra en mi habitación y al instante reaparece con los vaqueros que llevaba. Al final le voy a tener que hacer un croquis para que se entere de cuál es su espacio, o pintar una flecha en la puerta del baño.

—¿Por dónde queda el supermercado?

—Bastante lejos. Tendrías que coger el coche. Aunque hay una gasolinera a la vuelta.

—¿Haces la compra en la gasolinera?

—No.

—Bueno, solo a veces. Pero el congelador está petado de táperes que me carga mi madre los domingos para el trabajo. Descongela lo que te apetezca.

—¡Ni hablar! Eres un puñetero desastre. Ahora vuelvo.

Regresa a la media hora cargado de bolsas. Ni siquiera creo que mi cocina tenga espacio libre donde guardarlo todo. Suelo tener fruta y ensaladas semipreparadas como recurso de cena, y para de contar. Se pone a preparar fajitas y nachos con guacamole.

—¿Esto vas a comer por la noche?

—Y tú también. Así que mueve el culo y ponte a cortar cebolla y pimientos. ¿O te encuentras mal del estómago? Se me había olvidado.

—No, no te preocupes. Estoy en plena forma. Pero odio cortar cebolla. ¿Me dejas a mí con el pollo?

—Todo tuyo.

Veo que se ha quedado abstraído en sus pensamientos, cortando la verdura con una agilidad pasmosa. Termina antes, y eso que lo suyo era más engorroso. Saca una sartén que nadie le ha dicho dónde guardo, le pone un chorro de aceite y pasa a saltar las verduras. Cuando ya están casi listas, agrega el pollo y condimenta el conjunto. Me quedo embelesada detrás de la barra que separa la cocina, tomando una cerveza que nos ha servido al empezar.

—Al final no me has partido los aguacates ni nada —se queja.

—Prefiero que lo hagas tú. Me encanta verte cocinar.

—Pues no te emociones mucho que soy un hombre casado —afirma riendo.

—No estaría tan segura de eso...

—Mientras no se demuestre lo contrario.

—Si te perdona, ¿dejarás de hacerlo?

—En realidad no he hecho nada.

—¿También tengo que recordarte que soy tu compinche?

—Cierto —se descojona—. Lo prometo. No volverá a repetirse.

—¡Madre mía, no te lo crees ni tú! —le digo, por lo poco convincente que ha sonado su voz y la mirada que ha puesto.

—Es que estoy imaginándote con ese vestido rojo y así no hay quien haga

una promesa.

—Si ese es el único problema, lo quemamos en un momento. ¡Joder, qué buenísimo está este guacamole!

Me da un manotazo cuando ve que voy a untar otro nacho.

—¡Espérate a llegar a la mesa! ¿No te enseñaron modales en tu casa?

—Si la mesa es esto. Aquí ceno siempre —me quejo.

—Pero hay que calentar las tortillas para las fajitas.

—Mételas en el microondas —le pido, con la boca llena de nachos. Creo que ni me ha entendido.

Saca otra sartén y las va tostando una por una. Al menos anda distraído y no me ve zamparme el guacamole a cucharadas.

Suena su teléfono, a mi lado, y veo en la pantalla que es Darío. No lo coge.

—No me mires así. Paso de hablar con él. Seguro que le ha llamado Raquel y no me apetece escuchar su sermón.

—No, si a mí me da igual.

La llamada le ha cortado el rollo y el buen humor que le rebosaba hace un rato. Le ha cambiado completamente la expresión.

Se ha negado a comer en la barra de la cocina, así que, tras colocar todo en la mesa oficial, según sus órdenes, me pongo a montar una fajita en silencio. Él hace lo mismo, solo que la enrolla de tal forma que no se le abre ni le chorrea por ninguna parte. Me están entrando ganas de cambiársela por la mía.

—¿Quieres hablar del tema? —me decido a preguntarle—. He intentado quitarle hierro al asunto con las bromas, pero quizás te venga bien desahogarte.

—No, tranquila, estoy perfectamente. Prefiero no pensar en ello, y me has ayudado a conseguirlo.

—Están riquísimas —afirmo, tras el primer bocado—. ¿Dónde aprendiste a hacer esto?

—En ningún sitio, soy completamente autodidacta. Me relaja cocinar. Pero esto es sencillo, no tiene ningún mérito.

—Para mí, sí. No sé unir más de tres ingredientes.

Clara: Primera ruptura

Intenté no hacer ruido para que no se percatara de mi presencia, pero algo le llevó a mirar hacia la escalera, justo antes de introducir la llave. Quizás fue solo un gesto intuitivo. Se topó con mi mirada llorosa. No sé cuántas horas llevaba allí esperándole. Aunque no precisamente a él. Debían de ser las dos de la madrugada.

—¿Qué ha pasado?

Se acercó enseguida. Me desmoroné. No sé de dónde podía sacar tantas lágrimas si ya creía que se me habían terminado todas, una hora atrás. Al principio no me salían ni las palabras.

—Está con otra —confesé—. Me ha mentado. Dijo que no iba a salir y en realidad era una excusa para dejarme colgada y verse con ella.

—¿Y qué haces aquí? —se sorprendió. Me miraba como si me hubiera vuelto loca por estar allí en su rellano.

—Esperarle.

—No, Clara. Eso no. Debes marcharte.

A él le parecía tan fácil... «Debes marcharte», decía. Como si aquello fuera sencillo. Como si fuera posible olvidarme de que mi novio estaba besando otra boca que no era la mía. Como si no se me estuviera cayendo el mundo encima.

—¡No puedo! Tengo que hablar con él.

—Clara, hazme caso. No puede verte así.

—¿Así cómo? ¡Estoy muy jodida! ¿Es que no lo ves?

Me apetecía gritarle. ¿Por qué no me entendía?

—Precisamente por eso.

—¡Necesito que me escuche! Además, no puedo irme así a casa. No voy a pegar ojo.

—Anda, ven.

Pulsó el botón del ascensor y se abrió enseguida, aún permanecía allí.

Pensaba que íbamos a bajar, pero le dio al botón del ático. Una vez en el rellano de esa planta, me condujo por una escalera que subía un par de tramos más. Sacó las llaves de casa de su bolsillo y con una abrió la puerta que daba a la azotea. Nunca había subido. Las vistas del barrio resultaban curiosas a aquella altura. Se veía el parque y a un grupo de gente que, bajo una farola, tomaba de las bebidas que habían cargado en bolsas del supermercado. Brillaban las colillas, y el eco de sus carcajadas irrumpía de vez en cuando en la quietud de la noche. Un par de parejas permanecían algo apartadas del corrillo, besándose sobre el respaldo de un banco. Eso me trajo recuerdos dolorosos de momentos vividos bajo ese mismo escenario. Me obligué a retirar la mirada. Por la avenida principal seguía circulando algún que otro coche. El resto era calma.

—No sabía que se podía subir aquí.

—No se puede. O sí, no sé. Hay un vacío legal en las normas comunitarias. Aunque la llave solo la tiene el presidente y el administrador. Y yo, claro.

—¿De dónde la has sacado?

—¿Recuerdas que al poco de mudarnos pintaron el portal? Pues un día que estaba aburrido, subí a husmear y me encontré la puerta abierta con la llave puesta. Estaban ventilando. Me gustaron las vistas y me la quedé. Me pareció un buen refugio para estar a mi bola. Es mi rincón secreto cuando no me apetece ver a nadie.

—¿Subes a menudo? Nunca me lo habías dicho.

—Nunca lo habías necesitado.

Bajé la mirada y todo el peso de mi pena se me volvió a caer encima.

—Ey, ey, ey, no te vengas abajo. Lo estabas haciendo muy bien.

Me gustaron sus palabras. Me ayudó a sentirme valiente y a querer estar bien.

—No me puedo creer que no le haya importado que los vea besándose. Ni se ha inmutado, Darío. Se ha quedado con ella y me ha dejado volver sola. No se ha molestado ni en darme una explicación.

—¿Y qué explicación esperabas que podía darte? ¿El típico «no es lo que parece»?

Se despegó de la pared y se acercó a la barandilla, por donde yo seguía mirando sin prestarle atención ya a nada.

—Es que me duele mucho. Jamás pensé que pudiera doler tanto.

Apenas conseguía verle tras la cortina de lágrimas que de pronto emanó sin mi permiso. Se acercó a consolarme y enseguida me abracé a él. Pero no era suficiente, no conseguí sentirme mejor. Solo pensaba en que ojalá apareciera Roberto por la puerta y fuese él quien me abrazara.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí sentados en el suelo, apoyados de espaldas a la pared. Hablando, y en muchos momentos solo pensando. Terminó siendo de gran ayuda su compañía. Me sirvió para desahogarme y, sobre todo, para no hacer el ridículo como pretendía, embebida en mi angustia. No llegué a agradecerle lo que hizo por mí aquella noche. Me comporté igual que una niña que cree merecérselo todo por el simple hecho de respirar. Si pudiera ahora, me acercaría a ella y le sacudiría su egocentrismo.

Nos quedamos en la azotea hasta que decidí que era demasiado tarde y debía bajar, antes de que mis padres se dieran cuenta de que me había pasado con creces de la hora habitual de llegada. Aunque como pensaban que estaría con él, dormían tranquilos. No me hubiera importado encontrármelo en aquel momento en el que bajaba; igual de herida, pero más calmada. Por fortuna no fue el caso. Y para asombro de mi corazón dañado y respiro de mis párpados hinchados, esa noche descansé como una bendita.

No llegué a hablar del asunto con Roberto. Le ignoré por completo. Darío me convenció con su teoría nocturna de no arrastrarme. Debía fingir y comerme las ganas. Ser fuerte y mostrar una apariencia madura. Mantenerme fría, si quería reconquistarle. Y tal y como estaba previsto, funcionó. Aunque no me dejé camelar tan fácilmente. De la tristeza pasé a la rabia y a la sed de venganza. No iba a volver con él intacta, eso lo tenía clarísimo. Si él se había acostado con otra, yo no iba a regresar con ese déficit en mi marcador. Así que puse el punto de mira en un compañero de Bellas Artes que un tiempo atrás me estuvo dando la brasa. No cuajó la cosa. Era mono, sí, pero pesado y aburrido hasta decir basta. Eso le restaba tantos puntos que el simple hecho de imaginarme manteniendo relaciones con él me echaba para atrás.

Se lo conté a Darío en la azotea. A partir de ese día, aquel también se convirtió en mi refugio. En mi caso, más que un refugio, lo veía como un lugar privado donde charlar con él a mis anchas. Siempre intentaba sonsacarle información sobre su hermano: si le hablaba de mí, si me echaba de menos, si de verdad estaba arrepentido... Pero no conseguía averiguar nada por su

propia boca. Alegaba la fraternidad entre hermanos y que en ese juego no entraba. Aunque siempre me daba buenos consejos para fastidiarle, que ya era mucho. El resultado era impecable: volvía a tenerlo comiendo de mi mano.

A partir de ahí me relajé y dediqué el tiempo a disfrutar de mi nueva amistad con Darío. Intenté que me contara si seguía saliendo con la repelente de Claudia. Me caía fatal aquella larguirucha despeinada. Detestaba que saliera de su cuarto con el pelo revuelto y mirándonos como si le faltara espacio por donde desfilas. Hacía sus pinitos como modelo de catálogo, y eso también me fastidiaba. No le pegaba nada salir con Darío. ¿De qué podían hablar? ¿De los cuatro litros de maquillaje que usaba? ¿De que tenía las piernas tan largas que no llegaba a cortarse las uñas de los pies? Me engañaba a mí misma, en realidad. Estudiaban lo mismo, así que tema de conversación les sobraba. ¿Le habría enseñado él su cuaderno de historias? En el fondo esperaba que hubieran cortado. Incluso en algunos momentos lo daba por sentado, ya que apenas me cruzaba con ella. Aunque teniendo en cuenta que ya no iba por su casa, por razones obvias, era normal que no me la encontrara. El único contacto que teníamos nosotros era el de la azotea. De hecho, si coincidíamos al sacar la basura, el cigarro lo fumábamos siempre arriba.

Fue una de nuestras mejores etapas. Me sentía libre de poder hacer lo que quisiéramos y, sin embargo, no quería hacer nada que rompiera esa libertad de poder hacerlo. A pesar de que queríamos. Hablo en plural porque estaba segura de ello. Lo notaba y lo sentía; y en algunas ocasiones era muy difícil no rendirse. Pero yo seguía fiel a mi objetivo principal. Además, era muy consciente de todo lo que había en juego. Hay balanzas que es mejor no calcular. Quise decantarme por el lado consecuente. Imagino que él también apostó por el mismo.

La primera noche de convivencia con Roberto terminó en un completo desastre. Al final iba a ser cierto que había pillado gafe o algo. Ocurrió a la mañana siguiente. Me desperté como suelo hacerlo siempre que me acuesto a deshora y me incorporo sobresaltada por la música del despertador: completamente desorientada. Di un salto de la cama y salí disparada hacia el baño, atravesando el armario. Sin contar con que tenía un nuevo inquilino, que en ese momento salía de la ducha y no contaba con la puerta corredera de aquel póster que de pronto se movió. Ni tampoco con que entraría como un huracán y me lo llevaría por delante. Así que amanecimos, él con un esguince en la muñeca y un corte en la cabeza de cuatro puntos, y yo con el susto más grande que me he llevado en la vida. Pero sí, él se llevó la peor parte. El accidente concluyó con una baja laboral. Para mí que le echó un poco de cuento. No le veía tan impedido. ¡Si cocinaba y todo! Además, fue en la mano izquierda, y no es zurdo como su hermano. Igual que resolvía problemas de la oficina desde el ordenador en casa, nada le impedía coger el metro y presentarse allí. Aunque no es que me molestara que estuviera metido todo el día en mi territorio. Yo solo aparecía a última hora de la tarde y ya me había acostumbrado a su presencia. Era agradable no estar sola al llegar a casa. No obstante, me preocupaba que no le veía mover un dedo para buscarse un apartamento. ¿Pensaba quedarse a vivir allí para los restos? También le funcionaba demasiado bien el chantaje emocional por haberlo lesionado. Y me preocupaba, además, su estado de ánimo con respecto a las niñas.

Raquel se había puesto muy tozuda, avalada por su despecho y, para fastidiarle, no le dejaba verlas todo lo que él demandaba. Intenté mediar entre ellos, cosa que no debí hacer. No contaba con que averiguaría que la foto procedía de aquel fin de semana que aseguré haberle visto en Barcelona. La geolocalización y la fecha de la toma no eran compatibles con nuestra coartada. Así que la noticia corrió como la pólvora y tuve la correspondiente —e inesperada— charla familiar. Por un lado, Rebeca se había ido de la lengua, el día que comió con Luci y su hermana, sobre el asunto de las

maletas: «Yo no sabía que era un secreto que se iba a vivir contigo»; y por el otro, su mujer me acusó de ser la tapadera de su marido. Razón no le faltaba. Aunque por el tonillo de mi madre me olía que ella lo había interpretado como que yo era en realidad el origen del mal.

—¿Te parece bonito? —fue su recibimiento. Ni esperó a los postres—. ¿Vas a tirarte toda la vida como el perro del hortelano?

—A ver, mamá, no te embales. Solo le estoy dando alojamiento.

—Pero ¿tú no estabas con uno de fuera?

—¡Pues sí, claro que sí! —Me vino a huevo que me lo recordara—. Y si a él no le parece mal, ¿por qué te preocupas tú tanto?

Pareció quedar conforme. Aun así, lo primero que hice al volver a casa fue decirle que el pastel se había descubierto y era el mejor momento para regresar donde su madre. Pero como siempre hacía, me embaucó de nuevo y me pidió unos días más porque estaba a punto de firmar un contrato de alquiler. Entremedias apareció el que faltaba en la ecuación: Darío.

Nos hemos citado en la cafetería que queda a dos portales de Let-style. Le he notado algo seco al teléfono, e imagino por dónde vienen los tiros. Me importa una mierda lo que tenga que opinar al respecto. Que lo solucione con su hermano. En este asunto tan solo soy un daño colateral, lo quiera ver o no. ¿Que podía haberme negado a alojarle? Sí. ¿Que me arrepiento de haberlo hecho? No. En estos momentos considero a Roberto tan amigo como en el pasado lo consideré a él, que fue mucho. Quizás porque estas semanas de convivencia me han servido para descubrir a un hombre que desconocía. Sin la soberbia que le caracterizaba, ni el cinismo, ni la suspicacia; cercano, amable, cariñoso, protector... Reencontrarnos sin una relación de por medio nos ha mostrado a cada uno sin recelos ni compromisos mal proyectados. Así que, si hay algo que he ganado en todo esto, es que Roberto se ha convertido en el Darío que tenía.

—Menos mal que te ibas a mantener alejada —me espeta, nada más encontrarnos.

—¿Qué querías que hiciera? No tenía adónde ir.

—Ya es mayorcito para buscarse la vida, Clara. Veo que sigue manipulándote a su antojo.

Me escuece que opine eso.

—Si me has llamado para discutir, prefiero largarme. He dejado mucho

trabajo pendiente.

—No, perdona. Es el *jet lag*. No he pegado ojo. ¿Qué tal todo?

—Bien.

No consigo relajarme. Tampoco entiendo a qué ha venido. Estaba convencida de que ese «nos veremos a la vuelta» era tan solo una formalidad y que lo dejaríamos pasar como tantas otras veces.

—¿Y el francés? ¿Le das de comer de vez en cuando?

—¿A qué te refieres?

—No, nada. Ha sonado fatal. —Se ríe con pocas ganas—. Es por aquello que dijiste, que lo tenías encerrado... Nada. ¡Olvídalo!

—Ah, sí, bueno, aquello es agua pasada. No recordaba que sabías lo de ese asunto.

—Lo tengo anotado como recurso por si alguna vez necesito un personaje femenino en una historia que case con «chica que se toma unas copas y después no recuerda nada».

—¿Intentas hacerte el gracioso?

—No, pero es curioso que llamaras a tu amiga para que te ayudara a recordar la noche. Parecía más bien que intentabas obtener su opinión o quizás su aprobación.

Me levanto de la silla, arrastrándola hacia atrás, y el chirrido de las patas hace que los de la mesa de al lado nos miren. Me sujeta de la muñeca en un acto impulsivo cuando voy a dar un paso.

—Perdóname. No sé ni lo que digo. No te vayas.

Vuelvo a sentarme. Más por inercia y por no montar un numerito que por las ganas de estar allí con él.

—¿Qué ha pasado? Me gustaría saber qué cojones te he hecho ahora para que te comportes así conmigo, sin venir a cuento.

—No estoy bien. Llevo un tiempo que... no sé. No encuentro cómo explicarlo. Son... temas personales. Ya hablaremos cuando esté preparado.

—¿Pero ha ocurrido algo? ¿Tienes problemas en casa, o alguna enfermedad grave...? ¿Qué pasa?

—No, no, nada que ver. Aunque no quiero hablar de ello. En realidad quería verte porque necesito desconectar de mí mismo. Me cuesta últimamente. La otra tarde, tras encontrarnos después de tanto tiempo, sentí esa sensación antigua de paz, de cuando todo parecía simple y mi única preocupación era si estarías arriba o si aparecerías más tarde o si no te vería

ese día.

Me siento incómoda de pronto. No estoy acostumbrada a este Darío tan directo en ese aspecto. He sido yo quien le ha preguntado, lo sé, pero en realidad solo esperaba escucharle hablar sobre el otro asunto, el que creía que venía a tratar conmigo. Decido sacarlo de nuevo.

—¿Cómo ves a Roberto? —me arranco, cuando el camarero coloca dos tazas de café hirviendo en nuestra mesa.

—No le he visto aún.

—Me refiero a lo suyo.

—Él solito se lo ha ido buscando —es su escueta respuesta. Ni siquiera me mira. No parece que quiera hablar sobre el tema. Abre sus dos acostumbrados azucarillos y los vierte al completo en la minúscula taza. Imagino que habrá quedado a la mitad y que le va a costar lo suyo disolverlos.

—Ya, pero las niñas no tienen la culpa, y ella las utiliza.

—Tranquila, he hablado con Raquel y solo juega sus cartas.

—¿Quieres decir que te has posicionado en su bando? ¡Él es tu hermano!

—¡Y también un capullo!

—Pero aun así sigue siéndolo, y ellas tus sobrinas. Nadie está obligado a querer a nadie de por vida. El amor se acaba.

—No me puedo creer lo que estás diciendo... Para empezar, no tienes ni puñetera idea de la relación que tienen. Es su juego y ella participa. ¿Crees que es la primera vez? La quiere a rabiar, solo que es un cabrón egoísta que necesita esa adrenalina de ver peligrar su futuro y después recuperarlo con todas sus fuerzas. Se aburre. ¡Cuándo te vas a dar cuenta!

Levanta un poco la voz en la última frase y me mira con furia. ¿Quién coño es este tío?

—De lo que sí me doy cuenta es de que tú has recuperado tu papel de superhéroe —le recrimino a la defensiva—. ¿Existen dobles intenciones también con ella?

—Eso es un golpe muy bajo, Clara.

—Te lo venías buscando —respondo, en un tono más conciliador pero no por ello menos cargado de rabia—. En cualquier caso, deberías apoyarle incondicionalmente.

—¡Ni de coña! Le quiero, claro que sí. Sin embargo, jamás apoyaré sus idas de olla. Tú deberías hacer lo mismo.

—Y tú no deberías decirme lo que tengo o no que hacer.

Intento tomarme el café de un trago para poder marcharme cuanto antes, pero lo han calentado en las calderas del infierno.

—Lo digo por tu bien. Vas a terminar pringada hasta las cejas. Ya te acordarás de mí.

—No hay quién te entienda, la verdad. Parece que hayas venido solo a fastidiarme. ¿No buscabas una sesión de paz? En fin... debo marcharme a trabajar. —Me levanto del asiento—. Los escritores tenéis demasiado tiempo libre para mi gusto.

—¿Podemos quedar otro día? No me gusta la sensación que me ha dejado este encuentro.

—Claro. Pásate por casa cuando quieras y de paso ves al capullo de tu hermano —le suelto, con una sonrisa un tanto irónica.

—¿Acaso crees que eso sería un impedimento?

No tenía intención de hablarle sobre la visita de Darío, pero mientras preparamos la cena saco a relucir que le he visto. No pretendo entrar en detalles. Solo menciono el cambio en su comportamiento y el hecho de que me parezca tan ajeno a quien recordaba como mi mejor amigo.

—No te preocupes. Ya se le pasará. Está atravesando un mal momento.

—Pero ¿qué exactamente? No ha querido decírmelo.

—Son cosas tuyas, Clara. Ahí no puedo meterme.

—¿Y él sí puede meterse en lo tuyo?

Al final me ha salido sin pensar, por el cabreo.

—Sabía que habíais hablado de lo mío. Te lo he notado. Mientes fatal.

—¿Cómo haces para darle así la vuelta a la tortilla? —Me centro en sus dotes culinarias para evitar el tema, después de haber metido la pata—. Lo intenté una vez con una tortilla francesa y la mitad aterrizó en el fuego y acabó achicharrada.

—Es cuestión de práctica y de pillarle el truco. Adelantas así un poco la sartén, lanzas y luego hacia atrás.

—Repítelo.

—No, a ver si se me va a caer esta vez, por presumir, y nos quedamos sin

cena.

—Pues no estaría mal... Desde que vives aquí toda la ropa me queda ajustada. ¿Me estás cebando para conseguir más espacio en mi armario?

—No, en realidad lo hago porque se te están poniendo unas... ¡Vale, vale, me callo! No me mires con esa cara de furia.

—Raquel y Darío se llevan muy bien, ¿no? —se me ocurre preguntar mientras pongo la mesa—. ¿Se conocían de antes o fue a raíz de tu matrimonio?

—Clarita, Clarita... No se te estará pasando por la cabeza lo que creo, ¿verdad?

—No, no, para nada.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Venga, dime cómo se conocieron.

—Los presenté cuando empezamos a salir.

—¿Y se hicieron amigos?

—Si la pregunta que realmente quieres hacer es si son tan amigos como lo fuisteis vosotros, la respuesta es no.

Me alegro mentalmente, y lo disimulo cortando rebanadas de pan sin mirarle a la cara. Creo que esperaba alguna reacción por mi parte. No se la doy.

—Aunque dada la poca relación o ninguna que dices haber tenido en todos estos años —continúa—, diría que ella encabeza la posición ahora. Lo cierto es que hablan mucho.

Me sienta tan mal esa última frase que tengo que morderme la lengua para no preguntarle si alguna vez han subido a mi azotea. Me odio porque me afecte esa chorrada, pero me duele pensar que haya podido compartir ese lugar con alguien ajeno a nosotros. Era lo único verdaderamente nuestro. Ahora ya nada. Se esfumó. Justo lo que jamás pensé que perderíamos, aunque pasaran años sin hablarnos. Nunca imaginé que encontraría ese vínculo con otra. Noto que se me acumula un charco de lágrimas en los ojos y salgo disparada al baño antes de que el cocinero se dé cuenta. No entiendo por qué me siento tan triste, si esta mañana ni siquiera estaba a gusto con él en la cafetería. Quizás es precisamente eso lo que me hace dudar así, el haberle notado tan arisco. Seguro que a ella sí le ha confesado lo que le ocurre. ¿Será por ella que está tan cabreado con su hermano? No puede ser posible que la historia se repita, y matemáticamente improbable, si es que eso puede aplicarse a esa ciencia tan

exacta. Intento reconfortarme pensando en que acabo de hacer una montaña de un grano de arena. No tiene ningún sentido lo que estoy elucubrando. Además, no tengo razones para preocuparme ni para que me importe. Mi vida ya es otra. Es esta, y me gusta tal y como es. Me da igual lo que haga con la suya. O al menos, debe darme igual.

Vuelvo a los pocos minutos al salón, extendiéndome una crema hidratante en la cara para disimular un poco mi aspecto.

—¿Qué pasaba que has salido despavorida?

—Se me había metido una pestaña en el ojo y me escocía un huevo. Se me han puesto hasta rojos. Mira.

—¿Los dos?

—Sí, qué pasa.

—Nada, mujer. No te pongas a la defensiva.

Me zampo un cuarto de tortilla en un abrir y cerrar de ojos. Él casi ni ha empezado. Le ha salido gordísima y exquisita. El día que se vaya voy a echar de menos sus cenas. Durante su baja ni siquiera tuve que tirar de las provisiones congeladas. Me preparaba el menú a diario. Como pareja fue un completo desastre, pero de compañero de piso no tiene precio.

—Me vas a contar lo que has hablado con mi hermano o qué.

—En realidad no me ha dicho gran cosa. Solo que no le parecía bien que te alojara en casa.

—Ya, eso también me lo ha soltado a mí.

—¿Habéis hablado?

—Discutido, más bien.

—¿Y?

Me pongo a pinchar ensalada como si no hubiera un mañana. No quiero meterme más hidratos entre pecho y espalda.

—Lo de siempre, más de lo mismo. Don perfecto dando lecciones de vida. Nada nuevo.

—¿Qué opinó sobre que estés aquí?

—Le molesta que te haya pringado en mis jaleos.

—Bueno, también ella le ha empapado bien a él con lo suyo, ¿no? En eso al menos estáis empatados.

—¡Exacto!

Estoy comprobando que soy una bruja maquiavélica por posicionarme en

contra de una mujer que perfectamente podría ser yo misma. Es más, en su día lo fui. ¿En qué momento me convertí en esta rastrera sin escrúpulos? Por muy inocente que ahora me parezca Roberto, bien sea porque me ha engatusado con sus encantos culinarios o por el cariño que le guardo, es culpable de engañarla vilmente.

Cojo otro trozo de tortilla y lo pongo en mi plato. ¡A la mierda la puta dieta!

—¿Otra vez vas a repetir? Luego no me culpes por apoderarme de tu armario.

—Tienes dos opciones: o dejas de preparar estas cenas o te buscas otra compañera de piso —le digo muy seria—. Es más, deberías ir pensando en largarte de una puñetera vez.

—Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado ahora?

—Es que, no sé... Creo que en el fondo eres un capullo que me está haciendo creer otra cosa.

—¿A qué te refieres?

—A que me estás pareciendo demasiado... demasiado perfecto para creerte. ¡Que me siento embaucada y estoy defendiendo lo indefendible, joder!

Me sale de golpe toda la rabia acumulada. Tal vez me siento mal porque he volcado en Raquel mi frustración con Darío, y en realidad no es que esté a favor de Roberto, sino en contra de ella. ¿Se puede ser más patética?

—¿Embaucada por qué? No te he mentado en ningún caso. Tan solo necesitaba un sitio a donde ir hasta que se resuelvan las cosas. No te he pedido más, ni siquiera que me defiendas. ¿Qué no te crees de mí?

—No sé... Eres diferente a como te recordaba. Puede que sea un papel que estás interpretando para que confíe en ti.

—No necesito que confíes en mí, Clara. No tengo que demostrarte nada. Mi único objetivo es volver a casa. Por mucho que bromeo contigo y que parezca en ocasiones que flirteo o cualquier cosa que se te esté pasando por la cabeza. Es solo eso, una forma de evadirme de mis problemas. El tiempo que pasamos aquí hablando de naderías, en su mayor parte, es el único que consigo mantener la mente en blanco. Me cuesta pegar ojo por las noches. Hasta te escucho cuando relatas en sueños.

—¿Que relato en sueños?

—Sí, y te pregunto cosas, pero te das la vuelta o respondes cualquier incoherencia que no pillo.

—Dime que no hablas en serio. ¿Te metes en mi habitación por las noches?

—No, me lo acabo de inventar. De alguna forma teníamos que salir de esa conversación a la que me has conducido.

Darío: No soy un número más

No habían sido imaginaciones mías lo de reconocer su perfume en el ascensor. Allí estaba, acurrucada en la escalera, con la capucha del abrigo puesta para ocultar la pintura de ojos que le corría hasta las mejillas. Inmóvil y silenciosa, hasta que me dirigí a ella. Me costó entender sus palabras en un primer momento, dichas en susurros para no alertar a los vecinos. Balbuceaba y temblaba. Se mostraba tan herida y parecía tan frágil que me negué a dejarla allí a su suerte. Decidí que Roberto no se merecía verla en aquel estado. Ni ella que la viera. Si alguna vez tuve esperanzas de que sintiera algo por mí, en ese momento cayeron todas en picado. Le odié cuando la vi tan desconsolada, añorándole. Me odié por ser el que consuela y no el que provocaba ese sentimiento. Y a ella un poco también, por estar tan ciega, por caer en su chapucera tela de araña, por quererle.

Aunque reconozco que, tras el incidente, hubo un gratificante punto de inflexión entre nosotros. Me pidió una copia de la llave. Nos reuníamos allí cuando nos apetecía hablar y echarnos un cigarro. Cambió completamente de actitud y la vi disfrutar con su nueva visión de la ruptura. Decidió jugar a su juego. O al mío, ya que fui quien la alentó a ello. Él, por su parte, encontró la perfecta horma que buscaba. Le costó muchísimo recuperarla. Más de lo que imaginó de un principio. Ella utilizó aquel intervalo para buscar un candidato con el que resarcirse. Hubiera sido muy fácil para mí jugar aquella partida, pero me negué a hacerlo. Mi orgullo no me lo permitió. Aunque reconozco que hubo una ocasión en la que a punto estuvo de ganarme el pulso.

Ni siquiera habíamos quedado. Decidí subir a fumar y de paso terminar el último capítulo de un libro que me había mantenido tres días alejado de los apuntes. Me la encontré tomando el sol. Era una tarde de finales de mayo y estaba tumbada sobre una esterilla, con unas gafas oscuras, las sandalias colocadas a un lado y llevaba un vestido de tirantes remangado hasta casi el final de los muslos.

—¿Qué haces aquí? ¡Vaya susto! —Se colocó el bajo a la altura de las rodillas en cuanto me vio asomar por la puerta—. No sabía que ibas a venir.

—Ya, ni yo. —Le ofrecí un cigarro y negó con la cabeza—. He venido a rematarlo. —Le mostré la portada del libro que llevaba y me senté junto a su esterilla, apoyado de espaldas contra la pared—. Tienes que leerlo, está genial.

Se incorporó para beber un trago de la botella de agua que tenía al lado.

—Pues venga, termínalo ya y me lo llevo.

Volvió a tumbarse, con la cabeza girada hacia la pared para evitar la luz directa del sol en los ojos. Desde aquel ángulo donde me encontraba sentado, justo a la cabecera de la esterilla, podía observarla sin que se percatara. Ahora no se había remangado el vestido, pero al subir las rodillas, por la propia inclinación de sus muslos, volvió a bajarse, y las vistas no me dejaban concentrarme en la lectura. Comenzaba una y otra vez el mismo párrafo, sin retener ni una sola palabra. No sé si a propósito o inconscientemente, comenzó a balancear las piernas, lentamente, de un lado a otro. Era un recorrido de apenas dos o tres centímetros que me estaba volviendo loco. En cada contoneo, el vestido amenazaba con bajar un poco más, y ya solo podía concentrarme en imaginar el límite de aquella caída.

—¡Así no lo vas a terminar en la vida! —soltó de pronto, asomada por encima de las gafas que deslizó para observarme—. ¿Quieres dejar de mirarme las piernas y seguir a lo tuyo? —agregó riendo.

No me hizo sentir incómodo. Tras el episodio en la escalera, el hecho de haberla visto con sus inseguridades al aire y mostrándose tan vulnerable elevó mi confianza.

Al ratito se incorporó y se sentó junto a mí. Me quitó lo que quedaba del cigarro y se lo llevó a la boca. Era muy típico suyo lo de no encenderse uno y terminarse los míos. Con cualquiera me habría molestado. En ella me gustaba aquel gesto. Tuve que hacer acopio de voluntad para no tumbarla de nuevo sobre la esterilla y arrancarle el vestido de cuajo. Estaba convencido de que no habría opuesto resistencia. Pero no era así como la quería. Ella buscaba igualar el marcador con Roberto y yo no iba a permitir ser uno de aquellos números.

—¿Y qué es de Claudia? Hace siglos que no la veo.

Me quedé un poco embelesado viendo cómo exhalaba el humo. Solía hacerlo con mucha parsimonia.

—Exámenes, ya sabes lo que es eso.

—¿Seguís juntos entonces?

Me hacía las preguntas sin mirarme.

—Claro, ¿por qué piensas lo contrario?

—No, era solo por curiosidad.

—Toma, ya lo he terminado. —Se lo pasé y comenzó a hojearlo.

—¿Qué tal el final?

—Si te lo digo, ¿qué gracia tiene?

—Me refiero a si te ha dejado buen sabor o te ha decepcionado.

—Es algo previsible, pero en realidad era el que necesitaba la novela.

—¿Qué se sentirá al escribir un libro? Que rule en las manos de miles de personas desconocidas y con la libertad de juzgar lo que has creado. ¿Lo imaginas?

—Es el riesgo que hay que correr al exponerse al público. Aunque con no leer las críticas, quedan a salvo.

—¿Y quién no iba a querer conocer la opinión de sus lectores? Vale que será un trabajo como cualquier otro para conseguir dinero a cambio, pero es igual que ser actor o cantante o yo qué sé, querrán tener su público. Si no, se harían abogados o médicos o recolectores de fruta.

—O simplemente disfrutan contando historias. Es muy gratificante plantar en un papel tus pensamientos. ¿Nunca lo has probado?

—¿Tú lo haces? No me irás a decir que eres uno de esos raritos que tienen un diario.

Apagó la colilla en el tiesto del rincón y se quitó las gafas. Se había quemado un poco los mofletes.

—A ti te lo voy a contar.

—¡Tienes un diario! —afirmó, un tanto burlona.

—Piensa lo que quieras.

Lo tenía. Aunque en realidad no hablaba en él sobre mi vida. Era más bien un cuaderno donde volcaba ideas y chorradas que se me ocurrían. Mi primera historia ficticia trataba de un pez volador. La escribí cuando a mi hermana se le murió su pez cometa amarillo. Se lo encontró flotando y mi madre hizo ver que lo revivía agitándolo desde la cola: «¡Trae un vaso de agua, Patricia! Le voy a poner una aspirina dentro y ya verás que en dos minutos está nadando». Cuando la niña apareció con el agua, mi madre ya se había deshecho del cadáver. Aseguró que se puso a mover sus aletas como un

descosido y le resultó imposible retener su vuelo. Esa noche le di vueltas a la idea de los posibles lugares que habría visitado el pez, cómo habrían reaccionado los pájaros al verlo planear en su bandada y si para dormir utilizaría las fuentes de la ciudad. Ese era el único cuento que había compartido con alguien. Lo hice porque a Patricia le afectó que se deshicieran de la pecera y no quisieran comprarle más peces. Fue la última mascota que entró en nuestra casa. No querían que sufriera de nuevo otra pérdida.

—No lo niegues. Si hasta te pega tenerlo.

—¿Por?

—Eres del tipo intenso. Hablas poco, piensas mucho... Carne de diario.

—¿Has cotilleado mi mesa?

—Estaba buscando un marcador fluorescente. Tu hermano es un desastre con sus cosas y en los cajones de tu habitación se encuentra de todo —afirmó riendo.

—A mí no me hace ni puñetera gracia.

—¡No te enfades, anda! Si solo hojeé unas cuantas paginillas de nada, así por encima, y fue hace mil años.

Me dejó más tranquilo escuchar esto último. No hacía tanto que había escrito una historia inspirada en cuando nos conocimos y salían juntos, usando el incidente donde me confundió con Rober, pero bastante más exagerado y subido de tono. Aunque juraría que la había destruido. Así como otras tantas.

—¿Has iniciado este tema para averiguar si continuo escribiéndolo?

—No. Pero ¿lo haces?

—No es un diario exactamente. La mayoría es ficción. Son relatos.

—¿Y puedo leer alguno?

—No. Escribo solo para mí.

—¿Y qué gracia tiene eso?

—¿Qué gracia tiene lo otro?

—Pues conocer mi opinión, por ejemplo.

—No me importa tu opinión.

—¡Qué arrogante eres!

Se levantó y se colocó frente a la barandilla, dándome la espalda. El viento mecía el vuelo de su vestido.

—No es eso, es que... no me gusta mostrar lo que pienso.

—Hablar ya es mostrar lo que piensas —respondió. Seguía sin mirarme.

—No es igual. Cuando escribo lo hago para mí mismo. Es más personal,

más íntimo. Al hablar puedo medir lo que digo.

—¿Quieres decir que cuando hablamos te pones filtros? —Se giró desafiante.

—¿Por qué le das la vuelta a mis palabras? No es lo que he dicho.

—Pero es el significado de lo que has intentado decir. En el fondo eres un rajado.

—Opina lo que quieras, pero no vas a conseguir que te pase lo que escribo. No soy mi hermano. No caigo en las provocaciones tan fácilmente.

—Rajado y aburrido.

—¿Y entonces por qué estás aquí?

—Para tomar el sol. Eres tú quien ha venido a incordiar.

Se tumbó en la esterilla de nuevo y ocultó su mirada con las gafas. Estaba esperando a que me rindiera, haciéndose la ofendida y así quedar encima. No se lo iba a permitir.

—Bueno, hasta otra. No te achicharres.

Nadie sabía de nuestro refugio. En el piso de arriba vivía una señora mayor que oía lo justo y salía poco. La que a veces miraba con recelo si nos la cruzábamos era su asistenta. Pero nunca nos delató, o al menos jamás tuvimos noticias de ninguna queja.

Quien sí me preguntaba mucho por Clara era Roberto. No tenía ni idea de lo que se cocía arriba. Fingía no haberla visto, aunque acabara de estar con ella. Pero nunca le oculté que hablábamos y que todo fluía como siempre entre nosotros. Tampoco me dejé convencer para mediar entre ellos. Mi consejo fue que le diera un respiro, que ya se arreglarían las cosas si es que tenían que arreglarse. Esa última frase le hizo explotar.

—No irás ahora a por ella, ¿no? Aprovechando que está disponible.

—Si quisiera, lo habría estado ya, con o sin ti.

Reconozco que no fue una de mis mejores frases, y que no nos dejaba a ninguno en un buen lugar. Pero a veces me salía mi vena canalla.

—No creo que elija quedarse con el segundón, pudiendo tener al original.

—No puedes ser más patético, tío. —Decidí quitarme de en medio para no arrepentirme de soltarle cualquier barbaridad.

En mi fuero interno esperaba que se olvidara de él. Y él de ella, para qué me voy a engañar. Incluso todos los que habían convivido con esa relación. Que al decir Clara, nadie pensara en Roberto, y viceversa. Poner el contador a

cero. Despojarme del papel secundario que me había tocado interpretar en esta historia. Sentirme aquí como cuando subía las escaleras y giraba la llave.

A mi compañero de piso no le ha hecho mucha gracia que invite a Darío a casa, le acusa de encontrarse en el bando enemigo. Aunque intuyo que oculta otro motivo. Cuando los veo así, picados entre ellos, parece que el tiempo no ha pasado y que siguen en mi vida aquellos dos críos que se colaron un día y le dieron la vuelta. En aquellos tiempos en los que las relaciones eran sencillas, porque aún no había bodas ni nacimientos ni horarios de trabajo ni otras obligaciones de por medio; aunque tampoco nos dábamos cuenta de lo efímeros que pueden llegar a ser los momentos compartidos. Pensábamos que nada podía cambiar entre nosotros y que si lo hacía el entorno: «Bah, qué más da, si siempre seré igual. Si hoy pienso lo mismo que ayer, ¿cómo no voy a querer lo mismo mañana?». Ignorábamos que entre ese «bah» y ese «mañana» pasaría un tren que se llevaría todas nuestras expectativas y promesas por delante.

A las dos y media aparece por la puerta. Trae una botella de vino y unas flores. Un gesto muy europeo que habrá adoptado a raíz de sus vivencias en el extranjero. Le agradezco el detalle y me acerco a la estantería del salón para coger una especie de jarrón de diseño en el que no caben ni la mitad de las flores. Termino poniendo el ramo completo en la jarra del agua.

Su hermano está tras la encimera de la cocina, espolvoreando parmesano en la lasaña que ha estado preparando toda la mañana. Noto que Darío se siente incómodo, no sabe realmente dónde colocarse ni qué decir. El saludo entre ellos ha sido frío y escueto. Apenas han cruzado dos frases. Le ofrezco una cerveza y se la doy. Me siento a su lado en otra de las sillas altas, frente a la mesa donde faena el cocinero, y vienen a mi mente las imágenes de la tarde que estuvo aquí, tras empaparnos con la lluvia. Un momento de complicidad que contrasta con el Darío que encontré más tarde, o con el que tengo ahora mismo delante. Silencioso y cohibido. Me pregunto qué pasará por su cabeza.

Lo que me genera más dudas es por qué habrá venido. He intentado indagar y sonsacarle a Roberto sobre su situación con Belén, y no ha querido informarme. Se empeña en que no es asunto suyo ni mío. Pero no me cuadra

que un domingo en el que a mí me ha costado la misma vida escaquearme de mi habitual comida familiar, él lo haya tenido tan fácil que incluso lo decidió sobre la marcha en una llamada de anoche. En el fondo me fastidia pensar que pueda estar aquí porque las cosas le van mal en su matrimonio. Es algo que detesto. Hace que me sienta una perdedora. Una segunda opción a la que recurrir cuando la principal ha fracasado. Si es lo que pretende es que no me conoce lo suficiente. Y eso sería una pena también.

Pregunta dónde está el baño y Roberto le indica que de las dos puertas que hay es la del fondo. Se queda un momento observándolas, extrañado, y su gemelo enseguida le aclara sus dudas telepáticas.

—Yo duermo ahí. —Le indica con un gesto de la mano hacia la argolla que tiene a su espalda—. Es una cama abatible.

—¡Eh, que no he preguntado nada! —se excusa. Pero se le ve conforme con la respuesta.

Media hora después, el cocinillas saca del horno la lasaña y nos sentamos a la mesa. Apenas ha fluido la conversación. O no, al menos, del modo que esperaba. En mi mente era un encuentro amistoso y familiar donde brillaría el humor y las risas de antes. Sin embargo, esto parece una reunión de negocios en la que el cliente es un hueso duro de roer y los que tratan de venderle la moto son dos becarios en su periodo de prueba.

—Ah, por cierto, ya terminé tu libro —me animo a decir, para romper el silencio.

—Me alegro —es su escueta respuesta. No sé si está picado porque no me lo leí en cuanto me lo envió. Aunque en realidad fue así. Está sentado enfrente, concentrado en soplar el trozo que quiere llevarse a la boca.

—Para mi sorpresa, me ha gustado —sigo intentándolo.

—Contaba con ello —responde, en la misma línea escueta. Ojalá se queme la lengua y le dure la escocedura hasta mañana.

Roberto como si no estuviera. Lo tengo a mi derecha y veo que se ha puesto a cotillear el móvil.

—¿Estás metido en otra historia? —continúo insistiendo. Me está poniendo nerviosa el mutismo afilado.

—Siempre estoy metido en otra.

Al final me doy por vencida y dedico mi atención a picotear y desplazar el contenido de mi plato de un lado a otro. Se me han revuelto las tripas, y no

solo en plan metafórico. Últimamente, pocas cosas de las que como me sientan bien. Miro a Roberto y le suelto una patada por debajo de la mesa, para que suelte el móvil y entable conversación con nosotros.

—¿Y eso?

Pero se la he dado a Darío.

—Perdona, se me ha escapado el pie.

Roberto suelta al fin el teléfono sobre el mantel y observa mi plato.

—¿No te gusta mi lasaña?

—No es eso, es que no tengo hambre.

Se pone a comer concentrado en sus pensamientos. Ahora mismo los encuentro más clavados que nunca.

—¿No pensáis decir nada? —pregunto molesta.

—¿A qué te refieres? —suelta Roberto. Le noto irritado.

—No sé. ¿Qué pasa con vosotros? ¿Estáis enfadados por algo?

—No es asunto tuyo —espeta, visiblemente ofendido—. No trates de obligarnos a ser lo que no somos. La familia feliz y perfecta es la tuya, no vengas a imponer cordialidad en la nuestra, ¿vale? No lo necesitamos.

Me quedo petrificada con este Roberto que parece salido del túnel del tiempo. Es exactamente el que conocía.

—Lo siento, no tenía que haber aceptado la invitación —agrega Darío. Deja la servilleta junto a su plato y se levanta para marcharse.

—No, tranquilo. Aquí el único que sobra soy yo —alega el otro, y se larga con viento fresco y un portazo.

—¿A qué ha venido esto? —le pregunto al que queda.

—Tranquila. No tiene nada que ver contigo. No te preocupes, son cosas nuestras.

—Estoy un poco hasta las narices de las cosas vuestras.

—Joder, sabía que esto iba a pasar. Debiste aceptar mi propuesta de comer fuera solos.

—¿Por qué estás aquí, Darío? Es algo que me llevo preguntando desde que llamaste.

—¿Necesitas una razón? ¿No te sirve que me apetezca verte y hablar contigo?

Me levanto a recoger la mesa y me acompaña.

—Sí, me sirve. Pero es raro.

—¿Raro por qué?

—No sé... Desapareces durante años y luego llegas como si tal cosa.

—¿Y? Tampoco es la primera vez.

—Ya, pero antes era diferente.

—¿Diferente en qué?

—En que... éramos amigos y unos críos también. Ahora es distinto, cada uno está a sus cosas... a su vida. No tiene nada que ver.

—Yo no lo veo así.

—Pues lo es. ¿Te apetece un café?

—Solo si no lo usas como excusa para cambiar de tema. ¿Qué hay de diferente ahora?

Pongo la cafetera en marcha y dejo las tazas sobre la encimera. Se acerca y ocupa una de las sillas altas que dan a la cocina.

—Todo es distinto —respondo—. Para empezar, hemos vuelto a hablarnos únicamente porque nos encontramos de casualidad en el barrio hace unas cuantas semanas. No he recibido una llamada, un mensaje, ni nada en todos estos años, y eso me da una ligera idea de la amistad que nos une, ¿sabes?

—¿Por qué no has llamado o escrito tú? Te recuerdo que no fui yo quien cambió de teléfono.

—Tampoco mi número es un secreto de estado. Podrías haberlo conseguido por ahí si hubieras querido tenerlo.

—¿Y no te has parado a pensar que quizás creí que pasabas de dármelo? La gente que lo cambia suele dar el nuevo a quienes le importan. Los demás quedan colgados en el olvido.

—Pues no, no lo pensé. De todos modos tampoco es que nos llamáramos mucho antes.

Mientras tomamos el café, se establece entre nosotros una situación de esas incómodas en las que no sabes cómo salir de un tema escurridizo para entrar en otro que te levante del suelo tras el resbalón. Él consigue solucionarlo cogiendo el móvil y tecleando un mensaje. A mí no se me ocurre otra idea que remover el contenido de mi taza. Aunque en realidad no necesito mezclar nada, lo estoy tomando sin leche ni azúcar, a palo seco.

Cuando lo llevamos por la mitad, y hemos conseguido cruzar más de tres frases seguidas, aparece de nuevo Roberto. Trae una caja de media docena de donuts. Quizás Darío le estaba escribiendo a él antes.

—Perdóname, ¿vale? Me he pasado un huevo. —Se acerca por detrás y me da un beso en la mejilla.

Acepto sus disculpas y agarro uno de los bollos, relleno de crema con avellanas. Me como dos del tirón.

—Mira la que no tenía hambre... Menos mal que seguías una dieta estricta —suelta Roberto riendo, y me roba el tercero que iba a coger justo antes de que mi mano llegue a alcanzarlo—. Me sacrificaré por tu armario —agrega con un guiño y comienza a zampárselo. Pura venganza por mi vacío a su lasaña.

No es que hayan resuelto sus diferencias, porque hablar no han hablado de nada importante. Pero al menos la tensión se ha soltado un poco. Roberto nos informa de que ha convencido a Raquel para ver a las niñas en un rato y se despide contento. A lo mejor eso ha sido lo que realmente le ha hecho recapacitar y volver de tan buen talante. Me alegro mucho por él. Ojalá vuelva con la noticia de que viene a recoger sus maletas.

Tras marcharse mi compañero de piso, Darío se sienta en el sofá y me invita con un gesto de la mano a colocarme a su lado.

—Ven, tengo que contarte algo.

Espero que sea verdad. Los silencios de antes me han resultado agotadores.

Apaga el cigarrillo que su hermano se ha dejado a medias en el cenicero y lo retira a la otra punta de la mesa con aire despectivo, arrugando la nariz.

—¿Ya no fumas?

—No. Lo dejé hace varios años. Es un veneno.

—Yo, las navidades pasadas. De ahí mi obsesión por la dieta, cogí seis kilos de golpe.

Sonríe al escucharme, aunque no dice nada. Alguna idea le ronda, pero no la exterioriza. Roberto ya habría sacado unas cuantas ocurrencias con mis kilos de más y estaríamos partidos de risa con sus coñas.

—¿De qué te ríes? —pregunta. Ya podía exteriorizar él como yo lo hago, que ni me doy cuenta.

—No, de nada. Solo estaba pensando.

Me decido a preguntarle sobre lo que quiere hablarme, pero cuando voy a lanzar la pregunta noto que me mira de un modo distinto y familiar al mismo tiempo. Ese que me provoca un hormigueo en el estómago y me pone en alerta.

Me levanto como un resorte del sofá.

—Creo que... deberías marcharte. Tengo un montón de cosas que hacer y mañana trabajo y... —Trago saliva—. No quiero dar un paso del que luego tengamos que arrepentirnos —suelto del tirón y casi sin respirar. No puedo creer que me haya atrevido a decirlo en voz alta.

—Así que es eso lo que piensas —responde, y se levanta también—. Para ti todo se reduce a que crees que solo quiero acostarme contigo. No se te puede pasar por la cabeza que necesito contarte algo, que echo de menos nuestra amistad y la confianza, el apoyo, los consejos... y sí, puede que haya parte de lo otro, no me voy a engañar, pero odio que lo reduzcas a la nada de esa manera.

—No entiendo qué quieres decir con reducirlo a la nada.

—Es igual, Clara. Tienes razón. Debo marcharme.

Se aleja hacia la salida y quiero decirle que no se vaya, pero no encuentro ningún motivo lógico para ello. Se gira antes de abrir.

—Estoy cansado de que por no arrepentirnos de nada lo hayamos perdido todo.

Tras cerrarse la puerta, sus últimas palabras martillean mis oídos. Me siento estúpida por haberle dicho eso, y torpe por no ser capaz de recuperar la confianza. Me duele tanto vernos así, como retratos desenfocados de lo que fuimos. Resultaba más sencillo cuando habíamos perdido el contacto. Entonces podía imaginar que el vínculo seguía ahí, intacto, al igual que otras veces. No sé qué diferencia hay entre esta y las demás, se me ocurre que ha sido la temporada más larga sin hablarnos. O quizás es cierto que la edad no perdona. O no olvida. O ambas cosas. Me encantaría poder hacer clic y encontrarme en la azotea con veinte años menos. Estudiar bien los pasos antes de darlos para evitar los que nos llevarán a la situación actual.

A los quince minutos, recibo un mensaje en el que me dice que no le tenga en cuenta lo que ha dicho. No sé qué responderle, así que lo dejo sin contestar. Al cabo de un rato recibo su llamada.

—Lo siento, no quería irme así. Estoy pagando contigo mi estado de ánimo por algo que no te corresponde asumir.

—¿Y por qué no me hablas de ello? Aún sé escuchar.

—Por teléfono no quiero tratar el asunto. Mejor en otro momento, ¿vale?

—De acuerdo.

No contesta, aunque noto que no se decide a colgar tampoco.

—¿Qué hay entre vosotros?

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente, no te hagas la tonta conmigo.

—Joder, ya empezamos... ¿Tú también? ¿Te ha comido la oreja Raquel?

—No necesito que nadie me coma la oreja, pero tengo ojos.

—Mira, Darío, de verdad, no quiero esta conversación. Y me jode que pienses que soy capaz de meterme así en medio de una pareja. Tú y yo somos muy diferentes.

—¿A qué viene eso? —pregunta. Su voz se ha vuelto más áspera. Debería haberme ahorrado la última frase. Ha sido un golpe bajo, arrojado por la rabia.

—Olvidalo. Mejor vamos a colgar.

—Antes me gustaría saber a qué ha venido esa acusación.

—No te he acusado de nada. Te has dado por aludido, que no es lo mismo.

—Ah, claro, me he dado por aludido... ¿Qué tenemos ahora, quince años de nuevo? De verdad, siento haber llamado. Intentaba solucionar las cosas, pero veo que contigo es imposible.

—¿Que intentabas solucionar las cosas? —protesto, completamente incrédula—. ¿Soltándome si estoy liada con tu hermano? Lo de los quince irá por ti, ¿no? Y además, ¿qué coño tiene que ver eso con nuestra discusión de antes? ¿No era lo que pensabas arreglar?

—No me has...

Le corto enseguida.

—¿O es que te ha fastidiado mi reacción en casa y has pensado que el único motivo posible tenía que ser Roberto?

—¿Me vas a dejar explicarme?

—No, Darío. No sé qué narices te ocurre, pero a mí no me metas en tus movidas. Cuando necesites hablar, búscate a otra. Es obvio que esto venía con fecha de caducidad y que expiró en su día.

—Es increíble lo que has cambiado, Clara. Antes no reaccionabas así, por mucho que discutiésemos.

—Así es la vida. No eres el único que pasa por ella. Voy a colgar.

Lanzo el móvil sobre la mesa con mala uva y cae al suelo por el otro lado. ¡A tomar por culo! Pero ¿qué coño se ha creído? ¡Ya podía haberse

ahorrado la llamadita de los cojones! Una de dos, o está jodido por mi estampida o se ha vuelto gilipollas con los años. Me entran ganas de enviarle un mensaje y decirle: «Sí, estamos liados. Si te apetece mirar hay tres pases diarios». Suerte que se ha desprendido la tapa trasera del teléfono y entre que la coloco, introduzco la SIM y la contraseña de desbloqueo se me pasa la ventolera.

Roberto: Reconciliación

Reconozco que me la jugué con aquella salida, y también que no era mi intención hacerle daño. Solo buscaba pasar una noche de sábado a mi bola. Revivir la sensación de coquetear con otras tías. Ni siquiera llevaba la idea de acostarme con alguna. Simplemente surgió. Con veintitantos años uno no puede pensar que besará y se acostará con una única mujer durante el resto de su vida. Me daba vértigo plantearme tal cosa. Incluso lo veía antinatural. Nunca fui un romántico ni un nostálgico. Quizá por ello encajé tan bien en el mundillo de las nuevas tecnologías. Un universo cambiante, versátil, fugaz... o te subes a la nave o te quedas obsoleto. Era mi forma de ver la vida entonces. Ella lo sabía. Lo sabía y lo aceptaba. Formaba parte de lo que más le gustaba de mí. El vértigo que le producía mi variabilidad. El factor sorpresa. No veía justo que me juzgara por los mismos motivos por los que me eligió. Si quería otra versión diferente de mí, que se hubiera quedado con mi hermano.

Después de la reconciliación comenzó una de mis mejores etapas. Los estudios me iban de órdago, e incluso conseguí un contrato en una empresa de servicios informáticos en una entidad financiera para realizar unas prácticas. La relación se había asentado y nos planteábamos la posibilidad de independizarnos. Aunque los números no acompañaban a nuestras ganas e ilusiones. Tras terminar el tercer curso de Bellas Artes, Clara decidió que no quería seguir y se centró, con bastante entusiasmo, en el diseño de complementos de moda. Tenía puestos sus objetivos en sacar una línea propia. Conoció a un tal René en un curso de pedrería y fue amor laboral a primera vista. El tipo no era francés, usaba un pseudónimo de cara a su futuro en el mundo de las pasarelas y el papel cuché. Tuvo una gran influencia sobre ella. Le llenó la cabeza de pájaros y ganas, justo antes de emigrar a Francia en busca de su sueño. No se volvió a saber de él. Más tarde, con las pilas aún cargadas de la energía positiva de su amigo, se metió de cabeza en un proyecto *online* de venta de artículos diseñados por ella. No tuvo mucho éxito. Las

únicas transacciones que sacó adelante fueron las que se efectuaron en el barrio. Aunque Patricia le consiguió clientela fija en amigas del instituto que se desvivían por sus pulseras de hilo y pedrería multicolor. Hasta que se les pasó la fiebre de esa moda y la dejaron colgada con la mitad de la producción.

En cuanto a Darío, sacó sus estudios de psicología y se puso a trabajar de redactor de artículos en una revista automovilística. En casa nos quedamos desconcertados. En aquel momento no le pillábamos la lógica al asunto. Se le veía contento, a pesar de que el beneficio era prácticamente nulo. Así que tiró de currículum y le llamaron para un trabajo de recepcionista en la consulta de una psicóloga. Tuvo su ración de coñas por mi parte, y también Clara le dio lo suyo. Le llamábamos al principio fingiendo que éramos pacientes con preguntas absurdas y sacándole de sus casillas, hasta que nos pillaba porque no podíamos contener la risa. A ella se le daba de miedo cambiar su voz o fingir ser extranjera. Fue una buena época, los tres nos convertimos en una especie de equipo. Darío salía con unas y con otras, pero siempre andaba pululando entre nosotros. Tenía ganas de que encontrara alguna chica para salir en serio y que no se sintiera un cirio a nuestro lado. También por Clara. Notaba que a veces se sentía incómoda si me ponía a besuquearla en su presencia.

Sin embargo, el último no resultó un año de grandes cambios, aunque sí de principios. Fue el primero en que mis padres y sus respectivas familias se reunieron bajo un mismo techo durante la celebración de Nochevieja. Mi padre llevaba muchos años viviendo fuera del país, se trasladó a Chile al poco de divorciarse, por un contrato laboral como ingeniero en una constructora, y eran muy pocas las ocasiones que habíamos tenido de verle. Ese contrato lo empalmó con otro en Portugal, donde conoció a la que se convirtió en su segunda esposa, y allí residían desde entonces.

También coincidió con la fisura en la relación de los padres de Clara, que terminaron viviendo por separado. Aunque no se alejaron del todo, él se trasladó a su despacho, justo enfrente de casa. Prácticamente se encontraban a tres pasos el uno del otro. Aun así lo pasó mal. Estaba agobiada, pero no conseguí que se refugiara en mí. No fui consciente, hasta mucho más tarde, de que era Darío quien asumía aquel papel. Sin embargo, su refugio tenía los días contados, ya que le surgió la oportunidad de viajar a Escocia. Llegó a la conclusión de que le vendría bien un cambio de aires para aprender el idioma y decidir qué rumbo tomar en el terreno profesional. Se veía estancado y ya no

le satisfacía ni su último trabajo de orientador en un colegio, que tanto le entusiasmó al conseguirlo, ni lo que escribía para la revista. Había pasado de la temática automovilística al terreno de los artículos de alimentación y nutrición. Se quejaba de que le suponían más tiempo y esfuerzo que beneficios.

Yo, por mi parte, traté de centrarme en lo que mejor se me daba y apuré todas las horas extra posibles para trabajarlas. Buscaba un objetivo que compartía con Clara: la independencia. Sabía que si lográbamos largarnos de allí, toda su frustración familiar, laboral o del tipo que fuera, se evaporaría como el agua. Sin sospechar, siquiera, que aquel paso estaba abocado a ser el principio del fin.

Fue un viernes por la tarde de finales de septiembre, cuando me dio por patear las calles y visitar varias agencias de la zona en la que trabajaba, en busca de un estudio que se adaptara a las características que tantas veces habíamos discutido, hasta llegar al acuerdo de que cada uno tendría su parte imprescindible. La mía era una habitación extra para colocar mis equipos y poder llevarme algo de trabajo a casa. La suya, una terraza donde tomar el sol. Justo el requisito más complicado. La mayoría de pisos pequeños, por no decir todos, a duras penas tenían salida al exterior. Sin embargo, conseguí encontrarlo.

—¿Se puede saber dónde me llevas?

—Tranquila, ya estamos llegando.

Aparqué el coche a dos calles y continuamos el recorrido andando. Al llegar al portal, salía una señora con un carro de la compra y se nos quedó mirando fijamente cuando sujeté la puerta para facilitarle la salida.

—¿Quién vive aquí? —preguntó, ya subidos en el ascensor.

—Nosotros —respondí, mostrándole la llave.

—Pero ¿estás loco? —Su expresión reflejaba una mezcla de ilusión e incertidumbre—. ¿Cómo lo vamos a pagar? Yo gano una miseria.

Llevaba unos meses trabajando en una tienda de ropa extraña —para mi gusto—. Le permitían vender sus propios artículos, que fabricaba en casa, por un porcentaje de los beneficios. Cuanto más estafalarios eran los bolsos y los complementos que diseñaba, mejor se vendían en aquel antro del infierno — como yo lo llamaba, por su oscuridad y el aire tétrico de los motivos decorativos.

—Podremos. He negociado el alquiler y me lo han dejado tirado. A cambio voy a tener que llevarles la red de la empresa, pero es pequeña y no

va a quitarme tiempo de mi trabajo.

Le encantó la distribución y la idea de vivir allí. Se lo noté enseguida.

—¿Y de dónde sacaremos los muebles?

—Pues de aquí y de allá. En mi casa sobran cuatro sillas que mi madre tiene por si acaso surgen más invitados de la cuenta, y luego se queja de que están siempre estorbando. Lo de mi habitación: mesa de estudio, cama y estantería, me lo traigo. Así ella tendrá espacio para hacerse el cuarto de la plancha que dice que tendrá cuando alguno se vaya. Lo demás ya iremos viendo.

—¿Vamos a dormir en tu miniatura de cama?

—Pues te traes la tuya y las juntamos.

—Mi cama tiene cajones abajo y es más alta, ¿quieres dormir a dos alturas?

—No sé, Clara. Propongo soluciones y tú solo pones pegas.

—Es que no sé si a mi madre le hará mucha gracia que me largue de casa en estos momentos. Mi padre lleva una semana viviendo enfrente, y aún no lo tiene superado. Creo que será un golpe duro que justo ahora la deje sola. ¿Qué plazo te han dado para decidirlo?

—Ya he pagado el mes de fianza y la cuota del próximo. Pensaba hacer la mudanza a finales de este. Pero si no quieres, les digo que no. Tal vez consiga que me devuelvan lo que he dejado en depósito.

—Voy a consultarlo con ellos y te comento, ¿vale?

Consiguió lo que ni siquiera se había propuesto. Reunió a sus padres y hermano, que por aquel entonces acababa de casarse y disfrutaba de su propia luna de miel, alejado de los conflictos familiares, y puso sobre la mesa su proyecto de independencia. Ofreció los pros, reconoció los contras, y no dudó en solicitar ayuda con la idea de reunir lo que pudieran ofrecerle para completar el piso que tanta ilusión le hacía compartir conmigo. Ellos, más centrados en su situación que preocupados por la iniciativa de su hija, aceptaron sin objeciones su petición y decidieron ayudarla dentro de sus posibilidades; que fueron muchas. El «si tú le has dado esto, yo le voy a dar lo otro» se convirtió en un torneo digno de una olimpiada. Cuando el traslado terminó y el deseo competitivo de agrado perdió fuelle, solo les quedó el vacío de la distancia. La misma que no tardaron en saldar. Y el escaso rellano que separaba el despacho de él con la casa de ella fue el único testigo de aquel retorno, que durante algún tiempo ocultaron.

19

Es tan expresivo y sus ojos tienen esa capacidad tan desleal de desnudarle, que se lo noto nada más abrir la puerta. Viene jodido porque las niñas no han parado de preguntarle cuándo va a volver a casa. Afirma que Raquel está insoportable con él y que le ha dado mucha rabia cómo le ha tratado delante de sus hijas. No recuerdo haberlo visto tan encendido. Incluso afirma que la odia. Su estado de ánimo va pasando de la rabia a la euforia, según se va desahogando y se convence a sí mismo de la posibilidad de ser más feliz en una vida independiente. Dice que se ha dado cuenta de que no la necesita, que esta vez no es como las anteriores, que la gota ya se ha derramado por el vaso del todo y que yo tengo la culpa.

—¿Eres consciente de que últimamente consigues pringarme en todas las decisiones que tomas?

Se sienta a mi lado en el sofá y retiro las piernas para dejarle espacio.

—No, no me malinterpretes. Lo que quiero decir es que gracias a ti he descubierto que me aferraba a un camino que no termina de hacerme feliz. Tú eres el mejor ejemplo, mírate: No cuajaba tu relación, le diste carpetazo y a disfrutar de la vida.

—Oye, perdona, que tampoco fue un caminito de rosas, ¿eh? Me has encontrado en un momento de mi vida en el que aquello es agua pasada. Pero sufrí lo mío.

—Ya, vale, pero tú lo has dicho: se supera. ¿No superamos también lo nuestro? En mi matrimonio había una grieta, eso está claro. A ver, si no, por qué se cruzó Michelle en mi camino.

—¡Porque siempre estás abierto a ello!

—Pero no ocurre en los momentos felices.

Me muerdo la lengua para no sacar a relucir nuestra relación en el pasado.

—No sé, es tu vida, no te puedo aconsejar. Haz lo que creas conveniente, sobre todo para tus hijas.

—¿Ves? Ahí sí estamos de acuerdo.

—Me alegro.

Acerca el cenicero de la mesa y se enciende un cigarro.

—¿Por qué no te lo fumas en la ventana?

—Déjame echármelo aquí a gusto, anda.

Lo dice con una voz tan abatida, que termino cediendo. Creo que soy demasiado manipulable con este tipo.

—¿Qué tal con Darío?

—Se fue enseguida. ¡Está rarísimo! —le digo con fastidio.

—Siempre ha sido raro, ¿ahora te das cuenta?

—Pues sí. O a lo mejor tiene razón y he cambiado. Tal vez era rara antes y por eso congeniábamos tan bien.

—¿Te ha dicho que has cambiado? —se extraña, y en el fondo me alegra que lo haga. Reafirma que el distinto es el otro.

—Me ha preguntado si estamos liados.

—A mí también, cuando se enteró de mi traslado. En realidad todos lo piensan en casa.

—¡Joder... por qué te haría caso! Van a creer que habéis roto por mi culpa, como en la mía. ¿No les has dicho que salgo con un francés?

—¿Sales con el francés?

—¡No! Pero es mi coartada para que me dejen tranquila.

—A mí eso me da igual, que piensen lo que quieran. Aunque Darío sé por dónde va.

—¿A qué te refieres?

—Le jode.

—Pues no debería. Además, eligió su camino, ¿no?

—¿Qué hubo exactamente entre vosotros? Nunca lo he sabido del todo.

—Lo mismo que ahora, nada.

—A mí no me engañas, Clara, tengo ojos.

—Sí, los mismos que tu hermano, y para lo que os sirven... —Su frase, la misma que ha dicho Darío unas horas antes por teléfono, me provoca una sonrisa. Mira con cara de no saber lo que estoy diciendo—. A veces siento un *déjà vu* al hablar con vosotros. Tenéis la capacidad de soltar la misma frase, como si os la hubierais pasado por retransmisión telepática en diferido. No tienes ni idea de lo curioso que me ha parecido siempre estar con dos personas tan iguales.

—Sí, sobre todo cuando nos confundías y te dabas el lote con los dos.

—¡Qué buenos tiempos aquellos! —afirmo riendo.
—¿De verdad no podías distinguirnos o fingiste en algún momento?
—De todo hubo.
—No lo dirás en serio, ¿no?
—Pues entonces mejor no indagues.
—¿Me pusiste los cuernos con mi hermano? —pregunta riendo.
—Uf, esa es una palabra muy fea.
—¿Lo hiciste o no? —ahora lo hace medio en serio medio en broma.
—No quiero seguir con este diálogo que no nos va a llevar a ninguna parte, y con una discusión he tenido suficiente por hoy. Me voy a la cama.
—¿Tan pronto?
—Son las once, mañana es lunes... Tú también deberías acostarte y consultar tus movidas familiares con la almohada.
—Prefiero hacerlo contigo, eres más convincente.

Le ignoro por completo y, al levantarme, tira de mi brazo cuando intento sortear sus pies para dirigirme a mi habitación, al otro lado. Me hace caer sentada sobre sus rodillas. Se me corta la risa al notar que sube por mi cuello la otra mano que no tiene cogida mi muñeca y, deslizando su pulgar por mi garganta, me mira con intensidad, con unos ojos que se parecen tanto a los de Darío que tengo que repetirme cinco veces que debo escapar de esa trampa, que no es él. Trato de levantarme, pero sus labios son más rápidos y el movimiento lento de su lengua me incita a cerrar los párpados y dejarme llevar. Sé que voy a lamentarlo desde el primer momento en que coloca mis piernas alrededor suyo, aunque no se lo impido. Sigo centrada en su boca y en sus manos, que se mueven con agilidad y precisión por mi cuerpo. Me desnuda en dos segundos y medio. Es una sensación tan placentera sentirlo dentro de mí, tan lejana y a la vez conocida, tan brutal cuando pronuncia mi nombre y en realidad no me suena a él, que desconecto mi sentido de la razón y me dejo arrastrar por ese precipicio confuso del deseo.

Abro los ojos antes de que suene el despertador. Miro al otro lado de la cama y descubro con alivio que no hemos pasado la noche juntos, solo lo

había soñado. Lástima que no pueda decir lo mismo de lo que ocurrió en el sofá, una gran cagada por mi parte que encima es imposible achacarla al exceso de alcohol. Oigo el sonido de la ducha y corro hacia el vestidor a buscar la ropa que voy a ponerme. No debo olvidarme de ningún detalle, ha cogido la costumbre de vestirse directamente allí y no me apetece encontrármelo. Si consigo darme prisa, tengo quince minutos para prepararme un café y aprovechar su desayuno para darme yo la ducha. Con un poco de suerte, podremos solaparnos y evitar la incomodidad que me provoca la escena nocturna.

Todo sale bien hasta el momento en que decido salir del dormitorio, coger mi bolso del perchero y largarme, convencida de que como suele salir diez minutos antes, aunque no haya oído la puerta cerrarse, ya se habrá marchado.

—¿Pensabas darte a la fuga así sin más?

Está sentado en el mismo sitio donde lo dejé anoche. Aunque no en las mismas condiciones, claro.

—Pues... yo... tengo prisa. Esta tarde hablamos, ¿vale?

Avanzo hacia la salida, pero se levanta y bloquea mi paso.

—No quiero que lo ocurrido estropee las cosas entre nosotros. Si te incomoda o estás arrepentida de lo que pasó, por mi parte no tienes de qué preocuparte. ¿Entendido?

No me atrevo ni a mirarle a los ojos. Él levanta mi barbilla con suavidad y termino cediendo. Son tan convincentes, que no dudo en creerlo.

—Entendido.

Coge las llaves, que deja siempre en el mueble junto a la puerta y abre. Pulso el botón del ascensor y noto que me siento algo más relajada. Ha sido un acierto que haya decidido romper el hielo, es un paso que no habría dado por mi cuenta. Cuando llega y nos metemos dentro, aprovecha para dar su golpe de gracia.

—¡Fue bestial!

Le doy un codazo y se queja más de lo que le ha dolido.

—¿Qué pasa? ¡Tenía que decirlo! —admite riendo—. Me ha costado pegar ojo esta noche. Estuve a punto de colarme en tu cuarto y repetirlo.

—Creo que ha llegado el momento de que abandones mi casa —le suelto, medio de broma en el tono, pero lo pienso de verdad.

—¡Ni de coña!

—¡Roberto, lo digo en serio! No puede volver a repetirse. —Hemos llegado al garaje y me sigue hacia el coche—. ¿Se puede saber adónde vas? Tú aparcas en la calle.

—Lo sé. ¿Me acercas a buscarlo? Lo tuve que dejar a tomar por saco.

—Venga, sube —le indico, con resignación.

—¿Qué tiene de malo que se repita? —vuelve a la carga, mientras se ajusta el cinturón—. No tenemos que rendirle cuentas a nadie.

—Tú y yo no funcionamos juntos. Lo sabes perfectamente. Nos haríamos daño.

—Pero eso fue entonces, éramos unos críos. Ahora es diferente. Hemos madurado. Mejor dicho: yo he madurado.

—¿Tú? ¿Don Puseelaltavoz? ¿Don Semedescargóunafoto? ¿El rey del escarceo?

—¡Joder, Clara! No te aproveches de haber sido mi confidente. Además, contigo sería distinto.

—Lo que me faltaba por oír... —Me río con ganas—. Oye, ¿ese que acabamos de pasar al otro lado no era tu coche?

—Sí, déjame junto al paso de peatones. No hace falta que des la vuelta.

Lo detengo en doble fila, pero no veo que haga ningún movimiento ni intención de quitarse el cinturón ni de abrir la puerta.

—Siento todo el daño que te hice en su día, Clara. —No me mira al hablar, se ha concentrado en un punto indefinido tras el cristal—. Creo que nunca te lo he dicho.

—No fue para tanto —trato de restarle importancia porque en realidad para mí ya no la tiene—. Además, tampoco fui ninguna santa.

—Tú nunca me engañaste.

—Eso depende de cómo se mire. Hay muchas formas de engañar.

—¿A qué te refieres?

Creo que acabo de meterme en terreno pantanoso.

—A nada en concreto, no me hagas caso. Solo divagaba para que no te sintieras culpable. El pasado es solo pasado y, bueno, ahora estamos aquí, seguimos siendo amigos, que es lo importante. Lo otro mejor olvidarlo, ¿no te parece?

—Pero tal vez aquel no era nuestro momento. ¿No lo has pensado? ¿Y si esas señales de las que hablabas, cuando Raquel me descubrió, estaban dirigidas en realidad a nosotros? ¿Y si Michelle perdió su maleta para que

buscara tu tienda?

—Roberto, ¿tú qué has desayunado?

—¡Mira que puedes llegar a ser insensible!

Desengancha el cinturón con furia y sale del coche dando un portazo. Arranco y doy la vuelta al verle cruzar la calle. Avanzo a su lado y bajo la ventanilla.

—Venga, hombre, no te enfades. Es que te estabas poniendo demasiado intenso. ¿En serio estás planteándote algo así?

—No, tienes razón. Es una chorrada.

Noto que sigue arisco. No puedo creer que haya herido sus sentimientos. Desde luego, no es el Roberto que recordaba. Se mete en su coche y veo que arranca. Paro junto a él, obstaculizándole la salida, y le indico con un gesto de la mano que baje el cristal.

—Perdona si he sido un poco brusca. Esta noche seguimos hablando, ¿vale?

Me devuelve un gesto afirmativo con la cabeza como respuesta y sube la ventana. Le dejo vía libre y me largo al trabajo a toda pastilla. Llego otra vez tarde. Suerte que Rebeca es la puntualidad en persona y no nos deja quedar mal.

Clara: Segunda ruptura

Si tuviera que elegir una etapa entre aquellos años, no sé cuál escogería. Los veinticinco sin duda fueron los más movidos e intensos, pero no los más felices. Me tocó vivir la ruptura de mis padres, sobre todo la desesperación de él que se vio forzado a dejar su hogar, aunque solo tuviera que cruzar un tramo de apenas tres metros, ya que se instaló en el despacho con la cama abatible que después me agencié para mi casa. Era administrador de fincas y gestionaba también una correduría de seguros en el piso que tenía alquilado en la puerta de enfrente. En realidad nunca entendí qué les pasó. Solo que mi madre tuvo una crisis de identidad que pagó con él. Pasaron meses sin hablarse y durmiendo por separado. Él ocupó el cuarto de Matías —ahora vacío porque se había casado y vivía con Luci—. Cuando mi padre decidió trasladarse, porque ya no aguantaba la indiferencia de ella ni el aire que se respiraba en casa, todo dio un giro. Comenzaron a echarse de menos, a pesar de que ninguno terminaba de reconocerlo. Al final la experiencia quedó en una anécdota para el recuerdo. Y su relación, a partir de ahí, creció y se afianzó.

En mi caso, sin embargo, el intervalo de tiempo que duró nuestra ruptura fue confuso en cuanto a mis sentimientos. Le quería, de eso estaba convencida. Rabiaba cuando le encontraba sin esperarlo y le veía coqueteando con otras. Eso no podía significar otra cosa que amor en estado puro —pensaba yo—. Sin embargo, también sentía que Darío me importaba. Me gustaba que se preocupara por mí, que me buscara y le apeteciese subir conmigo a charlar sobre nada, pillarle mirándome a hurtadillas, que aprovechara cualquier excusa para rozarme o tocarme. Al principio dudaba de si lo hacía por descuido o si era a conciencia, pero no tardé en darme cuenta de que en el fondo eran pequeñas caricias intencionadas. Lo supe porque, al igual que yo notaba que me estremecía a su contacto, observé que se tensaba cuando por descuido —también intencionado— me apoyaba en su pierna o le rozaba la

mano al cogerle su cigarro. Me encantaba quitárselo. Lo recibía como si en realidad estuviera robándole un beso. Disfrutaba sintiéndome deseada. Quizás porque mi novio había herido profundamente mi orgullo al sustituirme aquella noche por otra. No me planteaba si estaba bien o mal lo que sentía, y tampoco era algo que pudiera solucionar por lamentarlo o evitarlo. En los sentimientos el cerebro está perdido. Aunque seguía teniendo claro que mi objetivo era Roberto, lo de Darío solo formaba parte de un juego extraño.

Decidí volver con él cerca de un año después de la ruptura. A su hermano creo que le sentó mal, aunque no lo dijo con palabras. Tal vez vio peligrar nuestra amistad y el tiempo que compartíamos arriba, cosa que ocurrió. Nuestros encuentros pasaron de casi diarios a ocasionales, y nos veíamos más en compañía que a solas. Excepto si coincidíamos a tirar la basura, que subíamos a fumarnos uno y se convertían en tres o cuatro. O cuando llegaba el buen tiempo y me transformaba en lagarto al sol, ahí sí nos reuníamos con relativa frecuencia.

Después hubo una fisura entre nosotros, por mi culpa. Sucedió una noche que salí con su hermano y un grupo de amigos, y la jornada concluyó con la primera borrachera de mi historia. No fue una de esas de desfase total, simplemente me encontraba desinhibida y jocosa. Volvimos a casa en taxi, ninguno de los dos estábamos en condiciones de conducir. Podemos dar gracias a que tuviéramos la suficiente lucidez para no hacerlo. Como seguíamos con ganas de juerga —aunque más bien de otro tipo—, tuve la ocurrencia de utilizar el sitio secreto y darle un nuevo uso a mi esterilla de la azotea, que luego ni me entretuve en buscar. No sé si dejamos alguna pista arriba o qué leches pasó. El caso es que Darío descubrió que nos lo habíamos montado allí y se pilló un cabreo colosal. Incluso me pidió mi copia de la llave.

—¿Se puede saber a qué viene tanto rebote? Ni que fuera un lugar sagrado que hemos mancillado —replicaba yo.

—Pues sí, más o menos.

Se revolvió malhumorado cuando intenté quitarle el cigarro que llevaba a la mitad.

—¡Enciéndete uno, este es mío!

—Mira, chaval, de verdad, no sé qué mosca te habrá picado. Pero no veo que sea para ponerse así. Estás tomándotelo a la tremenda.

—Sí, y si te molesta ya sabes dónde está la puerta.

—Vete tú. Esto no es de tu propiedad —solté, toda digna, cruzándome de brazos.

Decidió hacerme caso y se marchó. Aunque antes de cerrar, no dudó en darse la vuelta y lanzarme su llave con rabia.

—Toma. Toda tuya.

A partir de ahí, nuestra amistad cayó en picado. No entendí ese empeño suyo en sacar aquello de quicio. Cuando coincidíamos en su casa, trataba de evitarme. Aprovechaba para encerrarse en la habitación o se largaba. Lo hacía discretamente, y se le daba de lujo poner siempre una buena excusa. Nadie lo notaba, pero a mí me escocía su indiferencia. Ni me cruzaba la mirada. Más de una vez intenté acorralarle para tratar de arreglar las cosas, y las esquivó todas. Hasta deslicé en el cajón del escritorio su llave con una nota citándole a una hora determinada para hablarlo. No se presentó. Terminé aceptando que me había cargado lo que teníamos y, al final, dejé de insistir.

Una tarde de principios de verano, apareció sin más. Me pegué un buen susto. Ya me había acostumbrado a que ese lugar fuera solo mío y empecé a tomar el sol en bikini sin la parte de arriba.

—Pero ¿tú qué haces aquí? —Me puse la camiseta a toda prisa, roja como un tomate.

—¿A caso este sitio es tuyo? —preguntó, con una sonrisa burlona y encantado, seguro, de haberme pillado infraganti.

Ocupó su rincón habitual, a mi espalda, apoyado sobre la pared, y se encendió un cigarro.

—¿Quieres uno?

Le quité el suyo, como respuesta, y me acoplé a su lado. Sacó otro para él y, mientras expulsaba el humo, se fijó en mis piernas y me presionó en el muslo con el dedo índice. Al soltarlo quedó marcado un círculo blanco.

—Te has quemado. ¿Cuánto llevas aquí?

—Una hora o así.

—Deberías ponerte protección.

—Sí, mamá.

—Bueno, ¿y qué tal te va? Me he enterado de que trabajas en una tienda regentada por la familia Adams.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Roberto lo comentaba el otro día en la comida.

—Bueno, sí, tiene un punto siniestro. Pero me permite indagar por otros campos de la moda. No todo va a ser bordaditos y florecillas. Además, me dan libertad de exponer mi propia línea, siempre que procure ajustarla a su imagen corporativa.

—Que te vas a pasar al negro, ¿no?

—Y al granate, gris marengo, violeta... Hay toda una gama, no te creas. En fin, no están los trabajos para ponerme quisquillosa, y lo que no quiero es meterme en la cadena típica de ropa, acomodarme y terminar como dependienta para los restos. Mi intención es vender mis propios productos.

—No, si no lo critico. No hace falta que te pongas a la defensiva.

—Es que todo el mundo se pone en mi contra en este asunto. Que si Fulanita trabaja en El Corte Inglés y le va de maravilla, o Menganita te podría conseguir un empleo en Zara... ¡Y no, no me apetece! Puede que me esté equivocando y termine tirándome de los pelos el día de mañana, pero es mi decisión.

—Te entiendo perfectamente. Yo he tenido mi ración de discurso por lo de Escocia.

—¿Escocia? ¿A qué te refieres?

—Creí que lo sabías por mi hermano.

—No, no me ha contado nada. ¿Qué pasa?

—Me marcho a Glasgow en septiembre.

—¿De vacaciones?

—No, a trabajar en un hotel de camarero.

—Pero si no tienes experiencia... ¿Vas a dejar el colegio justo ahora que lo habías conseguido?

—Eso no es lo mío.

—¿Y lo de camarero sí?

—¿Tú también vas a juzgarme, señorita Nadiemecomprende?

—Es que no entiendo que te marches así sin más y lo dejes todo atrás.

—¿Todo? ¿A qué todo te refieres?

—Trabajo, familia, amigos... ¿Te parece poco?

—Tampoco es el fin del mundo, solo será un año o dos... ya veré. Quiero aprender el idioma y volver más preparado.

—Si ya estás preparado de sobra. Si no te gusta lo del colegio, puedes encontrar otra cosa. Siempre lo haces. No lo entiendo.

—Ya... a veces no me entiendo ni yo. Solo sé que es una oportunidad que necesito aprovechar. Me vendrá bien. A la vuelta ya decidiré qué quiero hacer con mi puñetera vida.

—Pero ¿y si conoces allí a alguien y te quedas para siempre?

—¿Tienes miedo de que no vuelva? No sabía que te importara.

—Claro que me importas.

—Pues si te importo tanto, vente conmigo.

Me dio un vuelco el estómago al escucharle decir eso, y creo que por una décima de segundo me lo planteé.

—¡No lo dirás en serio!

—No, tranquila. Era solo una broma.

Ese verano fue realmente especial. Quizás porque lo veía destinado a finalizar junto con una etapa. No sería capaz de calcular las horas muertas que pasamos en aquella terraza. Roberto siempre tenía que quedarse a hacer trabajo extra y volvía reventado entre semana. Apenas hacíamos planes, excepto los festivos, y a veces le tocaban algunas guardias para emergencias en alguna empresa. Yo salía a las siete de la tienda y de camino a casa compraba provisiones de picoteo. Darío siempre se encargaba de las bebidas. Me contó sus planes y la ilusión que le hacía aquel viaje. Necesitaba alejarse para encontrarse, me dijo. Notaba un nudo en el estómago cada vez que sacaba el tema, porque sin darnos cuenta iba acortándose la distancia hacia la despedida. Ya tenía los billetes y a aquello no se le veía vuelta de hoja.

A medida que Darío se acercaba a su fecha límite, yo me alejaba un poco de mi relación con su hermano. Intentaba aprovechar el tiempo con quien iba a desaparecer de mi vida, sin percatarme de que en realidad hacía desaparecer a quien creía más cerca.

Roberto nunca supo que mi estado de ánimo se apagó por la partida de su hermano. Él pensaba, o yo misma le hice creer, que seguía afectada por la situación de mis padres. Hizo lo imposible para que me viniera arriba y hubo un momento en el que lo consiguió. También porque traté de obligarme a que eso ocurriera. Al principio, Darío se comunicaba por teléfono y se aseguraba de que estuviera en su casa para hablar conmigo. También lo hacía por carta. Pero enseguida comenzó a distanciarse, y lo poco que enviaba se notaba que venía cargado de prisa, desgana o desinterés. Fui acostumbrándome a esa falta

de contacto, hasta que conseguí ubicarme de nuevo en mi rutina. Sobre todo cuando iniciamos la mudanza al que sería nuestro hogar. Me ilusionó mucho aquella independencia y salir de aquel bloque que tanto me recordaba a él. No había vuelto a subir a la azotea. Incluso en una rabieta lancé la llave por la ventana de mi cuarto. Después me costó dos horas encontrarla entre unos aligustres de los jardines.

Nuestra convivencia duró dos años exactos. Casi el mismo tiempo que me tiré sin saber nada de Darío. Nada de su propia mano, claro. Juani se encargaba de ponernos al día cuando aparecía en casa o si lo hacíamos nosotros en la suya. Me repateó enterarme de que salía con una escocesa. Hasta tuve que ver su cara en una foto que él envió por correo de los dos juntos. Su madre la enmarcó para colocarla en primera fila sobre el mueble de la televisión. ¿Por qué no tenía una de nosotros? Tampoco le habíamos dado ninguna, claro. No podía ser más guapa, con ese pelo tan rizado, larguísimo y rojizo; y su piel nacarada y pecosa. Aquello no tenía remedio, iba a quedarse allí para siempre, justo como había vaticinado la más gafe del lugar.

Volvió cuando yo llevaba un par de meses viviendo de nuevo con mis padres. Lo encontré en la azotea. En esta ocasión le pillé a él tomando el sol sobre mi esterilla, a finales de mayo. No es que el clima acompañara para ponerse en bañador, pero se estaba a gusto en mangas de camisa y pantalón, que era como en realidad se tumbó. Solo se había quitado los zapatos.

—Pues sí que has tardado —fue su recibimiento. No se incorporó ni se acercó a darme dos besos ni nada. No lo hacíamos nunca y no íbamos a cambiar nuestras costumbres ahora, por más que llevase dos años fuera sin dar señales de vida.

—¿Me esperabas? —Decidí sentarme donde él solía hacerlo, a la cabecera de la esterilla. Utilizó la mano de visera para mirarme.

—Sí, llevo una semana subiendo.

Le ofrecí un cigarro.

—Lo he dejado.

—Vaya, ya me dirás cómo has conseguido la fórmula. ¿O mejor debo preguntar quién?

—Sí y no... Aunque ha sido de gran ayuda. Tú eras una mala influencia para mí.

Me sentó fatal la última frase.

—¿Y qué tal?

—Bien.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir sobre dos años de tu vida? Vaya, en el colegio serías un hacha con los resúmenes.

—No creo que estés tan a falta de noticias. Sé por una fuente bastante fiable que te han mantenido debidamente informada.

—Vienes muy repelente, ¿no?

—¿Y tú? ¿No vas a contarme qué os ha ocurrido esta vez? ¿Se os acabó el amor de tanto usarlo?

—¡Vete a la mierda!

—No te enfades conmigo. Esa es la versión de mi hermano.

—¡Tu hermano es un gilipollas!

—Venga, en serio, ¿qué pasó?

—No lo sé. Tuvimos una discusión y salió a relucir que volvía a tener dudas y no quería hacerme daño, que me quiere mucho pero bla, bla, bla... Así que hice mis maletas y volví a casa.

—Sabía que tarde o temprano pasaría de nuevo.

—¿Y por qué te lo guardaste entonces?

—Porque tenías que comprobarlo por ti misma.

—¿A caso querías verme jodida otra vez?

—Te equivocas. Pero el veneno del amor es así: si intentan alejarte, se te va metiendo más adentro.

—Pues tengo entendido que a ti te han agujoneado pero bien.

—Me pillaron a traición y sin vacuna.

—¿Cuándo te marchas a Escocia?

—Mañana.

Me fastidió que llevara aquí una semana sin decirme nada. Encima regresaba al día siguiente y volvería a quedarme jodida por haberle visto. Hubiera sido mejor no enterarme, ya me había acostumbrado a su ausencia.

—Te has quedado muy callada.

—No tengo nada que decir.

—Antes eras más habladora.

—Eran otros tiempos.

—Dos años no son otros tiempos —soltó una carcajada. No entendía dónde le veía la gracia. Permanecí en silencio.

—En serio, ¿va todo bien? —preguntó en otro tono.

—Sí.

Decidí levantarme y largarme de allí. No me estaba haciendo sentir nada bien aquella conversación.

—Debo marcharme ya. He subido solo a fumarme un cigarro —expliqué, sacudiéndome el vestido por donde me había sentado.

Ahora sí se puso en pie y me despidió con dos besos de cortesía, lo que nunca había hecho. Como si fuera una conocida más del barrio a quien en veinticuatro horas va a perder de vista. Casi hubiera preferido que se quedara sentado, eso al menos habría significado que todo seguía igual. Que se marchaba pero que cualquier día volveríamos a encontrarnos, igual que siempre.

—¡Cuídate! —dijo, tras darme la vuelta.

—Que tengas un buen viaje —respondí, a modo de venganza.

21

—A ver si lo entiendo —comenta Rebeca—. Roberto es el que ahora vive en tu casa y fue tu novio en realidad, que es el mismo que vino con la francesa haciéndose pasar por el escritor. Y Darío es el que se enfadó porque tú pensabas que quería acostarse contigo. Pero después vas y te acuestas con su gemelo. Chica... lo tuyo sí que tiene chicha como material para un libro. Pásale los derechos a tu amigo, que esa historia no me la pierdo.

—Sí, suena fatal, la verdad.

Escuchar todo el argumento atado me hace comprender que los desastres no me ocurren así porque sí: los voy buscando solita. Aunque en el fondo, y solo en un aspecto, me siento pletórica y satisfecha. Pienso en Darío y la sensación que tengo, o las palabras que vienen a mi mente son: «No, no estábamos liados. Pero ¿no querías sopa?... Pues toma, trágate dos cazos».

¿A quién quiero engañar? Ni pletórica ni leches. Ahora me siento aún peor en ese sentido. Ayer, al menos, podía ponerme digna al negarlo. Hoy, en cambio, soy la manipulable que ha vuelto a caer en las garras de su hermano. Estoy envenenándome al pensar en Roberto y decido que, en cuanto le vea esta noche, le pondré en su sitio. Incluso me planteo hacerle las maletas yo misma para ser más convincente y que le resulte imposible el chantaje emocional.

—¿Y son iguales, iguales? —pregunta Rebeca.

—Antes lo eran más.

—¿Alguna vez llegaste a montártelo con los dos juntos?

—Tú estás muy mal, ¿no?

—Pues me parece una fantasía erótica bastante apetecible... ¡Eso también para el libro!

—Oye, ¿qué es esto? —Tengo en mis manos una caja pequeña, más o menos del tamaño de la mitad que una de zapatos. La agito pegando el oído.

—¿Esperas oír el tictac de una bomba o qué? —pregunta riendo—. Lo han traído para ti. Ha llegado cuando estaba abriendo.

—Pero ¿cómo sabes que es para mí? No tiene ninguna etiqueta ni aparece un nombre. Ni siquiera el de quien me la envía.

—La ha traído un mensajero.
—¿De qué empresa?
—No sé, no lo ha dicho.
—Pero llevaría alguna identificación, algún logotipo o algo.
—No... Aunque iba vestido de forma elegante.
—Joder, tía, me estoy asustando. —Suelto el paquete sobre el mostrador y me alejo medio metro—. ¿No deberíamos llamar a la policía?
—¿Para qué? El tío era guapo, simpático y estaba muy bien vestido.
—Como si esos datos fueran impedimento para ser un sicario.
—¿Y quién querría mandarte uno a ti? ¿Andas metida en algún lío? A ver si ha sido la ex de tu inquilino.
—Paso de abrirlo.
—¡Anda trae! —Lo agita también con la oreja pegada—. Aquí una cabeza de caballo no cabe, como mucho podemos encontrarnos una rata muerta.
Saca el cúter y corta la cinta de embalaje con destreza. Poco a poco voy acercándome, intrigada por el contenido y más relajada por su valentía. Mira dentro y se descojona al leer una nota.
—Era el francés. ¡Se ha afeitado la barba!
—¿A ver? —Me asomo a la caja pensando que hay una foto suya, pero lo que encuentro es una maquinilla de afeitar desechable. La nota dice: «Barba 0 - Clara 1. ¿Podemos comer juntos? Solo una comida de amigos. Prometido»—. ¡Ni me acordaba ya de él!
—No me extraña, con el ajetreo que te traes... Al menos sabemos que no es un Santi Millán.
Arrugo la nariz porque no entiendo lo que quiere decir.
—De esos que con la moda de las barbas han ganado en atractivo y que cuando se la afeiten se les va a ir todo el encanto por el sumidero.

Me ha citado en el mismo sitio de la otra vez. Echo un vistazo a mi alrededor y no le localizo hasta que veo una mano alzarse. Su propietario es el tío más atractivo y elegante que he visto fuera de los catálogos de moda. ¡Adiós estilo hípster! ¡Hola *bon vivant*! Se levanta para saludarme y, antes de

terminar de acercarme, miro hacia atrás por si en realidad se trata de otro que está esperando a alguna que venga a mi espalda. Pero no, es Gérard.

—Hoy estás muy guapa —dice cortésmente antes de volver a ocupar su asiento.

—Muy hermosa, que diría mi madre. Últimamente he cogido unos kilillos más de la cuenta. Tú mejor que nadie sabes cómo funciona esto de la moda, una vez que se apodera de ti la obsesión por las tallas... ¡Ah, no, calla, si tú eras piloto! No me hagas caso, es que le dije a mi madre que tú... —joder, ya me vale—. Nada, nada, olvídalo.

No sé qué cojones me ha pasado. Bueno, sí lo sé, me siento intimidada por su nueva cara y estoy hablando como una cotorra. ¿Por qué narices se habrá quitado la barba? Con ella me sentía protegida.

—¿Le has hablado de mí a tu madre?

—Sí... Pero bueno, le suelo contar todo, no le des ninguna importancia.

—¡No me digas que has consultado con ella la posibilidad de una relación abierta!

—Está de acuerdo conmigo en que sería un suicidio. Por cierto, ¡nos has dado un susto de muerte!

—¿Yo, por qué?

—Pensaba que era una bomba el paquete.

—¿Y aun así lo has abierto? Estás muy loca tú. ¿Ves que sí tienes un lado kamikaze?

No ha parado de reír durante la comida, y me animaba a que siguiera contándole historias de todo tipo. No sé por qué extraña razón se me ha ocurrido hablarle de los gemelos, sobre mis confusiones pasadas y cómo han vuelto a colarse mi vida. Insistía en que él es el hombre que necesito para un cambio de aires. Aunque después lo ha arreglado diciendo que hablaba en broma, que si se decidió a quedar conmigo fue solo porque se marchó con mal sabor tras nuestro último encuentro. Ha sido agradable su visita, y una pena que las circunstancias en las que nos encontramos no sean las propicias. Me niego a entrar en su juego. Odio pillarme por el tipo equivocado. He cubierto mi cupo, y con él aún estoy a tiempo de escapar. Antes de marcharse ha prometido llamarme para quedar y charlar de vez en cuando, cosa que tendré que cortar por lo sano antes de hacerlo efectivo. Ya no me fio de mi falta de voluntad ni sobria.

Al llegar de nuevo a la tienda, le hablo a mi compañera sobre mi conversación en la comida con Gérard. Opina como yo, que debo salir de inmediato del laberinto en el que me he metido con estos tres frentes abiertos. Ninguno me conviene. Lo del francés fue bonito durante la noche que duró — imagino—. Lo de Darío es inviable. Y lo de Roberto ha sido una auténtica cagada. El problema se encuentra ahora en cómo convencerle de que está equivocándose con lo nuestro, y de que tiene en la cabeza un cacao mental que no le deja centrarse. La solución está en complicarle las cosas. Sacarle de esta zona de confort que ha visto como su nuevo camino. Las maletas en la puerta será la mejor opción.

—Voy a prepararme un café, ¿te apetece uno? —me ofrece Rebeca.

—Sí, por favor. Pero lo prefiero solo, la leche me sienta fatal últimamente.

—Vale, pues sácala para mí.

Abro el frigorífico y recibo un tufo a queso que casi me desmayo. Salgo disparada hacia el baño y expulso el menú al completo. Creo que me ha sentado fatal el postre, no tenía que haberlo pedido. A este ritmo de comilonas terminaré a kilo por semana. La culpa la tiene Roberto, por las noches se pone a cocinar y picotear sin medida y sin tener en cuenta mi dieta. A veces me planteo darme de nuevo al tabaco para desviar mi foco de atención. Pero luego recuerdo el esfuerzo que me costó dejarlo y se volatiliza la idea. Solo me consuela la parte positiva, que también ocurrió como consecuencia de dejar de fumar, porque engordé, y es que se me están poniendo unos pechos bastante estupendos. Al francés, desde luego, se le iban los ojos todo el tiempo.

—¿Por qué hay una tabla de quesos abierta en la nevera? —me quejo al regresar de nuevo a la cocina—. ¡Qué asco! Huelen fatal.

Ocupo un asiento a su lado.

—Sí, hay uno holandés que apesta a pies sucios. Aunque está buenísimo. Los he comprado en el mercado, luego me los llevaré a casa. ¿Qué te ha pasado?

—Me ha caído mal la comida. Tengo que volver a mis hábitos alimenticios. Lo de mi inquilino son puntos negativos en todos los sentidos.

—Y con el otro ¿se van a quedar así las cosas? ¿No haréis las paces ni nada?

—No lo creo.

Desaparecerá de mi vida por otros cuatro o cinco años, y el día que

regrese volverá a conseguir que se tambaleen mis cimientos. Me pregunto cuándo dejará de afectarme lo que haga o deje de hacer, o que esté aquí o no, o dónde se encontrará. Ojalá tuviera una fórmula para conseguir ser inmune a su presencia y a su ausencia. A veces pienso que si le hubiera elegido a él en vez de a Roberto sería libre de esta sensación. No le echaría de menos porque, una de dos, o estaríamos juntos o nos habríamos distanciado de verdad. O tal vez su hermano habría ocupado su lugar y ahora estaría preguntándome lo mismo, pero con él. Aunque no le imagino en ese papel. Es imposible. A Roberto le habría visto venir desde el principio y no como el otro, que me pilló con el piloto automático. Pero sí, todo sería más fácil si le hubiese escogido a él.

—Estoy pensando una cosa, Clara —me saca de pronto de mis pensamientos—. Tú no estarás embarazada, ¿no?

—¡Qué dices!

—Es muy raro que le hayas cogido manía a la leche así, de repente, y que vomites tanto...

—¡Tampoco vomito tanto!

«¡Vamos, no me jodas! Eso es imposible...»

—Pues te he visto hacerlo dos veces en cuestión de semanas, y nunca antes.

—¡Pero cómo voy a estar embarazada si siempre uso medios anticonceptivos!

Noto un sudor frío bajando por mi espalda.

—No sé, chica. Solo es una idea que se me ha pasado por la cabeza. A mí me ocurrió con el salmón cuando me quedé de Carlitos, me daba un asco que no podía ni verlo. Y es un pescado que me chifla.

Ya no escucho nada de lo que me está contando. Estoy haciendo cálculos mentales y la verdad es que hay algo que no termina de encajar, no recuerdo la fecha de mi última regla... O lo que es peor, creo que no la ha habido.

Darío: Distancia

Si el principio de su relación no había sido un camino de rosas para mí, el segundo tramo no mejoró. Estaba convencido de que al final desistiría en su empeño de reconquistarle haciéndole sufrir. Pensaba que entre nosotros había surgido algo más fuerte que lo de ellos. Sin embargo, me equivocaba. Interpreté mal las señales. Ella solo se entretenía conmigo, mientras su objetivo principal seguía macerando su deseo en la reserva.

El peor momento de todos fue la noche en que, mientras fumaba un cigarro de pie apoyado sobre la barandilla de la azotea, les vi bajar de un taxi. Regresaban visiblemente contentos y se dieron el lote en la calle antes de entrar al portal. Lo que no podría haber imaginado es que se le ocurriría subir con él. Aquel era nuestro espacio. Lo único que compartía con ella y que podía calificar como algo nuestro. Por suerte, tuve tiempo de esconderme detrás de la columna de la salida de humos. Maldije tener que presenciar la escena. La odié por la traición. Nunca entendí por qué lo hizo. No le importó hacerme daño. Y encima se lo tomó como si fuera una nadería al intentar recriminárselo. No se daba cuenta de lo que aquel sitio significaba para mí, y más desde que le entregué aquella llave. En realidad sentía como si la hubiera clavado en mi espalda y retorcido al mismo tiempo. Dolió igual. A pesar de todo, conseguí perdonárselo. No me quedó otra que hacerlo. No tenía otro lugar mejor donde salir a fumar. Aunque en realidad fue porque la echaba de menos. Y descubrí que ella también a mí. Ojalá su novio no hubiera sido el capullo de mi hermano, no habría dudado en meterme en su relación. Pero mi conciencia no me permitía hacerle eso. Además, una cosa así habría acabado también con lo nuestro. A pesar de que notaba, por otro lado, que nuestra complicidad tenía los días contados.

Poco a poco, comencé a sentirme fuera de lugar. Con el tiempo, también mi trabajo dejó de satisfacerme. No me veía pasando mi jornada laboral en un colegio por el resto de mi vida y la idea de montar una consulta no me

resultaba tan atractiva como al principio. Solo escribir hacía que me sintiera verdaderamente vivo. Envié relatos a diferentes concursos nacionales bajo seudónimo, en algunos de ellos con bastante éxito. Conseguí que publicaran seis. En uno obtuve un cheque con una suma generosa, que aproveché para renovar mi ordenador portátil. No compartí nada de aquello con nadie. Ni siquiera con Clara. Para mí ya no era lo mismo. Detestaba ser el segundo en su escala de prioridades y no iba a permitir que ella estuviera arriba en la mía.

El día que le hablé de mi viaje a Escocia, ni siquiera lo tenía decidido. Fue ella quien ayudó a determinar aquel paso tras proponerle que se viniera conmigo. Si hubiera dicho que sí, me habría quedado. Pero no le importaba lo suficiente, y estar cerca de ellos me hacía cada vez más daño. No fue fácil tomar aquel avión. Compré el billete con bastante antelación para evitar arrepentirme. La última noche ni siquiera acudí a despedirnos. Temía que se me fuera la pinza y hacer algo que después lamentaríamos. Llevábamos todo el verano conteniéndonos, jugando con fuego y a la vez tratando de no dar un paso en falso. Y justo al final nos quemamos. Nunca me ha resultado tan difícil evitar algo. Ni siquiera soy consciente del instante que nos precipitó a ello. Solo recuerdo mis ojos clavados en su boca, la mía hizo el resto. Las pasé putas para dar marcha atrás y deshacernos del beso que estábamos dándonos. Ella fue la primera en reaccionar y apartarse. Se limpió con furia los labios con el dorso de la mano, para hacer patente su desacuerdo, y me culpó del hecho:

—¿Por qué haces esto? ¿A estas alturas de la película me vienes con un beso?

—¿Y cuándo era para ti el momento propicio, si se puede saber?

—¿Cuando no salía con él, por ejemplo? ¡Fuiste un rajado desde el principio!

—¡Siempre has estado con él, Clara! Incluso cuando creías que no, lo estabas también.

—¿Y te parece mejor a dos días de marcharte? ¡Eres un cobarde!

—¿Acaso tú no? —respondí furioso, al ver que se largaba.

Esas fueron nuestras últimas palabras antes de mi viaje.

Nuestra relación no se vio mermada por aquel incidente. Incluso hubo

alguna llamada y dos o tres cartas. Hicimos como que no había ocurrido, lo borramos por completo. Pero al cabo de un tiempo, decidí cortar de raíz aquel lazo que no nos llevaba a ninguna parte. Supe que mi hermano buscaba un piso para independizarse juntos. Ella aún no estaba al corriente, sería una sorpresa que le iba a hacer muy feliz porque ya lo habían hablado anteriormente — contaba él—. Aquello fue justo el empujón que necesitaba para desenredarme de la cuerda invisible que nos sujetaba a cada uno del extremo opuesto del abismo. La caída fue dolorosa, para qué negarlo. Estaba tan convencido de que ella sentía lo mismo, que fue un golpe duro enterarme de aquel paso. Me costaba entenderla. Constantemente me hacía dudar y ver señales donde no existía nada. Quise vengarme y hacerle daño. La única arma que tenía era usar la misma moneda de cambio. Así que al principio exageré mi relación con Rhona, una compañera de trabajo a la que invité a salir un par de veces. Hice todo lo posible por que le llegaran a menudo noticias frescas. Consciente de que, entre mi madre y la suya, el servicio de correos estaría garantizado. Sin embargo, poco a poco fui acomodándome en mi nueva vida. Disfrutaba de mi relación con aquella chica y la *vendetta* pasó a un segundo plano.

Sabía que ya no estaban juntos, en una de las semanas que regresé por vacaciones, pero en este caso era yo quien por fin había elegido mi propio camino. No por ello dejé de sentir añoranza al subir a nuestra azotea y ver su esterilla donde solía dejarla enrollada. El tiesto del rincón seguía repleto de colillas. Esperaba que subiera algún día, aunque no la avisé de mi llegada. Supuse que mi hermano tampoco lo haría. Imaginé que no tendrían mucho contacto al estar tan reciente su ruptura. Así que hice mi propia cábala: si yo subía durante toda la semana y no aparecía, significaría que nuestro distanciamiento era definitivo; y si por el contrario la encontraba, sería una forma de retomar el contacto. Apareció justo la víspera de marcharme. Cuando prácticamente quedaban cuatro granos de arena por caer en mi reloj de la esperanza. Se había cortado el pelo a la altura de la nuca y lo llevaba más oscuro que la última vez que nos vimos, que era verano y siempre se lo aclaraba el sol. Me hizo ilusión descubrir su cara de sorpresa y la sonrisa en sus ojos. En la boca lo disimuló. Se sentó donde yo solía hacerlo, sin quitarme los ojos de encima. Lo intuía aunque no la estuviera viendo. Se encendió un cigarro y, al llegarme parte del humo, me entraron las dudas. Llevaba casi un

año sin fumar y estuve a punto de arrancárselo de las manos. No sé si por el anhelo de la nicotina, o por sentir la humedad de sus labios en el filtro. Sé que le molestó que rechazara su ofrecimiento. También que no la hubiera avisado de que me encontraba allí. Lo noté en todos y cada uno de sus silencios. Tras apagarlo en el viejo tiesto, se levantó sin más y decidió marcharse. Únicamente pensaba en la forma de retenerla, pero fui incapaz de dar pie con bola. Tan solo logré acercarme y ofrecerle dos besos de despedida. Esta me dolió más que la primera. Sentía que en el fondo la estaba perdiendo de verdad.

23

—¿Clara?

Roberto acaba de entrar en casa y en este momento solo quiero que me trague la tierra y no tener que ver a nadie.

—¡Clara! —Golpea con sus nudillos en la puerta—. ¿Estás en el baño?

—Sí, ahora salgo.

Me seco las lágrimas y miro mi reflejo en el espejo. No puedo ser más patética. Recojo los envoltorios desperdigados por el lavabo y los tiro en la papelera, junto con los artilugios del demonio. No sin antes revisarlos por si existe una remota posibilidad de que alguna línea se haya borrado.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien? —pregunta al verme salir. Seguía esperándome en el pasillo.

—No, la vida es una puñetera mierda —respondo cabizbaja. Camino hacia el salón sin reparar siquiera en su presencia. Me siento en el sofá, o me dejo caer.

—Te he oído gimotear en el baño. Estabas llorando, ¿no? ¿Qué ocurre? Me estás preocupando. —Se acerca y se acomoda a mi lado.

—Estoy embarazada —digo, sin mirarle y casi en un susurro.

—¿Tan pronto? ¡Pero eso es imposible!

—Tranquilo, no es tuyo.

—¿El francés?

—¡Quién si no!

—¿Es seguro al cien por cien? ¿Te has compr...

—Tres test me lo han confirmado —le corto.

—¡Joder! ¿Qué vas a hacer? Tendrás que decírselo, ¿no?

—¿Para qué?

—Creo que debería saberlo.

—Yo qué sé... Solo quiero desaparecer del mapa.

—Venga, anda, ¡no digas chorradas! Tampoco es para tanto.

—No era la idea que tenía de ser madre... Es más, ni siquiera me había planteado serlo.

—Pues deberías estar contenta, muchas personas sufren por no poder tener hijos.

—No me hagas sentir más mierda de lo que ya me siento solita, hazme el favor.

Coge mis pies como solía hacer antes, cuando vivíamos juntos. En otras circunstancias me habría incomodado y puesto en alerta, pero me siento demasiado abatida para darle importancia.

—No lo digo para que te sientas culpable... Es solo que... ¡Joder, me va a matar como se entere de que te lo he contado!

—¿De quién hablas?

—Tú no sabes lo de mi hermano, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Ya lo imaginaba —se queda un momento meditando su respuesta—. Pues... a que no puede tener hijos.

—¿Estás borracho? ¿Y Gabi qué?

—No es suyo.

—¿Cómo que no es suyo? —Me incorporo enseguida y bajo los pies al suelo. No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Hasta hace unos meses, pensaba que sí. Pero en realidad Belén tuvo un rollo con un colega del que se quedó embarazada. Ahora dudo si lo hizo aposta o si fue un descuido.

—¿Y lo han sabido diez años después por eso, porque ha descubierto que no puede tenerlos?

—No. Eso solo fue una maldita casualidad. Darío tuvo que llevar al niño a vacunarse de algo y, mientras esperaban en la sala de espera, Gabi se puso a hojear el libro ese de las vacunas donde también se rellena la hora del nacimiento, el peso, la talla, en fin... Y a mi hermano le extrañó escucharle decir: «grupo sanguíneo AB+». Pensó que se trataba de un error. Belén es A-. Él lo recordaba perfectamente, en una fase del embarazo tuvieron que administrarle inyecciones por lo del Rh negativo. Nosotros somos A+. Así que ató los cabos y dedujo que A más A no suman B. Pidió que le sacaran una muestra de sangre al crío, para confirmarle el grupo y salir de dudas sobre el error en el libro. Al final terminó saliendo a la luz, tras confesarle ella lo de aquel asunto. Quedó destrozado... con el esfuerzo que le había costado tenerlo y la ilusión con la que recibió a su niño, y en realidad no lo es del todo.

—No tenía ni idea... ¡Joder! —Me da un vuelco el estómago al escucharlo, y me duele pensar en lo mal que lo debe de estar pasando.

—Ya... nadie lo sabe. Ni la familia. Solo yo y porque se lo cacé al vuelo. Se niega a contarlo hasta que lo tenga completamente asumido. Espero que no seas bocazas y le vayas con el cuento.

—No, tranquilo. —Empiezan a encajarme algunas cosas—. ¿Cuándo dices que se enteró?

—Hará unos... cuatro o cinco meses, creo. Ahora ya ni siquiera viven juntos, aunque lo intentó hasta hace nada por el chico. Tampoco es que fueran la pareja mejor avenida, pero esto ha terminado de hundir el matrimonio.

—¿Y cómo lo está viviendo? ¡Joder, qué putada!

—Yo le veo bien. Sigue muy unido a su hijo, como siempre, ahí no ha cambiado nada. Lo que más le cuesta es afrontar si en un futuro deberían contárselo al crío. Se come mucho la cabeza pensándolo, ya sabes cómo es. Incluso, acude a un psicólogo.

—¿Va a un psicólogo? —Me siento estúpida por pensar, siquiera, que ayer tuviera otra intención que no fuera la de contármelo. Y no contenta con pensarlo, se lo solté a la cara. Y para remate final, le lancé que se buscara a otra a la que contarle sus movidas. No pude ser más imbécil. Ni puedo hacerme una idea de lo que pasaría por su cabeza en ese momento, tras escucharme. En mi vida me he sentido más avergonzada que en este instante.

—A mí también me extrañó, por su historial laboral. Pero en fin, será que en ese campo uno mismo no puede autoayudarse.

—No sé qué decir, Roberto... Estoy impresionada con el asunto.

Cómo duele pensar que quizás necesitaba mi ayuda y yo, en vez de ofrecérsela, prácticamente le eché de mi casa. Joder, cómo duele ser tan estúpida.

—Tranquila, es normal. Pero no te preocupes, lo está superando. Lo sé. Tenías que haberle visto en su día.

—No entiendo que no se lo haya confesado a tu madre.

—Quiere estar preparado para afrontarlo con ella. Por eso no suele ir mucho por su casa, para que no note que va siempre solo o con él. Es muy bruja y percibe enseguida cuando algo no encaja. También tiene miedo de que llegue a oídos del crío, que pueda pillar una conversación en el aire.

—¿Y por qué estás tan seguro de que no puede tener hijos?

—En su día ellos se hicieron algunas pruebas, les costaba quedarse, y en los resultados salió. Hasta el médico se sorprendió con lo de Gabi. Pero como a veces los milagros de la ciencia ocurren...

—Creo que tenía pensado contármelo ayer. Pero lo fastidié con mis

gilipollecés.

—¿Qué pasó?

—En realidad... nada. Discutimos por una tontería y se marchó.

—O pagó contigo su cabreo conmigo.

—No, créeme que no. —Ojalá hubiera sido eso—. ¿Qué os pasa a vosotros? No me creo que sea solo por lo tuyo.

—Que a veces soy un bocazas... Tuvimos una pelotera por lo de Raquel y las niñas; que si no valoro lo que tengo, que si voy a lo mío, que si pienso con la polla, que si tal y que si pascual... Al final acabó tocándome los cojones y le llamé cornudo de mierda.

—¡Joder, Roberto! Mira que puedes llegar a ser capullo.

«Casi tanto como yo», me digo.

—Le pedí perdón. Ya lo que no voy a hacer es flagelarme. Si quiere seguir enfadado es su problema.

—Pero puso de su parte y vino a comer con nosotros. Eso debería haberte servido para hablar con él en vez de ponerte a wasapear a tu bola durante el almuerzo.

—No se presentó para verme a mí, sino por ti. A mi casa no habría venido ni de coña.

—También pudo rechazar la invitación y no lo hizo.

—Porque quería ver qué nos traemos entre manos. ¿En serio vas a ser tan pardilla de tragarte sus buenas maneras?

—¡Mira, déjame en paz! Bastante tengo con lo que se me viene encima.

Me levanto del sofá y me encierro en mi habitación. Por un momento he olvidado mi problema, pero en cuanto mi mente se empeña en sacarlo a la luz, el corazón se me encoge. Siento vértigo. Cómo puede ser tan gilipollas. Aunque, visto lo visto, me parece una fruslería comparado con lo suyo. Sé que debería llamarle para disculparme, pero no soy capaz de hacerlo. Al menos hoy no.

Roberto: La boda

Conocí a Raquel en la boda de un amigo, un año después de la ruptura con Clara. Durante ese periodo previo, apenas tuvimos contacto. Aunque echaba de menos la convivencia con ella, eso al menos debo admitirlo. No sé qué falló entre nosotros exactamente, pero lo cierto fue que poco a poco nos distanciamos. Las conversaciones eran trilladas y sin contenido. Hablábamos solo para tratar de ocupar el silencio de la indiferencia. Ella no parecía ser consciente de aquel hecho, como si sus rutinas la llenaran lo suficiente y lo pasara por alto. En la cama sí conectábamos, y quizás eso fue lo que consiguió alargar el tiempo que no lograron salvar los sentimientos. Noté las carencias afectivas porque me vi reemplazándolas por otras cosas. Se apropió de mí un afán compulsivo por rendir en el trabajo y recibir la aprobación o el reconocimiento de todos. Necesitaba sentirme imprescindible en algo o para alguien. Quizás mi hermano tuviera razón, años atrás, cuando a veces se entretenía psicoanalizándome para practicar —supongo— y la raíz la encontraba en el divorcio de nuestros padres. Afirmaba que aquel episodio rompió mis esquemas y me impedía entregarme del todo a alguien por miedo a un abandono prematuro, y que por eso me anticipaba, para evitar ser la víctima. Le pregunté entonces por qué a él no le había marcado. Su conclusión fue que, de los dos, yo era el débil y él el fuerte. Igual que por lo mismo en la adolescencia él era el centrado y yo el problemático. Estaba claro que su titulación de psicólogo se le estaba subiendo a la cabeza. Aun así, tras los resultados de nuestra convivencia, empecé a plantearme si no habría algo de cierto en sus palabras.

Le propuse a Clara acudir a una terapia de pareja. Se negó en redondo. Dijo que mis paranoias se debían a que era un maldito egoísta que solo pensaba en disfrutar de la cima y por eso, cuando la relación se estabilizaba, necesitaba comenzar otra nueva y poder así sentirme continuamente en la cresta de la ola. Por el contenido de sus palabras, deduje que habíamos

compartido al mismo terapeuta. Jamás pensé que pudiera llegar a ser tan egoísta: yo intentaba solucionar las cosas y ella ni siquiera movió un dedo. Se limitó a hacer sus maletas. Tal vez se trataba del precio que tocaba pagar por la herida que le abrí en su día. Ese fue el fin de nuestra historia. Nos cruzábamos alguna que otra vez, cosa inevitable, seguía uniéndonos aquel bloque, y capeábamos la situación con un escueto saludo y alguna frase cotidiana para salir del paso.

Raquel y yo decidimos casarnos tres años después de conocernos. Mi madre puso todo su empeño en que no debía excluir a Clara de la invitación a su familia: «Si se siente incómoda y no le apetece asistir, prefiero que sea ella quien rechace la invitación antes que no invitarla». Decidí seguir su consejo y bajé a entregársela en mano. En el fondo tenía razón, cualquier acción malinterpretada podía afectar negativamente a la amistad forjada entre ambas madres. Debíamos afrontar la situación con una actitud madura. Tuve la ocasión de hablarlo a solas. Se alegró de que hubiera dado aquel paso y no encontré ni un ápice de resentimiento en sus palabras ni en sus formas. Tampoco en las mías. Señal de que ambos lo habíamos superado. Era lógico, pasaban cuatro años ya de lo nuestro. Aseguró que su novio y ella acudirían.

Tal y como había prometido, se presentó al enlace. Avisó con poca antelación de que al final vendría sin acompañante, cosa que, sorprendentemente, mi madre recibió con gran alivio porque Raquel tenía una pareja de primos descolgada en una mesa de comensales de otra generación y quería reubicarlos para que no se sintieran fuera de lugar. Decidió hacerle un hueco a Clara en la de Darío y el resto de primos solteros, aunque estuvieran algo ajustados de espacio, para no desbaratar otras que tanto les costaba luego encajar. «Pues una boda trae otra boda, no digo más...», afirmó riendo mientras la ubicaba. A mí no me hacía ninguna gracia pensar en ella como parte de mi familia, ni por parte de primo y menos aún por la de hermano, habría sido extraño. Prefería verla emparejada con cualquier desconocido y esperaba que la ausencia de su novio no fuera una ruptura, ya que con quien más la vi durante la fiesta fue con quien menos me apetecía. Tampoco es que estuviera muy atento, para mí transcurrió la jornada de una forma frenética. Entre el reportaje fotográfico de antes de llegar a la iglesia, durante, posterior... Apenas me enteré de a quién saludaba y quién me faltó. Desconocidos que venían por parte de mi recién estrenada esposa, otros que sí conocía y con los que solo pude compartir unos minutos, familiares, amigos,

compañeros de trabajo...

Sin embargo, disfrutamos de un último baile juntos. Se lo propuse porque Raquel le pidió a Darío que bailara con ella. Clara se encontraba en una esquina y me pareció que se sentía algo incómoda allí sola. Acudí a rescatarla. Al principio no quería, achacó que le hacían daño los zapatos. Pero tras mi insistencia cedió y nos unimos a la pista. Sonaba el típico pasodoble que llevaban una hora pidiendo los veteranos de la familia. No tenía ni idea de cómo se bailaba, fui siguiéndola, que a su vez parecía copiar el paso de los que tenía a su derecha, y le pillamos el tranquillo.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí, genial. Aunque llevo ya un rato intentando tirar de mis padres. Al final va a tocarme volver sin ellos.

—¿Por qué no ha venido Álvaro? ¿Ya no estáis juntos?

—Sí. Pero con la excusa de que no conoce a nadie y que le venía bien adelantar un proyecto, ha aprovechado que venían mis padres y no me dejaba sola del todo para escaquearse.

Al contarlo, se notaba que en el fondo le había afectado acudir sin él. Cambié enseguida de tema.

—¿Qué tal va tu negocio?

—Sobre ruedas, prácticamente. Hemos conseguido un par de firmas francesas con ropa muy exclusiva que está gustando bastante.

—¿Sigues con el diseño de complementos o eso lo has dejado?

—No. Es complicado sacarle beneficio. Entre el tiempo que se invierte y los materiales se eleva demasiado el coste de fabricación. Al final es preferible comprarlo todo. ¿Y tú?

—Mejor que antes. Ahora tengo asignado un solo cliente. Uno de esos gordos que aportan un buen rendimiento, así mantengo mi estrés a raya.

—Te veo muy bien.

—¿Lo dices en plan amiga que me aprecia o en el de exnovia rencorosa que en el fondo opina lo contrario?

—En el de exnovia que se lamentaría si aún siguiera enamorada.

—Vale, suena creíble también.

—Me alegra mucho verte feliz —agregó después—. Eso lo dice la amiga que te aprecia.

—Y yo espero que algún día tú también lo seas.

—¿Y quién te dice que no lo sea ya? —preguntó extrañada.

—Mi instinto de exnovio que no se siente herido.

—¡Aquí tienes a la novia! —Era Darío. Llevaba la corbata desatada y le colgaba a ambos lados. Según soltaba a mi mujer, se llevó a mi compañera de baile sin pedirle permiso siquiera. Ella titubeó por un momento, pero enseguida le siguió el paso.

25

Durante el trayecto voy pensando en cómo decirles a mis padres que espero un hijo. Luego me extraño y protesto si me tratan como a una cría de veinte años, pero es que manda huevos que a mi edad me encuentre con esto.

Por mucho que lo repita en mi cabeza, o incluso en voz alta, todavía no puedo creérmelo. Y eso que ya he tenido ocasión de escuchar su latido, cuando obtuve confirmación oficial del veredicto en la clínica. También le eché cojones y se lo conté al de las relaciones abiertas. Rebeca fantaseaba con su reacción al soltárselo. En realidad fue exactamente la número uno que detalló: «Va a poner cara de estreñido y te preguntará si estás segura de que es suyo». La misma que yo esperaba. Después soltó un rollo encabronado, acusándome de mentir porque —según él— afirmé que tomaba la píldora. Me parecía imposible que hubiera confirmado tal cosa, dejé las pastillas junto con mi divorcio. ¡Y jamás se me ocurriría hacerlo con un desconocido sin protección! Aunque está visto y comprobado que sí. De hecho asumí su declaración sin rechistar, por si sacaba alguna otra prueba audiovisual que me obligara a coger los tenedores de la mesa y clavármelos en los ojos. Remató diciendo que la noticia era una complicación en su vida que no podía permitirse. Respondí que podía largarse con viento fresco, que únicamente pretendía informarle y no necesitaba que se ocupase de nada. Reconozco que fue un alivio dar aquel paso. Sirvió para sentirme ligera de equipaje. Ahora el asunto era solo mío y eso reconfortaba lo suyo.

El que me ha sorprendido es Roberto, al ofrecerse esta mañana a acompañarme y pasar el mal trago de contárselo a mis padres conmigo, pero no he creído conveniente aceptar y que le salpique el tema. Debo asumirlo sola. Ya no soy una cría, sino una mujer adulta, aunque a veces mi comportamiento indique lo contrario. Tampoco tengo por qué dar todos los detalles exactos. Ellos piensan que tengo un novio francés, desde que lo solté en su día no lo he desmentido. Así que no tiene nada de extraño el haber salido dos meses con un tío, que la cosa no haya cuajado, y que al final el resultado sea que voy a tener un hijo por mi cuenta. ¿No hay mujeres que acuden a

bancos de esperma para ser madres solteras? Al menos en mi caso sí sabré quién es el padre: un imbécil de anuncio que va de moderno y liberal, y luego es un rajado. Pobre chiquillo, el día que pregunte cómo conocí a su padre y tenga que inventarme cualquier historia con tal de no admitir que estaba tan borracha que ni me enteré de que no se había puesto una goma.

—¿Qué hacías con el coche aparcado ahí hablando sola? —suelta mi madre, cuando abro la puerta y entro en el salón.

—Nada, estaría cantando una canción de la radio. ¿Estás sola?

—Sí. Matías al final no viene porque la pobre Luci anda regular, con dolores. Ha pasado mala noche con la escayola. Tu padre ha ido a recoger a los chiquillos. Así, por lo menos, se los quitamos un poco de encima.

Mi cuñada iba de paquete en la moto con mi hermano y tuvieron un pequeño accidente el viernes por la tarde, tras acercarse a recogerla al trabajo. Por suerte todo quedó en una pierna rota para ella y un corte en el brazo para él.

—¡Ah, genial lo de los niños! Hace mucho tiempo que no los veo.

—¿Y tú qué tal, hija?

—Muy bien. —Decido esperar a que venga mi padre para darles la noticia juntos—. ¿Qué vamos a comer?

—Pues mira, como venían los críos les he preguntado a ellos. Ya sabes que siempre ponen pegas a la comida. Uno ha dicho que quería sopa y filetes empanados, y el otro de segundo tortilla de patatas. No se ponían de acuerdo y he preparado las tres cosas.

—¡Genial, me apetecen las tres!

—Me alegro, hija, últimamente comes mejor. Antes estabas demasiado chupada de cara y se notan más las arruguillas así.

—¿De qué arruguillas hablas, mamá? La sinceridad está muy sobrevalorada, ¿eh?

—¡No seas tonta! Ya quisiera yo haber estado como tú a tu edad.

—Sí, ahora intenta arreglarlo.

—¿Por qué no le subes este caldito a Juani? Está con gripe en la cama y anda desganada.

—Es que no puedo.

—¿Por qué?

—Me podría contagiar.

—¡Anda, déjate de tonterías!

—Tengo mucho trabajo ahora... No puedo faltar.

—Pero si el virus puedes pillarlo en cualquier parte, y la pobre mujer ahí tan sola... O subes el caldo o te quedas aquí friendo las patatas para la tortilla y empanando el pollo. ¡Tú verás!

—Vale, las frío.

—¡Sí, hombre!, y me las quemas como el otro día con las judías, que solo tenías que removerlas.

—Pues no puedo subir el caldo, ya te lo digo.

—Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado? No será por lo de Roberto, ¿no? Si no está enfadada contigo por haberle recogido, mujer. ¡Al contrario!

—¡Que no, no es por eso!

—¿Te ocurre algo con ella?

—Que noooo.

—¿Y qué pasa entonces?

—Que estoy embarazada, ¡coño ya!

Se le cae al suelo uno de los huevos que iba a cascar.

—¿Y me lo dices así?

Me abraza, me suelta, mira el estropicio del suelo para no pisarlo y me vuelve a abrazar.

—Pensaba decírtelo de otra forma, pero como me has puesto entre la espada y la pared...

Cuando definitivamente se aparta de mí, intento agacharme a coger los restos del cascarón. Me retiene porque debe de haber conectado el modo abuela y piensa que no es conveniente ningún esfuerzo abdominal.

—Tranquila, lo recojo yo.

—Mamá, no empieces a ponerte pesada como con Luci. No necesito reposo absoluto ni nada por el estilo.

—Bueno, déjate de rollos y cuéntamelo todo. ¿De cuánto estás? ¿Y cuándo conoceremos al padre? ¡A ver si vamos a tener antes aquí al niño!

—Ya si eso más adelante... cuando pueda escaparse —respondo, intentando sacar una pizca de convicción. Pasito a pasito, me digo, tampoco es indispensable soltar toda la información de golpe. Primero el embarazo... ya habrá tiempo para hablar sobre la ruptura.

Veo que se quita el delantal, tarareando de contenta, y sube con el caldo de su amiga. Aprovecho para llamar a Roberto y decirle que su madre tiene

gripe, por si quiere pasarse. Pero ya lo sabe por Darío, que está allí con el niño y le ha escrito un mensaje. En ese momento visualizo mentalmente a mi progenitora poniéndoles al día a los dos sobre la primicia. De hecho cuando vuelve ni me deja la oportunidad de contárselo a mi padre. Aparecen todos juntos porque se han encontrado en el rellano al bajar ella, y recibo sus besos y felicitaciones directamente. Hasta los niños entran alborotados con la noticia.

—Pues estaba Darío arriba —me informa, mientras recogemos la mesa tras la comida—. Me alegra que haya venido con el crío, anda preocupada porque la nuera no quiere verla.

—¿Por qué piensa eso? —me intereso.

—Nunca se han llevado mal... aunque bien del todo, tampoco. Esta es más estirada que la otra. Juani dice que lleva bastante tiempo sin venir. Él la justifica con que está muy liada, pero a ella no se la da. ¿Tú sabes algo?

—Ni idea. Solo me relaciono con Roberto.

—Otro que tal baila... Menudo disgusto tiene la pobre con eso. Al menos ella sí se acerca con las niñas, Raquel es de otra forma.

—Bueno, mamá, tampoco te metas mucho ahí... Cada uno en su casa con lo suyo, ¿no te parece?

—No, si no lo cuento por cotillear, para mí son como de la familia. Me preocupa mi Juani.

—Bueno, ya lo solucionarán.

—¿Entonces están enfadados?

Deja de meter los platos en el lavavajillas para mirarme.

—Me refería a que ya lo hablarán. Si está tan preocupada, que se lo diga a su hijo abiertamente, ¿no?

—Si lo ha hecho, pero él asegura que no ocurre nada.

—Pues será así. No le des más vueltas.

Pero creo que continúa con el comecome, se ha puesto a fregar algunos platos en vez de pasarlos un poco bajo el chorro del grifo para introducirlos en la máquina. Pongo la cafetera a hervir y saco las tazas.

—¿Y cuándo vas a saber si es niño o niña?

—No lo sé.

—¿Tú qué prefieres?

—Me da igual. Mientras sea solo uno y venga bien... Lo demás no

importa.

—¡No será de Roberto!

—Mamá, ¡por favor!

—Es que como has sacado a relucir lo de que vengan dos... ¡Eso es hereditario!

—En ese caso serían gemelos mis nietos, no mis hijos.

—¿Entonces es suyo?

—¡Que no, mujer, solo estaba explicándotelo!

—Pues me parece muy raro que no nos hayas presentado al padre antes de darnos la noticia.

—Ya te dije que no está en España.

—¿Y dónde dices que vive?

—En París. Aunque viaja mucho, como es piloto.

—Pero ¿no trabajaba en la moda? —se extraña, secándose las manos con un paño.

—Ah, no, es que... me confundí. Cuando te lo conté acababa de conocerle.

—Oye, y no te lo llevarás a vivir a Francia, ¿no? —Saca de la despensa un bizcocho que apenas cabe en el plato—. Porque es lo que menos me gusta de los novios extranjeros.

—No, tranquila. Mi vida y mi trabajo están aquí.

—Eso, que se venga él. En España se vive mejor que por ahí.

—Tú y tus argumentos sólidos... ¡Si nunca has vivido fuera!

—Ya, pero lo sé. ¿Por qué crees que acuden todos cuando se jubilan? ¿Y cómo es él?

—Pues normal... alto, de pelo castaño, guapo y con acento francés.

Desabrocho el botón de mis vaqueros para poder sentarme a gusto. Me he puesto de tortilla y de filetes hasta arriba. Como ya he descubierto mi problema con el estómago y lo que me hace daño son algunos lácteos, sobre todo los quesos, los he eliminado de mi lista. A lo demás le doy rienda suelta.

—Hija, tendrás que empezar a ponerte ropa más holgada. Vas a reventar los botones de esa blusa, por lo que estoy viendo.

Pienso en mi armario y en la cantidad de ropa que ya no me vale —prácticamente toda— y me deprimo por momentos. Hasta que corto otro trozo de bizcocho buscando consuelo y me conformo pensando en que al menos disfrutaré de estos meses de libertad gastronómica. Ya, de perdidos, al río.

Salgo del portal para irme a casa y encuentro a Darío en la calle lanzando unos balones con su hijo. Saludo con un gesto de la mano y aligero el paso sin titubear hacia mi coche. No he vuelto a hablar con él. Tuve pánico de llamarle y afrontar todas las barbaridades que solté por la boca. Pulso el mando y antes de agarrar el tirador de la puerta ya está a mi lado. También el niño se ha acercado. Apenas le conozco, le vi una vez de pasada cuando tenía tres años. Ahora debe de rondar los nueve o diez. Inconscientemente me pongo a buscar en él su no parecido con Darío, como si se tratara de ese juego de las diferencias en los pasatiempos. En realidad, tampoco se parece a ella. O sí, no sé. No tengo muy presente su cara. Nos habremos cruzado un par de veces como mucho y juraría que ni siquiera hemos hablado.

—¿Qué tal? —pregunta.

—Bien —respondo. Me planteo qué más agregar. No estoy segura de que sepa lo mío. No se lo he preguntado a mi madre para no levantar la liebre y que comenzara a hacerse otro lío de los suyos. Me siento incómoda, tanto por lo ocurrido la última vez que nos vimos como por saber lo suyo sin que me lo haya contado él mismo.

—¡Hola! —saludo al chico, que me mira fijamente mientras bota su balón.

—¿Qué tienes ahí? —señala los táperes que llevo en la bolsa.

—Comida.

—¿Comida?

—Gabi, no seas cotilla —le recrimina riendo.

—Da igual, no es un secreto. Llevo pollo empanado, tortilla, pimientos asados...

—Puaj, ¡qué asco, los pimientos!

—Y de los bizcochos, ¿qué opinas? —Desenvuelvo el que llevo en papel de aluminio—. ¿Te apetece probarlo?

Mira dudoso a su padre, para ver si le da permiso.

—¡Vale! —responde enseguida, en cuanto le ve afirmar con la cabeza.

—¿Este coche es tuyo? —pregunta, tras darle un buen bocado al trozo que ha cogido.

—Sí.

—¿Y qué le ha pasado al espejo? —Señala con el dedo el retrovisor, que está descuajaringado.

—¡Joder! —se me escapa. Al reírse, enseña una mella en su dentadura y el bollo a medio masticar.

—No te preocupes, solo se ha dado la vuelta —afirma Darío, colocándolo en su sitio—. Creo que he sido yo, me acabo de apoyar sin darme cuenta.

El chiquillo se aleja con el balón hacia los jardines y, al darle una patada en nuestro sentido, este rebota en mi ventanilla.

—¡Gabi, ten cuidado! —le reprende de nuevo.

—¡Si te la estaba chutando! —protesta—. Venga, ven ya, que me aburro.

—Pero cómete eso primero y ahora mismo estoy contigo.

Aprovecho para dejar la bolsa y lo demás en el asiento del copiloto y me subo al coche.

—Perdóname por mi comportamiento de aquel día, perdí un poco los papeles —le digo, tras bajar la ventanilla y verle girarse de nuevo hacia mí.

—No, tranquila, soy yo quien tiene que disculparse. No debí entrometerme de esa manera en tu vida. Entiendo tu situación, es normal que te sintieras acorralada.

Ese comentario solo puede significar que lo sabe.

—¡Que no, de verdad! —insisto—. Mi reacción fue exagerada.

—Bueno, vamos a dejarlo en empate técnico —concluye riendo.

—Está bien. Aun así me siento avergonzada por lo que dije.

—No te preocupes.

Tras el intercambio de culpabilidades, nos quedamos sin argumentos para seguir la conversación. Me gustaría poder preguntarle sobre lo suyo, saber cómo se encuentra, pero sería delatar a Roberto.

—He visto a tu madre en casa, pero no ha mencionado que andabas por aquí. Me alegra que se tengan tan cerca.

«Si no lo sabe... entonces, ¿a qué situación se refería?», me pregunto.

—Sí. Ya las conoces. El día que falte mi padre las imagino viviendo juntas. ¡Joder, qué he dicho! ¡Toca madera por mí, anda! —Le indico el árbol que tiene al lado y que debe tocar para que no se cumpla lo de que falte mi padre. Sonríe siguiendo mis instrucciones—. Es por no andar bajándome del coche.

—¿Y así funcionará?

—Seguro que sí. Pero pásamelo por si acaso. —Le muestro la palma para hacer un choque de manos.

Se gira a mirar por dónde se mueve Gabi, que está entretenido intentando subirse en la pelota y conservar el equilibrio encima.

—¿Qué tal va todo? —Se ha cruzado de brazos sobre la ventanilla.

—Pues... bien —respondo, y a la vez me planteo si debería contarle la noticia antes de que se entere por boca ajena—. Como siempre —termino diciendo. No me decido a soltarle a bocajarro que espero un hijo por mi mala cabeza en aquella famosa noche de borrachera. Me agobia lo que pueda pensar de mí. Que no haya pensado ya, claro—. ¿Y tú?

—Igual... Sin novedades.

—Si quieres nos vemos un día de estos para charlar sobre aquello que me ibas a contar —propongo.

—No era nada importante —es su inesperada respuesta, y se retira de la puerta—. Bueno... —continúa, a modo de despedida—. Tengo que dejarte.

Dice adiós con un gesto de la mano y se aleja a reunirse con su hijo. Arranco el motor preguntándome qué demonios habrá pasado, en apenas unos segundos, para cambiarle la expresión de ese modo y que rechace quedar conmigo. Al acercarse parecía el de siempre.

Unas semanas después, descubro el misterio. O más bien lo intuyo: mi madre sí les informó de la noticia cuando subió y además al detalle. Para ellos estoy embarazada de un guapísimo y encantador novio francés con el que salgo, y que vendrá a vivir a España a formar una familia idílica. Quizás le jodió que subiera al coche sin la menor intención de confesarlo yo misma. Y tal vez por eso rehusó también a quedar y contarme lo suyo. Aunque tampoco me preocupé de llamarle y averiguarlo, la verdad. La situación que atravesaba ya superaba mi límite. Prefería que desapareciera de mi vida de nuevo antes que volver a enfrentarme a otra ronda de lanzamiento de cuchillos.

Clara: La boda

No pude negarme a asistir a su boda. Se le veía tan ilusionado y feliz que incluso logró transmitirme su entusiasmo. No había sido fácil para mí desprenderme tan bruscamente de su contacto en todos los sentidos. Durante mucho tiempo añoré algunos hábitos y detalles de nuestra convivencia. Los momentos en que llegaba a casa y, aunque estuviera cansado, siempre estaba dispuesto a preparar cualquier cosa apetecible —y eso que aún no poseía sus dotes culinarias—. Yo odiaba cocinar. Nunca he tenido buena mano. También me gustaba cuando, al tumbarme en el sofá a ver la tele, cogía mis pies para calentármelos. Solía quedarme frita al ratito, como si se tratara de un bálsamo. Añoraba disfrutar de las mañanas que no tocaba madrugar y sentirle acurrucado a mi espalda, con su respiración en mi cuello. En realidad no sé por qué para él no era suficiente lo que teníamos y siempre necesitaba un escalón más. Llegué a plantearme la posibilidad de que quizás era yo quien se conformaba con menos, como él afirmó tras plantearme la opción de acudir a un especialista en el terreno. Me negué a ello. Mi opinión era que si una pareja necesita de ayuda externa para seguir adelante, porque no ve su camino, es que no existe tal trayecto.

Me resultó complicado regresar de nuevo a casa. Lo viví como si hubiera dado un paso en falso, como retroceder a un punto ya marcado, retomar de nuevo las normas o costumbres establecidas en el ambiente paterno y volver a dar explicaciones. Fue una decisión demasiado precipitada. Debí buscar un plan B. Perseguir mi propia independencia. Sin embargo, decidí acomodarme bajo su ala.

Durante los días previos a la ceremonia, me planteé no asistir. Sé que debí hacerlo antes, cuando Álvaro declinó la invitación e insistió en que fuera con mis padres. Ya era un poco tarde para avisar sin un motivo de peso. Tenía que haberle insistido y convencido de que me acompañara, a su lado no me habrían surgido tantas dudas, me sentiría protegida en nuestra pequeña

burbuja. Pero el caso era que, según se aproximaba la fecha, yo veía más claro que no debí aceptar. ¿En qué estaría pensando cuando le dije que iría encantada? No sé si temía más que me afectara ver a Roberto en la iglesia del brazo de otra o encontrarme a Darío junto a su acompañante. Y para colmo, yo me presentaría sola al enlace. No ocurrió ni lo uno ni lo otro. Lo primero lo recibí con toda la naturalidad del mundo, señal de que esa etapa para mí era un reto superado y finiquitado. Lo segundo no pasó porque no apareció acompañado. De hecho nos acoplaron en la misma mesa. Imagino que fue más sencillo ubicarnos de ese modo ya que ambos íbamos sin pareja.

No habíamos vuelto a vernos. Aunque de vez en cuando notaba algún cambio en la azotea al subir a fumar un cigarro. En alguno de sus viajes de regreso usaba mi esterilla. También encontraba envoltorios de chicles en la maceta. No me dio por contar las colillas, pero algunas veces subía una bolsa y vaciaba el tiesto para ver si en la próxima descubría otras nuevas. Y las encontraba, señal de que había vuelto al vicio del tabaco. Nunca coincidíamos. Tampoco yo frecuentaba tanto aquel sitio. Por esa época conocí a Rebeca y salíamos mucho juntas. Empezábamos a compartir nuestros proyectos de futuro. Ella trabajaba como asesora de imagen personal —*personal shopper*, le gustaba decir—, y era tan entusiasta como yo. Le hacía tilín lo de montar un negocio conmigo. No sabíamos qué abrir exactamente, dado que en mi experiencia con las ventas no obtuve buenos resultados. Así que un día se nos ocurrió lo del alquiler de ropa y complementos de fiesta y etiqueta. Caprichos para los que cuesta soltar pasta, por el uso exclusivo de una sola noche, y que con un alquiler cumple a la perfección su cometido. Además, con el valor añadido de su experiencia como asesora y las clientas que ello podría reportarnos. El proyecto consiguió mantenerme lo suficientemente ocupada como para olvidarme de ambos al mismo tiempo. Más tarde, apareció Álvaro. Le conocí a través de mi compañera. Era amigo de su novio y coincidimos en la inauguración de la tienda. Fue un golpe de aire fresco para mí, que hasta ese momento no había conseguido desligarme de los gemelos en el panorama sentimental.

Sin embargo, los cimientos de mi relación se tambalearon tras cruzarme con Darío en el cóctel de la boda. Me pareció muy distinto a como le recordaba. Los rasgos algo más duros y profundos. Su mirada, igual de intensa, se clavó en la mía sin variarla un milímetro. No me dejó intuir qué ocultaba, en eso también se diferenciaba de su hermano. A Roberto le

traicionaban sus ojos. Los de Darío te fundían si quería hacerlo. No se acercó a saludarme hasta que coincidimos en la mesa. Al principio, pensé que coqueteaba con una rubia sentada a su lado derecho. Pero enseguida descubrí que se trataba de una prima suya con la que tenía muy buena relación. Apenas surgió la conversación entre nosotros. Dudaba entre si estaba enfadado conmigo por algo, o si únicamente habíamos perdido la chispa y ya no conectábamos.

Solo se dirigió directamente a mí cuando bailé con su hermano y, sin venir a cuento, me alejó de él. Noté su mano en mi espalda, desnuda por la forma del vestido, y mi piel se erizó a su contacto. No dijo nada en lo que duró aquel baile. Me debatía entre la preocupación por que acabara la canción y se quedara allí conmigo sin saber qué decirnos, y la incertidumbre que me provocaba no saber qué le ocurría exactamente.

—¿Te apetece salir a fumar? —fueron sus palabras al finalizar.

—Sabía que durarías poco.

—Sí. Tal vez nunca lo dejé del todo.

—Tengo en mi bolso, pero lo he dejado en la mesa.

Sacó una cajetilla de su bolsillo como respuesta.

Salimos a la terraza del restaurante. A nuestro alrededor, distintos grupos de fumadores compartían confidencias y risas. Nos quedamos alejados, en una esquina. Desde la balconada se veía un jardín extenso con una fuente en la entrada. Encendió el mío y después hizo lo mismo con el suyo. Ninguno parecía saber qué decir, aunque no me incomodaba ese silencio. No era afilado ni venía cargado de incertidumbre, simulaba a muchos otros vividos en la azotea.

—¿Hasta cuándo te quedarás?

—Vivo aquí.

—¿Desde cuándo?

No podía creer que no me lo hubiera dicho.

—Llevo varios meses.

Varios meses y ni se había dignado a realizar una mísera llamada, ni un puñetero mensaje o una tocada de timbre, sabiendo de sobra que vivía abajo. Ahora comenzaba a entender lo que realmente reflejaba su actitud previa, que simplemente le importaba un carajo.

—Entonces... ¿Os habéis trasladado aquí definitivamente?

—Vivo solo. He alquilado una buhardilla por el centro.

—Has subido últimamente a la azotea, ¿verdad?

—Sí. Lo hago siempre que voy a casa de visita.

—Lo sé. Lo he notado.

—Y yo —afirmó—. Al principio pensé que habías dejado de fumar, pero después vi que también te llevabas las mías.

—El tiesto no es un agujero negro que engulle todo lo que le echas —me defendí—. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio.

—¿Y a ti, qué tal te va?

—Muy bien —respondí—. Salgo con alguien, no sé si estarás al corriente.

—Imposible no estarlo, ya sabes cómo funciona el servicio de correos en casa. ¿Dónde está?

—No ha podido venir. Tiene un proyecto importante entre manos.

No dijo nada, se limitó a apagar su cigarrillo y volvió a ocupar su lugar a mi lado, concentrados en el amplio jardín.

—Qué extraño todo, ¿verdad? —agregó—. Quién iba a decirnos entonces que hoy estaríamos aquí como invitados en la boda de mi hermano.

—¿Te refieres a que no sea yo la que va de blanco?

—En eso precisamente no estaba pensando, sino en cómo pasa la vida.

Sonreía mirando a la nada. Luego se giró para apoyarse de espaldas en la barandilla. Yo seguía con los codos en ella y de cara a la parcela. Noté una corriente de aire frío que se abrió paso a mi espalda, y cuando vi que hacía el gesto de quitarse la chaqueta para prestármela, apagué el cigarro y le quité la idea.

—Mejor vamos dentro. Tendrás frío tú sin ella.

—No. Ven, acércate.

Se la dejó puesta, colocó mis brazos alrededor de su cintura, sobre la camisa, cerró la chaqueta en mis hombros y me abrazó por la espalda. El contacto de su calor fue inmediato. Durante un buen rato no dijimos nada. Estaba concentrada en el latido que susurraba a mi oído y en el recorrido que sus dedos dibujaban en la parte desnuda de mi vestido. Cerré los ojos y respiré su olor. Ojalá aquel parpadeo hubiera servido para hacernos desaparecer. No quería salir de sus brazos. Me olvidé por completo del lugar donde estaba y de que tenía una vida fuera de aquella chaqueta. Solo conseguimos despegarnos al oír una voz dirigida a mí y que se abrió rotunda tras su espalda, rompiendo el efecto hipnótico en el que nos habíamos

sumergido. Era mi padre reclamándome para volver a casa. Me sentí como cuando de pequeña nos interrumpían por el interfono en la calle. Habría sido fantástico vivir aquel momento en nuestra azotea. Allí nadie sabía que existíamos. Allí solo nosotros teníamos el poder de marcar el cómo y el cuándo. El porqué sobraba.

—No te vayas, yo te llevo —me pidió al oído.

Dudé por un instante. Pero la realidad me abofeteó enseguida y opté por el camino sensato. La expresión de mi madre era completamente reprobatoria, no quería imaginar lo que se cocía en su cabeza. Aunque en ese momento tampoco me importó. Mi foco de atención seguía suspendido de las sensaciones previas a su interrupción.

—Tengo que irme, es mejor así.

No me acerqué a darle dos besos. Esa nunca fue nuestra despedida. Preferí quedarme con el susurro del latido que guardaba en mi oído y el dibujo que habían marcado sus manos en mi espalda.

Roberto no podía imaginar lo feliz que me hizo sentir cuando confesó que volvía a su casa, unas semanas después: «Pues si lo hubiera sabido, no me habría comido tanto el tarro buscando qué excusa ponerte... Creí que pensarías que había cambiado de opinión por lo del embarazo», me dijo. Es lo que realmente pensé, para qué nos vamos a engañar. Aunque lo importante era que, por fin, se dio cuenta de dónde estaba su sitio. Seguramente hasta que otra Michelle vuelva a cruzarse en su camino. Pero ese ya no será mi problema, si es que alguna vez lo fue.

Mi preocupación ahora se llamaba Ángel, igual que mi padre, y llevaba ocho meses y medio dando tumbos por mi barriga hasta que dijo: «aquí me apeo, no te aguanto más, ¡so tragona!, que me estás cebando y a ver cómo leches voy a salir». Y así me encuentro, con un monigote precioso de ojos azules como su abuelo, dispuesto a zamparse todos los kilos que le sobran a su madre. O al menos eso es lo que espera ella.

Lo más sorprendente fue el regreso del piloto. Pensaba que, tras la última conversación, pondría una chincheta en el mapa para recordar el lugar prohibido de aterrizaje y que no volvería a verle el pelo. No fue así. A los seis meses de embarazo se presentó en casa. No recordaba que conocía mis coordenadas. Coincidió con un día que me encontraba fatal y no pude ir a trabajar. Por lo visto había recapacitado y quería conocer a su hijo. No sé qué cálculos haría, pero le tocó marcharse por donde vino. Ha regresado hoy, encantado de conocer al renacuajo. Cualquiera diría que al principio insinuó que el niño podía ser tanto suyo como de media fiesta. Esta vez ha traído a su mujer, todo muy liberal y moderno. Menos para mi madre, que no termina de encajar lo de que se haya casado tan pronto con otra, si rompimos hace dos días. «Los franceses son muy golfos, hija. Hiciste bien en cortar a tiempo».

La visita que no esperaba es la que acaba de llamar a la puerta de mi habitación del hospital. Me pregunto si alguna vez lograré conocerle del todo. No había vuelto a dar señales de vida durante este periodo de tiempo, como si se le hubiera tragado la tierra otra vez. Tampoco ha publicado un nuevo libro.

Y me parece raro, iba a novela por año. Imagino que no tendrá la cabeza para historias con lo de su hijo. Se ha colado a última hora de la tarde, cuando ya se han ido todas las visitas. Incluso mi madre, a la que he tenido que echar, prácticamente, porque no me dejaba estar a solas con el niño, y lo necesitaba. Es nuestro momento para conocernos de verdad y adaptarnos a esta nueva vida.

—¿Puedo pasar?

—¡Sí, claro!

Trae un pequeño peluche y una caja de bombones que deja a un lado de la mesita.

—Gracias.

—No es nada... acabo de enterarme.

—¿De que estaba embarazada?

—No, boba. —Se ríe por la ocurrencia.

—Podría ser, como habías desaparecido...

Se ha sentado sobre la cama. Le toca un piececillo al canijo y él ni se inmuta, anda perdido en su sueño. Recuerdo en ese momento lo suyo y no puedo evitar sentirme culpable por saberlo sin que él me lo haya contado.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Uffff... Doloroooooso... ¡Pero increíble!

No dice nada. Sigue concentrado en el pequeño que tengo entre mis brazos, o quizás en sus propios pensamientos. Yo también estoy centrada en el bebé, para evitar mirarle. Siempre me ocurre cuando retomamos el contacto después de mucho tiempo.

Vuelvo a sentirme culpable, pero esta vez es al mirar la carita de Ángel. Llegan a mi mente aquellos momentos en los que no quería estar embarazada y me sentía tan desdichada y hundida por ello. También pienso en lo que debió de sufrir él tras saber que no podía tenerlos. Y en el mazazo que seguro sintió al descubrir que la sangre de las venas de aquel niño no era la suya. Y lo que es peor, me viene la carita de ese travieso mellado que no sabe que ese hombre que adora no es en realidad su verdadero padre. Aunque la palabra correcta no sería «verdadero», porque Darío sí es su verdadero padre. El otro, en tal caso, sería el biológico.

—¿Y tú, cómo estás? —me intereso—. ¿Va todo bien?

—Sí.

Es un sí plano, sin entusiasmo. Señal de que bien, bien... no está. Tal vez

por su cabeza estén pasando sus recuerdos con aquel otro bebé de años atrás.

—¿Me lo vas a contar algún día? —le pregunto. Ahora sí nos miramos.

—Para qué, si ya lo sabes.

—¿Desde cuándo sabes que lo sé?

—Lo supe el primer día. Me escribió que te lo había dicho porque estabas jodida por un embarazo no deseado y se le escapó. Ese fue el contenido del mensaje.

—¡Joder, menudo tacto tiene!

Así que estaba al corriente de lo mío desde el principio también.

—Sí, pero te va la marcha. Es con él con quien tienes la confianza para contarle todo.

—Eso no es así tampoco. Fueron las circunstancias.

—Da igual, Clara. No he venido a reprocharte nada. Solo quería ver cómo estás.

—No se lo digas a Gabi —me atrevo a opinar.

—Algún día tendrá que saberlo. Y mejor que se entere por mí que por otro, como tú.

—¿Y a tu madre cuándo vas a decírselo?

—Se lo conté aquel día que nos vimos en la calle con el niño.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Ya lo sabía. Notaba que no se parecía a mí y apenas a Belén, pero que nunca le importó. Aunque pensaba que yo estaba al tanto y que había sido una *in vitro* en secreto por lo mío.

—Pues me parece una idea cojonuda para contarle al niño y al resto del mundo. ¿Por qué no lo hablas con Belén?

—Eso también se ha barajado. Pero pensamos que si el niño en un futuro se interesa por su padre biológico, descubrirá que le hemos mentado. Es mejor afrontar la verdad, aunque nos cueste. Hasta me he puesto en el pellejo del otro capullo, tampoco es justo que no sepa de la existencia de Gabi. Aunque más por el crío que por él. No sé, la verdad. La vida es una mierda... y esto una bomba de relojería que de una forma u otra va a reventar.

—¿Y cuándo tenéis pensado contárselo?

—Aún no está claro ni decidido.

—¿Y tú qué, cómo te sientes? —Le sigo notando apagado.

—En realidad para mí es como si llevara mi sangre.

Le comprendo perfectamente. Creo que ahora mismo, si me dijeran que se

han confundido y que el niño que tengo en mi regazo es de otra, tendrían que arrancarme los brazos para quitármelo.

—¿Habrías preferido no descubrirlo?

—Sí y no... Eso me ayudó a conocer a la persona que tenía a mi lado. No entiendo cómo pudo ser capaz de dormir por las noches, consciente de ello.

—Y si lo hubiera confesado al principio, ¿habrías seguido adelante con ella?

—No lo sé, Clara. Es complicado ahora ponerme en mi propio pellejo de entonces.

—Pues quédate con el lado positivo de la historia: gracias a su mentira eres el padre de Gabi.

—Ya... en el fondo tienes razón.

—A veces no viene mal solapar la realidad con una dosis de ignorancia.

—Veo que has recuperado tu antigua vena filosófica.

—Serán cosas de la anestesia. Por cierto, con tu hermano ¿cómo van las cosas? Me refiero a lo vuestro.

—¿También te contó eso? —El tono de voz le cambia por completo, ahora parece molesto.

—A ver, Darío, hemos vivido juntos... de algo teníamos que hablar.

—Estamos igual que siempre, ni bien ni mal. —Vuelve a evitar mi mirada.

—Sois los gemelos más distantes que conozco.

—¿Si solo conoces a unos! —Al menos he conseguido que sonría.

—Lo sé, pero he leído mucho sobre gemelos y algunos hasta se van a vivir cerca porque no pueden estar separados. Incluso parejas de gemelos que se casan con gemelas... A vosotros solo os falta ser enemigos, como los de tu libro. Oye, ¿ya no escribes?

—Sí, eso nunca podría dejar de hacerlo.

—Ah, es que como no has publicado nada.

—¿Y no será que no te has enterado?

—Si no me lo has enviado —me quejo—. No lo dirás en serio, ¿no?

—No sabía que era una obligación.

—Y no lo es, pero siempre lo has hecho. ¿Es la continuación de la saga infinita?

—Es otro estilo diferente, ya lo verás por ahí. En realidad sale mañana.

No sé si estará tomándome el pelo. No puedo creer que haya tenido los

santos cojones de publicar un libro y no enviarme un ejemplar antes. Seguro que cuando llegue a casa encuentro un resguardo de la oficina de correos en el buzón. Va de farol.

—Pues no pienso comprarlo. Tus bodrios solo los leo gratis.

—Total... por una lectora menos no notaré la diferencia.

—¡Qué subidito vienes! Quién te ha visto y quién te ve...

—Bueno, voy a marcharme ya para que descanséis. —Me coge la mano que tengo a los pies del bebé y con el pulgar me acaricia el dorso. Tras soltarme se levanta—. Me alegro mucho de verte.

—Yo también.

En el pecho siento el mismo vacío que suele acompañarme en todas sus despedidas. El de no saber si esta será la última vez que nos veamos en mucho tiempo. Permanezco en esa misma postura un rato más, desgranando nuestra breve conversación. Sintiendo todavía ese cálido contacto de su mano en la mía.

Angelillo se revuelve en su sueño y decido meterlo en la cunita transparente que tengo a mi lado. Me fijo en la caja de bombones y decido que hoy no es el mejor día para comenzar mi dieta. Están envueltos con papel de regalo, espero que no se le haya ocurrido comprarlos de licor, porque mi intención es ventilarme media. Total, con el esfuerzo que he hecho hoy, cuatro chocolillos arriba o abajo no se van a notar nada. Cojo el peluche y lo coloco a sus pies dentro de la cuna. Es un pollo amarillo. Tal vez era el único que no sabía el sexo de la criatura y por eso no se ha decantado por el típico celeste que invade toda la habitación. Aunque, pensándolo bien, los pollos son amarillos, y no como el oso azul que hay en ese sillón. ¿Y qué hago pensando en los colores de los peluches? Regreso de nuevo a la cama. Abro el envoltorio y descubro que no hay bombones. Pero en realidad estoy feliz de quedarme con las ganas porque lo que encuentro me parece alucinante. Es su último libro. El título consigue dejarme completamente estupefacta: *Historia de una azotea*. Mientras un escalofrío recorre mi espalda, voy haciéndome una idea de lo que encontraré dentro. No leo la sinopsis, con sus novelas nunca lo hago. Abro la primera página y aparece en ella una sola frase escrita a bolígrafo:

«*Esta es mi última palabra, ¿cuál es la tuya?*»

Darío: Segunda boda

Cuando la vi aparecer en la iglesia, supe que debía hacer algo. Me parecía ilógico que se hubiera presentado solo a presenciar el enlace. ¿Quién demonios acude a la boda de su exnovio? Además, vino sin acompañante. Tenía que haber otra razón detrás, o al menos era en lo que yo confiaba. Me costó encontrar la fórmula para acercarme a ella, pese a encontrarnos juntos en la mesa. Me sentía intimidado al contemplarla a mi lado tan distante y segura de sí misma. Verla bailar con mi hermano fue la gota que colmó el vaso. ¿Por qué con él seguía como si nada? ¿Cómo había logrado hacerla reír? Raquel se interesó por ella enseguida y me preguntó quién era la chica con la que bailaba. Le dije que una gran amiga mía, para lanzarle un capote a Roberto — por si no le había contado nada del asunto—. Fue ella quien me pidió hacer un intercambio de parejas para recuperar a su recién estrenado marido y aproveché su propuesta. Durante la canción, no hice otra cosa que buscar algo interesante que contarle. Pero solo se me ocurrieron nimiedades que deseché una tras otra. Suerte que, al terminar nuestro baile, descubrí el paquete de tabaco en el bolsillo. La excusa perfecta para llevármela a un lugar tranquilo. Deseaba besarla y pedirle que nos fugáramos juntos de allí, a pesar de conocer el terreno movedizo sobre el que nos encontrábamos. Pero mi limitada osadía solo me permitió dar un pequeño paso y disfrutar de un efímero contacto con su cuerpo. Cuando la sentí acurrucada sobre mi pecho, temí mover un solo dedo, por si se lo replanteaba y salía corriendo. Solo al sentir sus manos recorriendo mi espalda, me dejé llevar. Olí su pelo y mis labios rozaron su frente. Quería bajar a su boca pero aquella voz, que de pronto recibimos como si sonaran las doce campanadas, arrasó consigo aquel instante. Y, sin opción a más, me quedé allí plantado y perdido, pensando en lo que pudo ser si hubiéramos estado en otro lugar.

Me dejó tocado aquella escena que vivimos. Durante un tiempo me planteé si debía hacer algo, dar un nuevo paso. Estaba convencido de que ella

también lo había sentido del mismo modo. Pero no lo di. Clara ya no subía a la azotea, o al menos no encontraba indicios de que lo hiciera, y eso me ayudó a convencerme de que no sería buena idea interferir en su vida. Quedaba claro que había elegido su propio camino.

Tardamos mucho tiempo en volver a vernos. Estaba centrada en levantar su negocio, que poco a poco iba despegando casi sin la necesidad de empujarlo. Después se compró un piso con su novio y ocupó los ratos libres en las reformas, muy entusiasmada por los cambios en su nueva vida. Mi madre no paraba de anunciarnos cada movimiento que se producía en la casa de abajo. Supongo que lo mismo ocurría allí con la de arriba. Eran inagotables a la hora de conversar sobre sus hijos. A mí, en el fondo, me gustaba saber de ella, y esa era mi única fuente de información.

Después conocí a Belén. Llevaba un tiempo dándole vueltas a una historia de intriga. En mi cabeza, el argumento funcionaba a la perfección, pero cuando trataba de plasmarlo sobre el papel se amontonaban las ideas y las expulsaba sin orden ni concierto, como a borbotones. Me costaba sintetizar y ordenar el esquema. Acudí a un taller literario que se ofertaba los sábados. Entre semana dedicaba gran parte de la jornada a echar horas en una empresa de asistencia en carretera por vía telefónica. Era en lo que había trabajado los últimos años en Glasgow. Conseguí el trabajo por hablar fluidamente dos idiomas y del mismo modo me contrataron aquí. Belén impartía clases en ese taller al que me apunté. Le reportaba unos ingresos extra a su trabajo de profesora de literatura en un instituto. Conectamos rápidamente. Nos contagiábamos del entusiasmo por los libros. Compartía mis inquietudes y comprendía perfectamente mi fiebre por la escritura. Experimentaba como el niño que acaba de descubrir un juego nuevo, desconocido, apasionante... Ella me infundía seguridad y comencé a mejorar enseguida.

Fue una época distinta. Los días se esfumaban sin apenas notarlos, pegado a la pantalla del ordenador durante horas. Noches apuradas sin dormir y enlazadas con la jornada en la oficina. Café por litros, cigarros por cartones y un único objetivo: terminar mi primera obra. Para entonces, Belén y yo llevábamos dos años saliendo. Prácticamente vivíamos juntos, solo que sus cosas aún seguían ordenadas en su piso. Dejé de asistir los sábados a sus clases en el taller por falta de tiempo. Tenía a la maestra en casa y me ayudaba constantemente a resolver mis dudas cuando parecía atascado. Aunque no dejé

que leyera ningún capítulo más hasta tener terminada la novela. En los primeros puso tantas pegas que a punto estuve de tirar la toalla. Decidí que debía enfrentarme a mis miedos solo.

El momento en el que le planté el manuscrito impreso sobre la mesilla de noche, fue el más intenso de mi vida. Quería que se lo bebiera del tirón y soltara su veredicto de inmediato. Miró el despertador, con la melena revuelta y parpadeando, apenas podía abrir los ojos para mirar la hora. Eran las cinco de la madrugada.

—¿No te has acostado aún? —preguntó, colocándose las gafas y tratando de enfocarme. Le indiqué con un gesto de barbilla hacia el montón de folios—. ¿Lo has terminado ya? ¡Enhorabuena!

Confiaba en que se emocionaría tanto como yo y que se pondría a devorarlo de inmediato. Sin embargo, dejó las gafas plegadas sobre el taco de papeles y se dio la vuelta para seguir durmiendo. Después agregó:

—Mañana me lo llevo a clase. Acuéstate, en dos horas tenemos que levantarnos.

Pero ¿quién podría dormir con ese alboroto dentro de mi cabeza? Caminé hacia la cocina y puse en un vaso leche fría. Salí al balcón, cuyo uso habitual era el de guardar la bicicleta y la aspiradora. Retiré a un lado el cenicero que siempre olvidaba sobre la repisa de la ventana que daba al salón y me senté allí de un impulso. Extendí los pies hacia la barandilla, concentrado en aquellas vistas de una ciudad dormida. Enseguida vino a mi mente una imagen. Clara.

«Acabo de escribir un libro», le puse en un SMS. No esperaba que respondiera en ese instante, pero lo hizo. «¿En una noche?». Era su forma de recordarme que llevábamos demasiado tiempo fuera de órbita. «No, mujer, llevo un año y medio escribiéndolo». «¿Y cuándo lo vas a publicar? Al fin podré volver a leer tus cosas sin que lo escondas». «Publicarlo resulta prácticamente imposible. Si quieres te lo paso por email ahora». «¿De verdad?». «Sí. Promete que serás sincera». «¿Alguna vez te he mentado?».

Se lo envié y, ese mismo día, a primera hora de la tarde, llegó su respuesta: «¡Te lo van a quitar de las manos!». Fue la única frase que contenía el email. No necesité nada más para extender mis alas y ponerme a buscar como un loco una editorial que la leyera. Sabía que era complicado que alguien me hiciera caso. Las bandejas de correo de todas las editoriales estarían atestadas de correos de autores asegurando que su novela era lo nunca

visto hasta el momento. En algunas incluso acudí en persona con el manuscrito impreso en mano, y me rechazaron educadamente y afirmando que la vía normal de recepción de obras era el envío previo, por correo electrónico, de una propuesta editorial. Otras, que no admitían manuscritos no solicitados. Y las más exigentes, que solo trabajaban con los escritores que ya tenían en contrato. Así pasé la primera semana tras finalizar la novela.

Sin embargo, al llegar a casa Belén el viernes siguiente, trajo consigo la mayor sorpresa que podría haber imaginado. Le había pasado mi libro a un colega del instituto, que se mostró muy interesado al hablarle ella de mis personajes. El argumento trataba de dos hombres que habían nacido con una apariencia física tan idéntica, que solo ellos mismos estaban seguros de quién era cada uno. La madre, una indigente de la que nadie reclamó su cadáver, había muerto en el parto. Los niños se criaron en un hospicio donde eran devueltos una y otra vez por diferentes padres adoptivos. Alegaban tener sospechas de que algo turbio se escondía en la mente perturbada de aquellos críos, en apariencia inocentes. Un *thriller* psicológico donde nada termina siendo lo que parece, y el lector es el único que cree tener la clave y la identidad del sociópata que trae de cabeza a los que investigan el caso.

El amigo de Belén opinaba que había conseguido construir a la perfección la personalidad de cada gemelo, tan iguales y distintos al mismo tiempo. Incluso dudó por momentos de si realmente se trataba de dos individuos o si había uno solo con desdoblamiento. Y que le resultó impecable la confusión al lector en todo momento hasta el desenlace final, cerrando el círculo de forma intachable. Le pedí que me repitiera sus palabras varias veces. Me sentía eufórico y emocionado. Aunque la cosa no quedaba ahí: iba a ponerse en contacto con un amigo y, posiblemente, mi historia caería en manos de un agente literario que me ayudaría a introducirlo de forma eficaz en el mercado.

—Era mejor la primera versión que me enviaste —fue la sentencia de Clara, cuando quedé con ella en la azotea para entregarle uno de los primeros ejemplares publicados. Aunque ya lo había comprado por su cuenta y releído.

—Ya. Hemos tenido que adaptarla un poco, hacerla más comercial.

—Vamos, que te has vendido al mejor postor —insinuó burlona, revisando la contraportada del libro, como si pensara que sería diferente al que había adquirido.

—Si tú lo dices...

—¿Y qué será lo siguiente? ¿Escribirás novelas bajo pedido?

—¿Por qué estás tan impertinente?

—Eres tú quien me saca de mis casillas.

Dejó la novela en el suelo y se puso en pie. Caminó hasta la barandilla y miró hacia abajo, ensimismada. Algo le rondaba la cabeza.

—¿Y qué he hecho ahora? A ver, explícate.

—No sé. En realidad nada. —Se giró para responderme a la cara. Yo seguía sentado en el suelo—. Es que... últimamente no haces otra cosa que hablar de tu libro. Y si no hablas de él, hablas del portadista, de la corrección, la maqueta, la encuadernación, presentaciones... O de otros libros, los que has leído o piensas leer o escribir. Libros, libros... Hay una vida más allá de los libros, ¿sabes? Se llama mundo real.

—Está bien. Hablemos del mundo real. Venga, empieza.

—Paso. Así no puedo.

Caminó dos pasos de derecha a izquierda y volvió a sentarse de nuevo a mi lado, de espaldas a la pared.

—¿Quién se ha llevado la esterilla? —pregunté, para cambiar de tema.

—Yo. Sacudí unas migas de patatas fritas tras la barandilla el otro día y salió planeando los siete pisos abajo. Cuando bajé se la habían llevado.

No pude evitar reírme y a la vez sentir nostalgia por aquella reliquia que tan buenos momentos nos ofreció.

—¿Y a la maceta? ¿Qué le ha pasado? Le falta un trozo.

—Le di una patada por un pronto que tuve.

—¿Con esas sandalias?

—No, fue este invierno. Una prueba más que demuestra que vives en la ficción de tus libros y ya no te enteras de nada.

Seguía cabreada por algo, pero ignoraba qué.

—¿Va todo bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y no me vas a contar nada de ese mundo tan real tuyo?

—Álvaro y yo nos vamos a ir a vivir juntos.

Lo expresó sin emoción alguna, como quien aprende un mensaje de memoria y lo suelta de carrerilla para asegurarse de que salga completo.

—Ya era hora, ¿no? —respondí—. Montar esa casa ha durado casi tanto como la catedral de *Los pilares de la tierra*.

—¿Tú crees que hago bien? —lo preguntó sin mirarme. Estaba concentrada en raspar la unión de dos losetas usando su llave de la azotea.

—¿En lo de mudarte? ¡Claro que sí! —afirmé, con una convicción fingida—. ¿No es lo que quieres hacer?

Mi intención era tantearla.

—Sí. Solo quería saber qué opinas.

—Si te dijera que no me parece bien, ¿no te mudarías?

—No, tampoco es eso —respondió a la defensiva.

—Ah, ya me lo parecía.

Aunque en el fondo esperaba que reconociera que no lo haría. Porque en realidad no quería que se fuera a vivir con el gilipollas ese al que ni siquiera conocía. Porque si decía que mi opinión era suficiente para dar marcha atrás, yo también daría. Porque todavía estábamos a tiempo de conseguir que sucediera.

—Yo también tengo que contarte una cosa —dije.

—¿Buena o mala?

Noté que sus dispositivos de alerta se habían activado. Cuando lo hacían se rascaba inconscientemente el pelo a la altura de la oreja. Se había puesto nerviosa.

—Buena —afirmé, intuyendo que no le haría la misma gracia.

—Te van a publicar el libro fuera de España.

—No, eso ya lo sabías. No tiene que ver con el trabajo. ¡¡Voy a casarme!! —Exageré mi entusiasmo. Desvió la mirada hacia el suelo y juntó sus rodillas al pecho, como si tratara de hacerse un ovillo y mimetizarse con la pared. Justo la reacción que deseaba.

—¿No vas a decir nada?

—Es que me has dejado de piedra. ¿Lo has decidido así de repente? —Su tono de voz parecía afilado.

—No. Lo decidimos hace ya tiempo, pero no te lo he dicho hasta ahora.

Buscaba una oportunidad como aquella: los dos solos en nuestro sitio.

Necesitaba acorralarla y que de una vez por todas me aclarase lo que en realidad sentía. Solo así estaría dispuesto a lanzarlo todo por la borda y quedarme allí.

—¿Por qué? ¿Pensabas que me afectaría? —fue su inesperada y errónea respuesta.

—No. Solo esperaba encontrar el momento oportuno.

—Y el momento oportuno es que te casas porque yo me voy a vivir con Álvaro. ¿Es eso? ¿Es esta tu competición particular de meadas?

—¡Se te va la olla, Clara! ¿Te has enfadado porque me caso?

«Dilo, todavía estás a tiempo», decía para mí mismo.

—¡A mí me importa un carajo lo que tú hagas! Y así ha sido siempre.

Se levantó bruscamente, con la evidente intención de marcharse.

—¿Esa es tu última palabra?

—No. Claro que no. Mi última palabra es esta... —Tiró la llave dentro de lo que quedaba del tiesto y se largó dando un portazo.

No se presentó en mi boda. Ni llamó para agradecer la invitación y ya de paso confirmar que no asistiría. Fue mi madre quien se empeñó en invitarla, ajena a nuestros enredos. Yo sabía que no vendría. También intenté ponerme en su lugar y pensé en cómo habría actuado en el caso contrario. ¿Habría sido capaz de acudir y verla casándose con otro?

29

Adiós a mi vestidor. Tenía que haberle hecho caso a mi madre cuando insistió en que debía reformar la habitación antes de la llegada del niño. Pero no sé si yo en esa época todavía pensaba que el embarazo iba a volatilizarse por arte de magia. El caso es que lo fui dejando, dejando y dejando... y al final ni monté su dormitorio, ni compré los muebles, ni le esperé decorando con papel pintado en tonos pastel —como habría hecho otra madre— o dibujando una cenefa en el perímetro de su dormitorio. Ángel llegó a su casa con una cuna de mis sobrinos junto a mi cama, una bañera-cambiador en el cuarto de baño y, eso sí, un gran espacio —que ya hubiera querido Roberto— donde le sobraba sitio para guardar su ropita y los peluches. A mí ya no me valía casi nada de mi antiguo vestuario y decidí almacenarlo todo en Let-style por la futura obra, que ahora tiene los días contados. Y aunque poco a poco voy regresando a mi ser, eso no me ha echado atrás para llevarla a cabo. El niño necesita su propio cuarto y, además, debo ser realista: mi estilo de vida ha cambiado. Salidas nocturnas igual a cero, por lo tanto la ropa festiva irá al baúl de los recuerdos. Si algún día cae la breva y consigo mantenerme despierta por más tiempo de las diez y media de la noche, dejaré al enano con mis padres y tomaré uno prestado de la tienda. Las faldas de tubo y los vestidos ajustados también irán a parar al mismo depósito del olvido. Mis mejores aliados ahora son los de vuelo, los pantalones unitalla que siempre he odiado y el equipo del gimnasio. En definitiva, con un armario corriente en mi habitación voy bien servida. Siempre y cuando me olvide de la ingente cantidad de bolsos y zapatos que aún no están reubicados... Creo que es mejor no pensarlo. También puedo transformar la cama abatible del salón en un armario secreto. Además, eso ayudaría a ahuyentar futuros ocupas. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Por fin me he incorporado al trabajo. Echaba de menos mi rutina, aunque sea tan distinta a la que era. Ahora hago un pequeño desvío para dejar a Ángel con mi madre, y lo mismo en el recorrido de vuelta. Sin contar con que he tenido que sustituir mi hora en el espejo embadurnándome de potingues, por la

tarea de preparar biberones, cambiar pañales y organizar el bolsón de provisiones que necesita en mi ausencia. Tengo que conformarme con estar presentable en quince minutejos, cosa que nunca consigo, y la realidad es que me ducho en cinco —la mayoría de veces con el capazo de Angelillo allí presente—, me visto en otros cuantos, cargo un termo de café para no quedarme frita en el trayecto a casa de mis padres... y ya si eso en el trabajo me adecento con el maquillaje y le doy vida a mi pelo, que suele llegar electrizado, no sé si por la energía de las prisas o incluso juraría que con el embarazo ha cambiado de textura.

En cualquier caso, no puedo quejarme y me siento afortunada de no tener que dejar al enano en una guardería en su primer año. La vida, una vez más, me sonrío. Ya se habrá hartado de darme collejas por mi mala cabeza.

—¿Me ayudas a inventariar esta caja? —me pide Rebeca—. Están sin etiquetar y tengo un lío tremendo con los códigos de los tocados.

—Tráela. Estoy acabando con este pedido y lo hacemos juntas.

Sacamos los artículos y los vamos ordenando sobre el mostrador por filas de iguales.

—¿Y a qué hora has dicho que te vas?

—A las siete. Gracias por cerrar tú.

—Ah, no te preocupes. Ya me lo cobraré.

—Pues tienes unas cuantas que cobrarte.

No puedo evitar estar nerviosa, he quedado con Darío a la salida del trabajo. No nos vemos desde que se pasó por el hospital. Imagino que habrá estado liado con las presentaciones de su libro, los viajes y sus cosas habituales.

—Por cierto, ¿cuándo vuelve a sacar novela tu amigo? Mi madre está impaciente por que salga ya la tercera parte de la trilogía. La última no le ha gustado.

—Ni idea. ¿No le ha gustado?

—No, dice que le falta acción y carnaza. Se han vuelto muy de *thriller* estas del club.

—Es que esta no tiene nada que ver con lo que había escrito hasta ahora, de hecho va en otro sello distinto.

—A ver si le ha suplantado su hermano... —Me hace gracia que se le haya pasado eso por la mente. Más de uno lo habrá pensado.

Se me ocurre sentarme en el taburete que tengo a mi espalda, sin darme

cuenta de que Rebeca ha puesto allí la caja. Al volcarse, el contenido se reparte por el suelo. Nos agachamos a recogerlo.

—¡Joder, hoy no doy pie con bola!

—¿Estás nerviosa por tu cita?

—No es una cita, ya te lo he dicho antes.

—¿Y el gemelo? ¿Qué se cuenta?

—Ni idea. Hemos vuelto a perder el contacto. Por lo visto su mujer no le deja relacionarse conmigo, cosa que no entiendo. Si le perdona a él por haberse acostado con otra, ¿por qué no me perdona a mí el haberle encubierto? ¡Lo suyo es más grave!

—Bueno, eso colaría si se lo cuentas a otra... No olvidemos que te lo cepillaste cuando era tu inquilino, de inocente no vayas ahora tampoco. —Nos reímos por su comentario. Razón no le falta.

Se levanta a soltar en el mostrador el cargamento que lleva en las manos y se vuelve a agachar sin dejarlo.

—Hablando del rey de Roma... —susurra en bajito.

—¿Roberto? —pregunto en el mismo tono y volumen. Afirma con un gesto de cabeza. Nos levantamos con la cara de pimienta morrón. Al menos ella, que la veo perfectamente.

—¡Darío! —Ahora es cuando noto la mía ardiendo.

—¡Hola! He llegado un poco pronto y me he decidido a entrar. ¿Os pillo en mal momento?

—No... —«¡Mierda!»— ya estamos acabando... ¿verdad? —Mi compañera afirma y aprecio en su cara un gesto que me hace dudar si no estará a punto de descojonarse viva—. Ah, mira, os presento: ella es Rebeca.

No sé si lo habré dicho tartamudeando, no estoy concentrada y creo que se me han fundido las orejas del bochorno que me produce lo que acabamos de soltar hace unos minutos.

—Entonces tú eres la que me firma los libros, ¿no?

La mirada de ella se centra en mí, sorprendida por habérselo contado y bastante cortada ahora.

—Sí... bueno... es que...

—Tranquila, fue gracioso. La próxima vez me los das y se los dedico sin problema. Aunque, ya que te la has aprendido, lo mismo soy yo quien te pide el favor cuando me pasen una ristra para preventa y me ayudas.

Salimos a la calle y caminamos sin decir nada, tan ajeno él a mis cavilaciones como yo a las suyas. Fui yo quien le llamó anoche para vernos hoy, en un arrebató de valentía y nostalgia en el que decidí volver a leer su libro por tercera, cuarta o enésima vez. Tal vez con la intención de convencerme de que sí, ahí está el mensaje, claro y conciso; pese a que mi lado cobarde se empeñe y trate de venderme lo contrario. Noto una sensación extraña, o más bien incómoda. En realidad, no estoy segura de si es por lo de la novela o por la posibilidad de que nos haya escuchado hablando bajo el mostrador. Si ha ocurrido lo segundo, lo sacará en cualquier momento. Aunque creo que me preocupa más lo primero, quizás por esas dudas que afloran siempre tras soltarlo en la estantería y que hacen que me replantee si he interpretado correctamente lo que trata de decirme por escrito en él. El temor a dar un paso equivocado. Tras la primera lectura, pensé que llamaría o de alguna otra forma trataría de ponerse en contacto conmigo de nuevo. No lo hizo. En el fondo sabía que no lo haría. Si aquello que dejó fue una pelota en mi tejado —cosa que al principio me pareció incuestionable y que con el paso de los días, las semanas y los meses se tornó imprecisa—, quedaba claro a quién le tocaba mover ficha. Reconozco que he tardado más de lo que cabía esperar. Pero aquí estoy. O no, no sé. Creo que mi lado cobarde ataca de nuevo. De todos modos, tampoco es obligatorio sacar a relucir lo del libro, ¿no? Podemos hablar de otras muchas cosas. Menos del bebé, claro. No quiero volverme como esas madres monotemáticas de la preparación al parto, que ahora es un horror quedar con ellas. Incluso he tenido que silenciar el grupo de WhatsApp.

—A las ocho y media tengo que estar donde mis padres para recoger a Angelillo. No puedo saltarme su rutina del baño, pijama, cena... Qué te voy a contar, ya sabes cómo funcionan. No quiero darle más trabajo a mi madre, ya abuso demasiado —digo finalmente, prometiéndome que será la única alusión al tema. Ni siquiera sé hacia dónde nos dirigimos y creo que él tampoco.

—Pues si quieres nos acercamos directamente al barrio y buscamos un sitio cerca para tomar algo. ¿Dónde has dejado el coche?

—No he traído. Desde la casa de mis padres me viene mejor el metro y lo dejo aparcado por allí siempre.

—Entonces te acerco en el mío.

Apenas hablamos durante el trayecto. Quizás también está a la expectativa por la situación, esperando a que sea yo quien se decida a sacar el tema de la novela. Ignora que no tengo intención alguna de sacarlo y que si lo deja en mis manos nos despediremos sin hablar de ella, cosa que en el fondo me relaja: hoy rompemos el hielo y otro día de menos tensión la destripamos. Despacito y con buena letra, que diría mi padre.

Aparca a dos calles del portal y caminamos sin un rumbo fijo. Aún no hemos acordado dónde entrar. En realidad no importa demasiado, la tarde es cálida y apacible, da gusto pasear por el barrio en el mes de junio. Se para en el quiosco de la esquina y pide un par de bebidas frías. Enseguida llueven en mi memoria imágenes de otro tiempo, que me confirman dónde tiene pensado ir. La última vez que estuvimos allí la recuerdo perfectamente. Teníamos dos mil años menos y una amplia perspectiva por delante. Él soñaba con sus libros y yo despegaba con mi negocio. Él a punto de casarse y yo lamentándome por ello. Obviando que tenía sobre mi mano la llave que marcaría nuestro destino. Fue sorprendente e indescriptible la sensación de irlo desgranando todo en su libro. Leerme en algunos pasajes donde había incluido frases propias, en realidad de ambos. La azotea funcionaba de narradora de la historia, y nosotros como los únicos protagonistas. No existían más personajes. Ni siquiera nombres. Él era él, Ella era yo, y un único escenario. La experiencia resultó similar a la de mirar a través de un espejo convertido en ventana. ¿Cómo podía recordar tantas cosas? Seguro que fue apuntándolo en su cuaderno de notas, aquel que una vez curioseé y jamás volví a encontrar en su cajón. Me sorprendí con situaciones que entendí de otro modo por mi cuenta, y también con las que él interpretó al contrario. Coincidió, palabra por palabra, con el análisis que la narradora hacía antes del finalizar aquella preciosa historia de una azotea. Decía:

«Con el tiempo descubrí que si no terminaron juntos no fue solo por esas circunstancias a las que se agarraban, sino porque ellos mismos hicieron lo imposible por destruir todas las posibilidades que se les presentaron. Tal vez intuían que una relación se llevaría por delante lo que ya tenían, y lo que sentían era tan imponente y real en el escenario de su imaginación, que temían arriesgarse a perderlo fuera de ella».

Clara: Tercera boda

Aquella noche, en la azotea, no tuve el valor de pedirle que no se casara. Él tampoco dijo que no me fuera a vivir con Álvaro; y si a él le importaba una mierda lo mío, ¿por qué a mí me afectaba tanto lo suyo?

No quise asistir a su boda. ¿Qué se había creído? ¿Esperaba encima restregármelo en la cara? Hasta Roberto se enfadó conmigo. Recibí una llamada suya. Por lo visto, Juani no paraba de pincharle para que me preguntara, no entendía que aún no hubiera confirmado mi asistencia. Le dije que no iría, por supuesto. Lo mismo que a mi madre, que era otra integrante del servicio de mensajería. Ambas insistían en pedirme explicaciones. Achaqué que al ser fechas tan señaladas por las bodas y demás, teníamos mucho trabajo en Let-style. Excusa que no cuajó. Pero tampoco iba a quitarme el sueño. Vivía con Álvaro y ya no tenía que cruzarme con ellos por el vecindario a todas horas. Resultaba menos complicado centrarme en lo mío si no los tenía tan presentes. Roberto fue más allá en su llamada telefónica y confesó que nos había visto aquella noche fuera, en su boda, abrazados. Preguntó abiertamente si nos habíamos liado y si no asistía al enlace porque estaba jodida. Le colgué el teléfono sin explicación alguna. En esa pasota decidí convertirme.

Sin embargo, Darío no dudó en aparecer en la mía, dos años más tarde. En mis planes no se encontraba invitarle y así lo manifesté en casa. De hecho mi intención era que vinieran solo sus padres —ni siquiera Roberto y Patricia, que no tenían culpa de nada— y por cortesía, dada la amistad entre ellas. Pero mi testaruda progenitora se empeñó en que ellos nos habían invitado a todos, en ambos casos, y que aquello iba a quedar como una absoluta tacañería que no pensaba tolerar. Que me olvidara por completo del asunto. Así que incluyó a todos: padres, hijos, nietos... Sí, Roberto acababa de tener a principios de año a su segunda hija. Y Belén estaba a punto de dar a luz al suyo, por eso no pudo asistir. La recta final la pasó en reposo. Mi madre pasó varias horas

intentando ubicar a Darío en alguna mesa disponible, todos los huecos eran pares, y quejándose de que para venir desparejado más valía que no hubiera asistido. «Pues no haberle invitado», fue mi respuesta. «¿Se puede saber qué te pasa con él? ¡Con lo amigos que erais!». Para ella parecía todo tan sencillo, ajena a nuestras vivencias y desengaños. Como si todo pudiera ser blanco o negro, cuando en realidad nos habíamos paseado por toda la gama de colores.

Al final, ese día, con el ajetreo típico de las fotos y las felicitaciones, apenas me enteré de la jornada. Todo salió como cabía esperar. No hubo sorpresas de última hora, ni retrasos, ni nada que destacar. Llegué a la iglesia sin pensar en que estaría. En realidad ni me importaba. O al menos no al principio, porque no le vi. Cuando se acercó a darme la enhorabuena en la salida, tuve que disimular y fingir que me importaba un rábano su presencia allí. Como si fuera uno más de los invitados. Como si aquella conversación en la terraza nunca hubiera existido. Como si no lleváramos dos años sin vernos. Como si realmente fuéramos amigos de los que se alegran de que el otro se case y tenga su vida completamente al margen de la suya. Todo eso pasó por mi cabeza en el escaso minuto que duró aquel encuentro. Después se alejó y no volví a reparar en él hasta casi el final de la boda. Me había prohibido hacerlo durante el resto de la jornada. Hasta llegué a evitar a Roberto, solo por error, la única vez que le vi sin ninguna niña colgada del brazo. Qué extraño se me hacía verle ejerciendo de padre. Se le veía tan feliz y entregado a ellas, que incluso me sorprendió esa faceta suya que desconocía. Apenas nos habíamos visto en el transcurso de los últimos años. Esta vez no hubo baile entre nosotros, bastante tenía con las tres mujeres que ahora ocupaban su vida. Y las dos canijas no le daban ni un respiro, sobre todo la mayor. La pequeña ni se enteraba, pasaba de unos brazos a otros como si tal cosa. Se marcharon pronto, era lógico, y al despedirnos me arrepentí de mi cabreo absurdo con él. Aunque fuera estúpido el sentirme así, ya que él había estado tan metido en su mundo que ni recordaba que años atrás le colgué el teléfono. Y además, era ajeno a mi intención de no invitarle.

Al final de la velada hubo una petición que me dejó descolocada cuando la escuché a mi espalda.

—¿Puedo pedirle un baile a la novia?

Bastó aquella frase para que temblaran mis piernas. Suerte que el vestido fue el único testigo. No atiné a decir ni que sí ni que no, tras girarme. Por

inercia nos acercamos el uno al otro y bailamos ni recuerdo qué, porque no conseguía escuchar la música ni reparaba en el lugar donde nos encontrábamos. Únicamente le miraba en silencio mientras nos desplazábamos. Aunque no estoy segura de que diéramos algún paso. Sentía los pies clavados al suelo, como si un imán ejerciera su fuerza bajo mis zapatos y fueran las luces las que realizaran el efecto del movimiento, dejando a nuestro alrededor un escenario difuminado y a mí un hormigueo en el estómago. Cuando logré escapar del encantamiento, puse la excusa de que moría de sed y me escabullí hacia la barra.

Pensé que se habría quedado en medio de la pista, pero justo al darle un trago a mi copa de cava, le divisé junto a una cortina haciéndome señales para que me acercara, antes de desaparecer tras ella. Lo pensé durante tres o cuatro segundos, no quise darme más. La curiosidad superaba a mis dudas. Al llegar al sitio por donde se había esfumado, su mano tiró de mí y me llevó por una escalera enmoquetada. A duras penas podía sujetarme el vestido para subir. Decidí soltarme y quitarme los zapatos, que dejé colocados a un lado de los escalones. Subimos un tramo más y giramos hacia la izquierda. Entramos en una sala de estar pequeña y abierta a los huéspedes. A esas horas de la noche, el hotel parecía dormido. Tan solo se escuchaba el murmullo de la música cuando se abría y cerraba la puerta por la que habíamos salido.

Darío aflojó el nudo de su corbata para desabrocharse el último botón de la camisa. No decía nada y sus movimientos parecían nerviosos. Aunque, al fijarme mejor, descubrí que lo que hacía realmente era estabilizarse o mantener el equilibrio. Sin ninguna duda estaba ebrio.

—¿A qué ha venido esto? —le recriminé—. Te has pasado un poquito bebiendo, ¿no?

—Se supone que estamos de celebración, ¿no? —Abrió los brazos en un aspaviento exagerado.

—Espero que al menos no vuelvas conduciendo. Hay habitaciones disponibles en el hotel, puedes pregunt...

Me cortó la respiración acercándose a escasos centímetros para hablarme.

—¿Por qué eres tan cobarde? —espetó—. ¿Por qué nunca has sido capaz de reconocer lo que sientes?

—Y según tú, ¿qué es lo que siento? —le reté a contestar.

En vez de responderme, sujetó mi cabeza con ambas manos a la altura de

las sienes y me besó con furia. Al principio caí en su beso, pero enseguida me armé de todo el raciocinio descartado previamente y puse mis coordenadas sobre el lugar donde nos encontrábamos. Le planté un bofetón en la cara tras escaparme de sus labios. Me salió del alma.

—Si has venido a joderme el día más importante de mi vida, llegas muy tarde.

Me largué jodida. Mucho. Porque en realidad lo había conseguido.

Darío

Noto que está incómoda y sé perfectamente a qué se debe, teme que vaya a hablar sobre lo que acabo de presenciar en la tienda. Reconozco que ha sido infantil por mi parte mi actuación, y que debí llamar a la puerta, aunque al empujarla no viera a nadie en la estancia. Enseguida percibí una conversación entre risas tras el mostrador, que pude escuchar al detalle al acercarme con sigilo. Me planteaba la cortesía de revelar mi presencia en cada paso, pero el contenido de sus comentarios me iba produciendo una curiosidad mucho más poderosa que mi educación. Aunque después de asistir al intercambio confidencial sin haber sido invitado no he considerado oportuno sacarlo a relucir y he decidido, desde el mismo momento en que la he visto ruborizarse, que eso bastaba para pasar página. Demasiadas trabas y sucesos han obstaculizado ya nuestro camino. Uno más no será el que consiga cargárselo del todo. Y menos aún cuando queda tan patente lo que ha significado para ambos: quizás solo fue un calentón. En cualquier caso, no es mi problema y no voy a convertirlo en ello.

Una vez en la azotea, me fijo en que mira a su alrededor con aire nostálgico. Sigue todo en su sitio, como el último día. Incluso su llave se encuentra en el tiesto desconchado por su puntapié. Los últimos cigarros que fumé después, antes de dejarlo definitivamente, los fui metiendo en una lata de cerveza. No quería apagarlos encima. Aquella imagen simbolizaba su última palabra y hubiera sido como echar basura en ella. Al igual que digo en mi novela: todavía espero que algún día suba a recuperarla y regresar así a nuestro punto de partida.

—Nos has escuchado, ¿verdad? —pregunta, apoyada sobre la barandilla y con la mirada fija en algún punto del horizonte. «No sigas por ahí», me digo. En el fondo sé que lo hace porque le resulta más sencillo lidiar con ese asunto

que con el otro. Ha jugado durante tanto tiempo a esconder sus sentimientos conmigo, que ahora teme enfrentarse cara a cara con ellos y se refugia buscando un nuevo modo de aplazarlo.

—¿Leíste el libro?

—¿Intentas evitar mi pregunta? —Se gira hacia mí, sorprendida.

—¿Y tú la mía?

—Pregunté primero —se defiende.

—¿Qué prefieres, que lo haya oído o que no?

—Vale, queda confirmado.

—Menuda decepción hubiera sido para ti lo contrario, por lo que veo. ¿Te acostaste con él esperando el día en que pudieras restregármelo en la cara?

Al final lo ha conseguido, me lanzo de cabeza en su juego.

—No te des tanta importancia —responde altiva—. El mundo no gira a tu alrededor, por muy exitoso escritor que seas.

—¿Ahora te jode eso también?

—A mí no me jode nada. Bueno, sí, tu arrogancia.

—Te juro que no te entiendo, Clara, de verdad. En alguna parte del camino me he perdido. Si estás furiosa porque no te he montado un pollo por follarte a mi hermano, no es mi problema.

—¡Vete a la mierda! —suelta indignada.

Se dirige hacia la puerta y le impido el paso. Esta vez no va a servirle escapar. Ya no.

—O me sueltas o grito.

—Si quieres que te suelte, grita.

Ni siquiera forcejea. Pero puedo intuir a través del vestido su latido, la respiración es agitada, y su mirada desafiante me pide mover la siguiente ficha. Decido soltarla. No se mueve del sitio.

—Sí, lo he leído. Varias veces, si he de ser sincera —es su respuesta.

—¿Y?

—¿Qué quieres que diga?

—Nada, si es eso lo que te nace decir.

Se queda un momento meditando mi respuesta.

—Mentías al decir que lo habíamos perdido todo por el miedo de no arrepentirnos.

—En aquel momento lo sentía así. Fue después, reorganizando recuerdos

y apuntes para montar la novela, cuando vi que no nos habíamos perdido.

La noto más tranquila. Vuelve sobre sus pasos y se apoya en la barandilla, pero de espaldas a la calle. Yo estoy justo enfrente, mi respaldo es la pared.

—¿Eres consciente de que tu reputación como autor de novela negra ha caído por los suelos con esa publicación?

—Lo soy. Me lo publicaron solo porque dejé caer que tenía pensado finiquitar la saga.

—¿Y te da igual que tus lectores se te echen encima?

—Sí, no me importa. Es lo que tiene ser el escritor arrogante que tanto detestas.

Se acerca a mí a la vez que me aproximo a ella. En su mirada leo que está dispuesta a fundirse conmigo. La misma que mostró el día que deseé secuestrarla en su boda. Ojalá hubiera tenido los cojones suficientes para hacerlo mucho tiempo antes. Pero únicamente el alcohol fue capaz de infundirme la osadía de cogerla y llevármela a un lugar seguro de las miradas de los asistentes. Sabía que aceptaría, lo sentí mientras bailábamos. Ni siquiera se movía del sitio cuando la sujeté por la cintura y ella a mí por los hombros, tras empezar la música. Se aferraba a mi cuello como si temiera que el suelo fuera a abrirse bajo sus pies. Me costó lo suyo mantenerme erguido y disimular el estado ebrio en el que me encontraba. La deseaba más que nunca. Al subir las escaleras, mi impaciencia decidió ir por libre y tiraba de Clara a un paso que le costaba esfuerzo mantener por los zapatos y la dificultad añadida del vestido de novia. Se descalzó para soltar lastre, y aquello alimentó mi deseo y el propósito de seguir adelante. Sé que también se habría dejado llevar de habernos encontrado en otro lugar. Sentí sus ganas en cuanto mis labios buscaron su boca y acompañó su lengua al mismo ritmo. Noté sus brazos rodeando mi cuello al apoyarla de espaldas contra la pared, que era mi aliada. Traté de levantar las infinitas capas blancas que me impedían su contacto, y fue ese detalle el que trajo su raciocinio al escenario y provocó que los naipes de aquel castillo se me cayeran encima.

Pero ahora no existen trabas, ni cargos de conciencia, ni daños colaterales, ni nadie que pueda irrumpir en la paz de nuestro refugio. Estamos solos. Convencidos. Hambrientos. Nos desnudamos. Primero, con los ojos; después, sin cordura. Me faltan manos para acariciar su cuerpo, y boca para disfrutarla mientras se estremece entre mis brazos. Necesito entrar en ella con todo mi ser. Nos tumbamos en el suelo, sobre nuestra ropa. Siento que no es la

primera vez, parece imposible que lo sea. Conozco cada rincón de su cuerpo casi al detalle, de tantas veces que lo he imaginado bajo el sol. Las yemas de mis dedos lo recorren ahora buscando el equilibrio entre la urgencia y la precisión. Hace una eternidad del último beso, pero su sabor es exactamente el mismo, como si nunca hubiéramos dejado de besarnos, ni de acariciarnos, ni de amarnos. Acompaso mi ritmo a sus movimientos de cadera, mirándola fijamente. Como si necesitara estar seguro de que es ella y convencerme de que se encuentra aquí, observándome también, con los mismos ojos incrédulos, antes de acercarse a mis labios de nuevo y dejarme vacío de dudas y ávido de deseo. Volviéndome loco al arquear la espalda en respuesta a mis embestidas. Clavando sus dedos en mi piel. Fundiéndose conmigo en cada latido, en cada respiración, en cada movimiento, en cada grito contenido...

Todo transcurre en apenas cuatro décimas de segundo, o al menos es la sensación que tengo, a pesar de que el sol ya amenaza con esconderse. No queremos movernos. Tan solo escuchamos el susurro de nuestra respiración, cada vez más calmada y perdida entre el murmullo de la calle, que hasta este instante no habíamos advertido. Nos miramos sin saber qué decirnos. Aunque tampoco es necesario agregar nada. Acabamos de contárnoslo todo.

Comienza a vestirse cuando es consciente de la hora y sigo sus pasos, preguntándome qué será de nosotros a partir de este momento. No sé si se despedirá antes de marcharse. Nunca lo hace. Con el tiempo descubrí que era su forma de decir «Espérame, que no voy a ninguna parte», y que le molestaba que me acercara a darle dos besos. Aprendí a no despedirnos.

—¿Cómo será la próxima vez que nos veamos? —me animo a preguntar mientras nos vestimos.

—¿A qué viene eso? —responde, abrochándose las sandalias.

—Es que con nosotros nunca se sabe. Puede que nos encontremos mañana, o en una semana, quizás en un mes... espero que menos. Solo quiero estar seguro de dónde nos hemos quedado.

—Pero eso sería destripar el libro, ¿dónde estaría la gracia? —Sonríe y mira su reloj— ¡Joder, qué tarde! Tengo que bajar ya.

—Y ahora pretenderás largarte sin una repuesta y, como siempre, sin una despedida.

—Puedes estar tranquilo: el día que tenga intención de irme, me despediré. —Se dirige hacia la puerta y, antes de cerrarla del todo, se asoma—. Veo que te has quedado con ganas de conversación. Habla con el macetero,

se le da de lujo escuchar —agrega burlona, acompañando su frase con un guiño.

Tras verla desaparecer y pese a su tono alegre en la voz, me quedo intranquilo. Temo que tras lo ocurrido pierda el interés y que el asunto quede ya como zanjado. Camino hacia la barandilla con los pies todavía descalzos y apoyo los brazos sobre ella, prestando mi atención a la perspectiva que ofrecen las vistas. Noto una pequeña punzada en el pecho, que se agudiza aún más cuando, a los pocos minutos, la veo salir del portal con su capazo. La observo mientras lo mete en el coche y engancha las fijaciones. La siento tan cerca y a la vez tan alejada. Tan entregada y al mismo tiempo tan distante. Tan segura de sí misma. Tan libre... Y yo me veo tan necesitado de su contacto, de su mirada, de su voz... que la desconfianza o el temor a perderla se me cuela de lleno. Siento un pequeño escalofrío al verla mirar hacia arriba, antes de subirse al coche, como si presintiera en ese acto el preludio de una despedida de esas tuyas en la que anunciará el final. Nuestras miradas se cruzan en la distancia y puedo distinguir de nuevo su sonrisa a la que respondo del mismo modo. Después arranca y desaparece tras doblar la esquina. En mi cabeza solo flota una pregunta, la de si volveremos a vernos; y la respuesta la encuentro en el rincón, justo donde ha intentado reconducirme minutos antes. Ya no está su llave en el viejo tiesto.

Clara

Aunque lo hubiera encontrado en la Conchinchina y sin gafas, habría reconocido aquellas vistas. Por un momento pensé que mi cabeza estaba jugándome una mala pasada y que podría tratarse de una ilusión óptica. Pero era real. Tan real como el brazo de mi hijo, que llevaba agarrado. Me solté y crucé al otro lado de la calle. A aquellas horas tempranas aún no estaba saturado de gente el mercadillo, y ello facilitaba la labor de rebuscar y encontrar alguna ganga. El cuadro tenía las dimensiones de un metro de ancho por ochenta centímetros de alto. A primera vista, por la distancia que nos separaba, no pude apreciar todos los detalles. Fue al acercarme cuando me dio un vuelco el corazón.

—¿Le gusta, señora? —escuché decir a mi izquierda a un joven de unos treinta y cinco años o quizá cuarenta.

—¿Lo ha pintado usted?

—Sí. Pero puede tutearme. Fue uno de mis primeros trabajos. Estoy liquidando todo el material. Le puedo hacer un buen precio, si le interesa.

Apenas podía prestar atención a lo que relataba, me encontraba completamente hechizada con la visión de ese horizonte. El árbol larguirucho del parque, sobresaliendo de una forma desproporcionada del resto de su conjunto. La fachada blanca de la iglesia, que parecía estar jugando al escondite y encontraba su refugio entre la barriada de torres rojas a su derecha y el edificio de oficinas negro a su izquierda, y el sol haciéndole de techo cuando decidía irse a dormir, en uno de los numerosos atardeceres que compartimos. La perspectiva era perfecta. Sabía el punto exacto en el que se situó para plasmarlo: junto a la puerta de la entrada, justo donde él solía sentarse. En el primer plano aparecía una parte de la barandilla, sobre ella había inventado la silueta fundida a oscuro de un gato con la intención de cruzarla. En la esquina inferior derecha pude apreciar un objeto tan familiar ypreciado que me hizo contener la respiración. Se trataba de aquel viejo tiesto

roto y agrietado, lo había incluido tal cual al conjunto. Quise cerrar los ojos, dar un paso y colarme en el lienzo, del mismo modo que hubiera podido hacerlo Mary Poppins.

—Conozco este lugar. Vivía allí —me arranqué a decir.

—¿Ah, sí? Mi abuelo también.

—¿Y cómo hizo para entrar?

—Él tenía amistad con el presidente de la comunidad y le pedimos una vez la llave. Yo iba a una academia de pintura y estábamos estudiando distintos tipos de perspectiva en clase. Me pareció un buen lugar de entrenamiento.

—¿De qué fecha es?

—¡Anda, estás aquí! —Se oyó a mi espalda—. La próxima vez avisa.

—Perdona, hijo, no he caído en decirte que cruzaba.

—¿Quieres comprar un cuadro?

—¡No! ¡Quiero comprar este cuadro! —Mi entusiasmo era patente.

—¿Ese? —dijo por lo bajinis, evitando la mirada del artista—. Mamá, esa pintura es una porquería. Si le hacemos una foto te lo pinto yo mismo mañana sin tener ni idea de arte.

—A mí me gusta.

No podía dejar de mirarlo.

—Bueno, si te empeñas... Entonces te lo regalo.

—Que no, ¡qué dices! Tú ahorra, que la vida allí no es igual que aquí.

—¡No empieces como la abuela, anda! —respondió riendo—. Qué sabrás de la vida en Francia si no te has movido de España.

—Pero lo sé —repliqué, y me dirigí de nuevo al pintor—. Disculpe, ¿qué precio tiene?

—Trescientos euros.

—¡Y una leche! —soltó bruscamente mi hijo—. Te estás aprovechando porque la has visto interesada. Acabas de vender uno por noventa.

—Ese guarda un gran valor sentimental para mí.

—Pues si lo tiene, no lo vendas. Pero tampoco estafes.

—¡Ángel, no te metas! —le reprendí.

—Si se lo vendo es porque sé que también lo tiene para ella.

—Pero ¿no ves que intenta timarte?

—¿Me lo guarda un momento, por favor? —le pedí al autor de la obra, haciendo caso omiso a las palabras de Ángel—. Ahora vengo con el dinero.

—¡Por supuesto, señora! —respondió, encantado del negocio que acababa de hacer—. Se lo voy envolviendo.

—No lo dirás en serio —seguía refunfuñando.

—Anda, acompáñame al cajero.

Me siguió a regañadientes. Iba callado y con el ceño fruncido. No quería verle así, para dos días que había venido a vernos.

—Sé que no lo entiendes —le dije mientras caminábamos por la acera buscando un banco—, pero es cierto que guarda un gran valor sentimental para mí, y soy consciente de que no es el lienzo mejor pintado del mundo. Igual que también sé que habría pagado cualquier precio que hubiera pedido.

—Cada día te entiendo menos... No estarás empezando con algún síndrome raro del tipo Diógenes pero en plan acumular arte horrendo, ¿no?

—Tranquilo, estoy más cuerda que nunca. ¿Recuerdas dónde vivía la abuela cuando eras pequeño?

—Sí, en el barrio ese chungo.

—Qué chungo ni chungo, es un barrio normal de los de toda la vida.

—Si tú lo dices...

—Pues ahí crecí yo, y no lo cambio por ningún otro.

—¿Y qué tiene que ver eso ahora?

—En el portal de mi casa, arriba del todo, en el último piso, había una puerta que conducía a ese cuadro.

—¿Tengo que preocuparme por lo que estás diciendo? Porque creo que se te está yendo la perola del todo. No sé si llamar a la abuela.

—¡Que no, hazme caso! Lo que estoy contándote es verdad. Calla y escucha. Había una azotea encima del bloque, donde subía con un vecino. Éramos muy amigos. Esa pintura fue realizada desde aquella panorámica. Me trae infinitos recuerdos. Y ya que el edificio no existe, lo derribaron para hacer un engendro de doce plantas, quiero llevarme esas vistas a casa.

Todavía conservo en mi memoria el recuerdo de muchas de nuestras conversaciones. Mil, tres mil, tal vez un millón. O quizás es incalculable el número de veces que he viajado a alguno de aquellos días. Tengo grabada su

risa tras contarle cualquier bobada, su mirada tratando de desnudarme, su voz hablándome de algún libro o de un proyecto o interrogándome para sonsacarme alguna inquietud que pasara por mi cabeza, y si era sobre él todavía mejor —aunque esas nunca las conseguía con palabras—. Pero el recuerdo que se me clava y duele, porque duele mucho, porque ni el paso de los años ha conseguido que deje de hacerlo, es aquella tarde en la que desde la acera eché la vista hacia arriba y le vi, allí asomado, con la mirada de un niño, sonriéndome. Feliz, porque sé que lo estaba. Tenía que estarlo. Tanto como yo, si es que era posible. Ese día fue uno de los más felices de mi vida. Es injusto que uno de los días más felices en la vida de uno pueda convertirse en el más triste. La vida es muy perra a veces. De pronto te da alas para volar alto, lo más alto que puedas, y cuando consigues que se vuelvan tuyas, porque ya puedes acariciar el cielo con sus plumas y disfrutar sin miedo de la panorámica, decide cortártelas de cuajo. Eso fue lo que sentí aquella noche tras la llamada de mi madre a las once y treinta y seis minutos. Lo sé con exactitud porque se pararon todos los relojes.

—Darío ha tenido un accidente.

—¿Un accidente? Pero está bien, ¿no?

—No, hija, no lo está.

Al principio culpé a la vida. Por injusta, por cabrona, por hija de puta, por entregármelo y quitármelo en un solo día. Después me culpé a mí misma. Por egoísta, por ilusa, por creer que el tiempo es infinito, por no aprovechar las oportunidades que se me dieron en mano. Porque aquel día podía haber hecho algo, no sé, cualquier cosa... No haberme ido, quedarnos allí para siempre y que no tuviera que coger el coche para regresar a su casa. Invitarle a la mía en vez de dejarle plantado en la azotea. Incluso subirme a su maldito coche y así desaparecer juntos. Si, total, a mí con él se me fue una vida. Pero entonces reparaba en Ángel, y eso ayudaba a seguir adelante, a respirar, a dejar de culparme por existir; a pesar de que me costaba esta nueva existencia.

Casi todo dejé de importarme. No conseguía entender cómo había sido capaz de perder tantas horas, días, meses, años... en verdaderas estupideces, mientras a él se le esfumaba su tiempo. Me dolieron todos los momentos que pasamos distanciados y las veces que me arrepentí de sentir por él lo que sentía, por el simple hecho de que dolía, ajena a que el dolor de perderlo no

tenía nada que ver con aquel. Lamenté todas las despedidas que no tuvimos por un capricho absurdo e infantil que no nos permitió siquiera la última. Me atormenté pensando en que ojalá no nos hubiéramos conocido. Ojalá no hubiera salido a comprar nada el día de su mudanza al bloque. Ojalá no le hubiera confundido con su hermano ni besado. Ojalá no hubiera descubierto la azotea. Ojalá no me hubiera enamorado... Y así un montón de ojalás donde ahora seríamos dos completos desconocidos, pero al menos estaríamos a salvo.

El día que mis padres vendieron su casa, porque tras la jubilación se marchaban a vivir a la costa, no pude subir a echar el último vistazo desde arriba. Tampoco había vuelto a hacerlo. Lo intenté. Cogí el ascensor hasta la última planta, subí los dos tramos de escalera, introduje la llave en la cerradura y sentí tal vértigo que la saqué y me di la vuelta. No quería recordarla así, vacía, dolorida, desolada... Prefería mantenerla como la habíamos vivido juntos. Quería seguir pensando que quizás seguía allí, fumándose un cigarro con diecinueve años o mirándome desde la barandilla con cuarenta.

Me dolió en el alma recibir la noticia de que habían derribado el edificio. Hubiera preferido no saberlo. Siempre he dicho que la ignorancia a veces es muy necesaria y la realidad en ocasiones está sobrevalorada. Por ello jamás he vuelto a pasar por nuestro antiguo barrio. Es otro de los recuerdos que necesito conservar intacto. No quiero perder de mi memoria a aquellos chiquillos sacando la basura y compartiendo confidencias en un presente que de una forma u otra se les iba escapando de las manos. Ni a los que después buscaron cobijo en las alturas, sintiéndose los dueños de unas pasiones que se empeñaban en dirigir. Tampoco a los que, colmados de perseverancia, nostalgia y deseo, trataron de recuperar el tiempo perdido y se perdieron en el tiempo.

Con Roberto solo coincidí una vez más, sin contar la del funeral. Jamás le había visto tan destrozado. Creo que también estuvo jugando a culparse de todo y a buscar circunstancias en las que podría haber evitado aquel desenlace. Pero aquello únicamente estuvo en manos del conductor que se saltó el semáforo. Me alegró saber que, al menos, no les había faltado una conversación pendiente, eso le habría destruido completamente. Con los años, lo poco que he sabido de él es que ha seguido el rumbo de su camino sin más altibajos que los que le trajeron su mala cabeza por aquel entonces, cuando

aún no sabíamos que la vida no la tiene comprada nadie.

La vida también me ha mostrado otros caminos en los que no he querido o no he podido quedarme demasiado. Ella y yo hemos ido perdonándonos todo lo que nos dijimos. Se lo debía por cada uno de aquellos momentos que nos permitió bebernos, porque, en realidad, fuimos nosotros mismos quienes cometimos el descuido de no cerrar la tapa y dejamos derramarse los minutos que después no tuvimos. Ahora, sentada en el viejo sofá de la casa que vio crecer a mi hijo, admiro el atardecer con otros ojos. Los de aquella chiquilla que no ve el cuadro que tiene delante, sino una ventana a ese pasado furtivo del recuerdo. Respiro hondo y consigo abrir el libro que durante tantos años no he tocado. Releo esa frase escrita con su puño y letra: «Esta es mi última palabra, ¿cuál es la tuya?», y vuelvo a llenar mis pulmones de aire para evitar que sean mis ojos los que se llenen de lágrimas. A mí no me dio tiempo a darle ninguna. Aunque ni siquiera sé si lo habría hecho. Creo que lo que sucedió aquella tarde habló por sí solo. Pero no puedo evitar que me duelan las palabras no dichas. Tal vez se marchó sin certezas suficientes. Nunca sabré si descubrió que me guardé mi llave. Fueron tantas las cosas que di por sentadas: que recuperaríamos el tiempo perdido; que se nos brindaba una nueva oportunidad, la definitiva; que no volveríamos a obstaculizar nuestro camino; que nos aguardaba todo un futuro por delante...

Deslizo de nuevo los dedos por esa frase escrita, antes de perderme entre sus páginas, y descubro que ya solo dispongo de una palabra: recordar.

Otras novelas de la autora

Treinta postales de distancia (2012)

Sofía es alocada, divertida y desordenada. Jaime es organizado, metódico y supersticioso. Sofía acaba de dejar a un novio que no la merecía y no quiere que le vuelvan a romper el corazón. Jaime acaba de divorciarse y huye del compromiso. Nada haría pensar que dos personas tan opuestas puedan enamorarse. Hasta que ambos empiezan a coincidir en el ascensor. Y lo que parece ser un idilio irrefrenable, se complica cuando comienzan a aparecer otras personas en sus vidas que no se lo van a poner nada fácil. Novias celosas, ex que vuelven, amigas que no lo son tanto, amigos entrometidos... Al final, su futuro dependerá del contenido de unas misteriosas postales.

¿Y si no es casualidad? (2014)

Celia está convencida de que todo lo que ocurre en el universo, lejos de estar escrito en las estrellas, es fruto de la casualidad. Tiene una vida ordenada que comparte con Rubén, su novio, un abogado guapo y trabajador al que quiere mucho, aunque desearía que fuera algo más espontáneo y detallista. El día de su treinta cumpleaños, sus amigas le regalan un precioso vestido verde acompañado de una curiosa noticia: tienen la dirección de Marco Ferlini, un atractivo argentino con el que mantuvo una estrecha relación de amistad con derecho a cama y del que no volvió a saber tras la universidad. Y Celia, intrigada por su misteriosa desaparición, decide escribirle una carta. Pero quien responde, no parece ser el mismo. ¿Quién se esconde tras esa correspondencia?

A destiempo (2016)

A veces esperamos que la puerta que cierra el pasado permanezca así siempre. Pero Olivia no imagina que su hija, Elisa, llegará para abrirla a empujones en busca de un padre que no conoce. Un secreto que ha condicionado la vida de ambas y que removerá emociones en su presente. ¿Qué pasa cuando una madre que se cierra al amor convive con una adolescente de dieciséis años que se enamora de un desconocido por la red? Una historia de pequeñas mentiras y grandes secretos, de dos generaciones que tienen en común mucho más de lo que piensan. Todas las historias deben encontrar su momento, aunque la vida las traiga a destiempo.

Biografía

Sara Ventas (España, 1975) cursó estudios como Técnico en imagen fotográfica. Su interés por la escritura surgió a raíz de un blog que creó a principios del 2010, Sueños a contraluz, donde están registrados sus comienzos como autora. Su primera novela, Treinta postales de distancia, de género romántico contemporáneo, tuvo una gran acogida en Amazon en 2012, y los derechos en inglés de la novela fueron adquiridos por la editorial norteamericana Montlake Romance, que la publicó en 2013 bajo el título Thirty postcards away. Otros títulos de la autora son: ¿Y si no es casualidad?, una historia del mismo género en el que la autora ha encontrado su estilo personal; además de una recopilación de relatos: Historias de mi contraluz; A destiempo (2016); y la más reciente: ¿Es tu última palabra? (2017).

Blog: <http://suenosacontraluz.blogspot.com.es>

Twitter: [@_SaraVentas](https://twitter.com/_SaraVentas)

Facebook: <http://www.facebook.com/saraventaslibros>